

Norman Manea
FELICIDAD
OBLIGATORIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

El interrogatorio

Biografía robot

Una ventana a la clase trabajadora

La gabardina

Créditos

El interrogatorio

Un programa metódico, desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche. Repetido a diario, sin ninguna alteración. El mismo purgatorio repetido, repetido hasta el infinito. Para humillar, intimidar y destruir. Desde la madrugada hasta la noche. A veces incluso durante la noche. Al final de la semana se le acumulaban el cansancio y la desesperanza, y la energía para resistir se debilitaba, a punto ya de ceder.

Precisión y crueldad, todos los días, desde hacía meses. Hasta que, de repente, se produjo el cambio.

Era un martes por la mañana. Habían suprimido la paliza. La habían trasladado a una celda más grande, en la planta. Le habían permitido un paseo extra de una hora por el patio, ella sola, antes de acostarse. Por la noche, apareció un gordinflón ceñudo para cambiarle el cubo por un orinal nuevo, esmaltado.

Al día siguiente, té caliente y dulce, la comida y la cena mejores. Por la tarde, en el intervalo antes reservado a las pruebas más violentas, la llevaron al baño. Al volver, se encontró la cama cubierta con una sábana, cambiado el cobertor, una muda limpia y doblada junto a la cama. Una sorpresa, en efecto: entre la ropa, descubrió el pequeño espejo cuadrado y el tubo estrecho de crema Nivea.

Al tercer día, por la mañana, la llevaron escoltada por un laberinto de pasillos, a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo y de nuevo a la izquierda.

Un cuarto de paredes brillantes y blancas, como una consulta médica. La mujer que estaba sentada, fumando, en el diván cubierto con un hule de color café, parecía estar esperándola. Como si fuese alguna antigua compañera o la amiga de alguien conocido a quien uno sólo recuerda vagamente.

Solas casi una hora. La mujer tomaba notas en un cuadernillo colocado sobre las rodillas. La pluma delgada y corta corría sobre la blanca rodilla que, a veces, temblaba.

Después apareció el médico. Por las preguntas que le formulaba, parecía un psiquiatra. La mujer lo observaba diríase que aburrida e indiferente a todos esos rutinarios exámenes psíquicos. Desde luego, el papel de la mujer no

debía de ser nimio dado que despidió al médico con un simple gesto. Le comunicó a la encausada el motivo de los inesperados cambios de los últimos días.

Al cabo de otra hora, durante la cual, por cierto, la retuvo desnuda delante de ella, la invitó a sentarse y le ofreció cigarrillos, de los que ella fumaba sin interrupción uno detrás de otro, pero la paró con un gesto seco cuando se acercó a la ropa.

–Deja eso. Más tarde.

La examinaba con insistencia, por zonas. Sin maldad, con el ojo frío de un profesional. La inspección concluyó con una sonrisa.

–Lo siento muchísimo, no puedo devolverte el pelo en tres días.

Así pues, cualquiera hubiese dicho que había estado supervisando los pormenores de ese sorprendente programa, o al menos la habían informado, o quizá los hubiese fijado ella misma.

–Es una pena que te hayan cortado el pelo. ¿Tenías una melena bonita?

No la escandalizaba el no recibir respuesta. Las preguntas parecían únicamente una especie de divertidas hipótesis. ¿Cómo habría sido el pelo de la mujer a la que había estado inspeccionando? Aunque todavía era joven, ¿tendría el pelo completamente blanco?

–Por lo demás, te has mantenido bastante bien. Tampoco te has encanallado. Hay que reconocer que eso es incluso una victoria. –Volví a sonreírle, como a una pariente pobre—. Hoy se te permite que elijas tú el programa. Al anochecer, un baño caliente. Te sentará bien, sería una pena que rehusaras. Te han llevado a la celda periódicos y revistas. Si necesitas o deseas algo en concreto, yo me cuidaré de que todo esté en orden. Si deseas algo más, tomaré nota.

Cogió del escritorio una hoja de papel en blanco. Esperaba, no la irritaba el mutismo en que se había atrincherado el desnudo que tenía enfrente. Dobló la hoja en cuatro y se la metió en el bolsillo del pecho de la blusa negra, de seda y cuello puntiagudo, de hombre, y mangas con puños.

Se levantó. Espigada, morena, delicada, la ceñía un ancho cinturón de piel. La abundante melena le caía sobre los frágiles hombros. Las manos muy largas y nerviosas, las piernas largas y nerviosas, ojeras azuladas. Tez blanca,

extremadamente blanca, como el blanco lechoso de la falda corta que dejaba ver los muslos.

–Te estamos preparando para una entrevista. Importante para ti. –La sonrisa se crispó–. El caballero desea que tengas buen aspecto. Por lo menos, normal, vaya. No soporta la violencia. Es un ser espiritual..., ya me entiendes. –Sus ojos cambiaron de color, el negro se volvió más negro, garzo, y la voz dura–. Es un favor, ya te convencerás. Una ocasión rara, ya lo verás.

Encendió un cigarrillo y miró por encima del hombro. Luego por la ventana, al vacío. Se volvió con brusquedad, agarrándose fuertemente las manos. Tenía el rostro congestionado y la mirada dolorida. Salió dando un portazo.

Ya no regresó. La única señal de que había estado allí llegó casi dos horas más tarde. Apareció un joven alelado al que le habían ordenado, eso se veía bien claro, que se comportase con educación.

–Perdone, se habían olvidado de usted.

La detenida hacía un buen rato que se había vestido y estaba tiesa en la silla, esperando.

–Haga el favor de seguirme.

Encontró la celda aireada y barrida. En el suelo había un rintero de periódicos y revistas.

Hacia las tres le interrumpieron la lectura. La flanquearon por ambos lados. Bajó las escaleras, dobló a derecha e izquierda y recorrió largos pasillos. ¡El baño! No era la sala habitual de duchas. Una tina blanca y reluciente. Toallas grandes, suaves y de colores. Jabón, frasquitos de todas clases. Zapatillas, esmalte de uñas. Al regresar a la celda, le esperaba una taza de té caliente.

Era ya el cuarto día. «¿A las cinco de la tarde está bien?», le había preguntado el día anterior, como en un libreto de opereta, aquella extraña y aburrida supervisora, como si quisiera continuar con las cosas absurdas que le habían mandado hacer y decir.

Así pues, el día esperado. Por la mañana, la llevaron a otra parte del edificio. A una habitación elegante, con mullidas alfombras. Paredes chapeadas de madera, de cuadrados grandes y brillantes. La sentaron en un sillón, en el rincón, ante una mesa redonda cubierta con un grueso cristal. La

mesa vibró, tintinearón levemente el servicio de café de plata y el otro, el de porcelana, de té. Un cestito con cruasanes. Mermelada de guindas. Mantequilla. Miel, manzanas y bizcochos.

A las diez volvieron a llevarla. La dejaron en la misma habitación. Huevos, jamón, queso, mantequilla. Cruasanes y dulces.

Tuvo tiempo de observar el largo escritorio que ocupaba casi toda la habitación. Ningún cuadro en las paredes. Sólo encima del escritorio un reloj grande, redondo, como un barómetro. Dos ventanas, pesadas cortinas. Tres sillones, uno en el rincón, junto a la mesa redonda. Cerca de la ventana, otra mesa pequeña con dos anaqueles; en el de abajo, un aparato de radio. Sobre el escritorio cubierto con cristal grueso, el teléfono y una lámpara.

La comida, a las dos. Huevas de carpa, ensalada, huevos rellenos, chuletas de cerdo, *chuica*,* albóndigas, embutidos, pepinillos en vinagre, vino, agua mineral y pastelitos de hojaldre.

Se desmayó. Vomitó hasta quedarse exhausta y se desmayó. La sacaron del cuarto y la llevaron al baño. El mismo baño, no se había percatado de que se hallaba justo al lado. Le limpiaron la suciedad del cuello de la bata, le frotaron con una toalla húmeda las sienes y la frente. La tendieron sobre una colchoneta hasta que volvió en sí... La llevaron sosteniéndola hasta el cuarto. Ensalada de berenjenas. Albóndigas. Huevos rellenos. Huevas de carpa. *Chuica*. Ron. Carne. Filete empanado. Vino. Tarta. Se le subía todo desde el estómago hasta la garganta. La sujetaron a tiempo, antes de que volviera a caerse. Se sentó de nuevo a la mesa. Tomó el tenedor y el cuchillo. Luego la botella y los vasos, uno detrás de otro... Cuando se recobró, la mesa estaba vacía y recogida. Sólo había quedado una botella estrecha, negra. AGUA DE ROSAS, ponía en la etiqueta dorada. Al lado, un frasco minúsculo, como un dedal. PERFUME. Miró el reloj de pared. Las cuatro y media.

Así pues, se había quedado dormida mientras comía, con la cabeza apoyada sobre la mesa. Sacó un pañuelo del bolsillo de la falda. Le habían dado pañuelos nuevos y finos. Pero también ropa nueva. Una especie de bata larga y amplia, de un tejido grueso, como un cobertor todavía sin estrenar. Se humedeció la cara y las manos con el agua de rosas. Sí, se había quedado dormida. Volvió a mirar el reloj. Las cuatro y treinta y cuatro. Seguiría durmiendo. Ahora sí que dormiría, atontada por la comida y la bebida.

¿Qué podría decirle el importante personaje? ¿Por qué le dedicaba su precioso tiempo? ¿Repetiría también él las mismas preguntas y proposiciones? ¿Un montaje, una farsa? ¿Acaso Su Excelencia sería más sutil que sus siniestros subalternos? ¿Más difícil de soportar que la brutalidad de los gorilas a los que dirigía? Querrá informar él mismo a los jefes superiores, ¡simplemente! Que ha entrado en contacto, que se ha desplazado personalmente, que ha intentado, que ha conocido en persona..., etcétera, etcétera, sí, sí, que considera que ya no hay nada más que hacer, que propone medidas inmediatas, que de benevolencia nada de nada, etcétera, etcétera.

Bien pensado, debía de ser otra triquiñuela, alguna broma estúpida para poner a prueba sus nervios. ¿O una última broma, tras la cual le anunciarán que la ponen en libertad, que ya no la necesitan? ¿Y la guapa intermediaria, aquella tan rara, que parecía una antigua compañera de colegio delicada y sádica? «No puedo devolverte el pelo en tres días.» Por lo visto, inmediatamente se arrepintió de su ironía y cinismo, se puso ceñuda, irritada por haberse descontrolado. «¿Tenías una melena bonita?» La pregunta no parecía formulada con sorna, había hablado en tono normal, un poco pensativa.

Las cinco menos nueve minutos. Si no se trataba de otra prueba de nervios, si Su Excelencia existía realmente e incluso había fijado él mismo esa cita y, si encima, era puntual, faltaban todavía nueve minutos. ¿Qué podría proponerle o preguntarle que no le hubieran propuesto o preguntado cada día? ¿Chantajearla con la situación de sus padres, de algún familiar? ¿Acaso podía empeorar aún más la situación del hombre al que amaba? ¿La perdonaría él algún día si, ¡qué absurdo!, por un momento creyese en las mentiras y proposiciones de ellos? ¿Si cediera, por un instante, al deseo de saber que estaba libre?

En sólo unos días habían logrado devolverla a un estado casi normal. Estaba a punto de recordar las reglas del mundo normal. Cómo se llevaba un vestido, cómo se colocaban los cubiertos y se servían las comidas. Sí, la comida, los platos la habían ablandado. Viandas sabrosas pero que le provocaban arcadas. Preparadas con pericia, traídas de algún buen restaurante. Durante varios días la habían ido reanimando, de manera progresiva. Para que luego pudiese estar tranquilamente delante de los

manjares. Para que eligiese. Para que saciase no ya el hambre, sino el placer. Para que se le hiciera la boca agua sin prisas, encantada de revivir los refinamientos de la buena vida. Para que se sintiera abrumada por la simpatía del mundo. Para que recuperara la calma. Domada, más o menos; idiotizada. Habían calculado bien; en efecto, era consciente de que, sobre todo en las últimas horas, su determinación y tenacidad habían disminuido. Aquel vino dulzón, afrutado, la había hecho desvanecerse. Después se despertó con mucha flojera, hecha polvo. Habría dormido semanas seguidas. En una cama grande y limpia, en una habitación amplia y tranquila. Y sólo despertarse después de largos intervalos, en una bañera llena de agua caliente, como la de esa tarde. Bebidas de colorines, frescas...

La puerta se entreabrió despacio, muy despacio. ¡Aún quedaban dos minutos! ¿Llegaría antes de la hora? No, sólo era un triste funcionario que apenas si se atrevía a entrar en tan importante habitación. Vacilante, humilde, de puntillas. Algún asustado funcionario de la administración, al que habrían enviado a limpiar el polvo o a abrir las ventanas.

Iba cargado con cajas de todos los tamaños. Las depositaba con cuidado en un rincón de la habitación, junto a la puerta, y las apilaba contra la pared. Salió y volvió con un rollo grueso y largo. Una especie de tubo de cartón con tapa. Se movía lentamente, encorvado, con la cabeza gacha, para no molestar. Entraba, desaparecía y reaparecía, todo ello sin hacer el menor ruido. Aterrado, estaba claro, por la importancia del personaje cuya entrada preparaba. Por el apocamiento con que se movía ese pequeño empleado de la administración, portero, almacenero o lo que fuera, se veía a las claras que se esperaba a alguien de arriba, de muy arriba en la jerarquía.

Miró el reloj. Las cinco y un minuto. ¡Se retrasaba! Primero, la dejaría que esperara. Para que perdiera los nervios, seguro que pretendían eso, que se le trastornara el cerebro mientras esperaba y se preguntaba qué más cosas se habrían inventado. La táctica consabida, no se mostraban muy originales, había aprendido a defenderse.

El pobre tipo se había sentado en la silla para tomar aliento. ¡Le había echado valor el desgraciado! ¡Precisamente se sentaba a descansar en el asiento del Jefe! ¿Y si entrara ahora Su Excelencia? Helo ahí, sonriendo con

timidez, pero orgulloso como un cretino. La miraba, sí, la miraba y sonreía. Orgulloso de la hazaña pero también inseguro, como si quisiera infundirse valor con esa sonrisa tímida de pánfilo.

–Le rogaría que se acercase. Con el sillón, con el sillón. O mejor, siéntese en uno de estos dos.

Se sobresaltó. La voz... Esa voz no era, desde luego, corriente. Tampoco parecía la voz de aquel pobre diablo cansado y sudoroso por el peso de los muchos paquetes, demasiado para él. Ya no sabía qué pensar, qué hacer, no tenía fuerzas para moverse del sitio. Las sienes le latían empapadas de un sudor frío. Se notó las palmas de las manos húmedas y la espalda helada y mojada. Parecía una broma estúpida todo lo que se permitía, justo en ese momento, unos minutos antes de que apareciese el GRAN JEFE, ese, ese... ordenanza..., ese al..., almacenero, barrendero, algún cajero con familia numerosa, empleado de correos, administrador de una comunidad de vecinos, fontanero, mercero, con esa voz suya tan..., sí, sí, tan...

–He sido puntual, como se habrá dado cuenta. Acérquese, por favor. Estoy acostumbrado sólo a auditorios pequeños y conversaciones a corta distancia.

Se comía las sílabas, las palabras se encabalgaban y se tapaban unas a otras. Hablaba con un ritmo desigual y sincopado. Niebla entre las palabras y sobre ellas. Daba incluso la impresión de que pensaba sólo a saltos. Voz cálida y dubitativa. Pero imperiosa. Una voz trabajada, como quien dice. Extraña mezcla de firmeza y miedo, suavidad, fuerza, sí, y dureza, e incluso...

–Conque acérquese, ¿vale?

Observaba a la mujer, que se acercó a uno de los sillones que había al lado del escritorio. Entretanto, se había sacado del bolsillo de la chaqueta una petaca con un líquido amarillento tirando a color café. La colocó despacio, tumbada, en el cristal de la mesa. Cuando la prisionera por fin se sentó, miró a ésta fijamente un buen rato, de cerca, como si él mismo la invitase a ella a observarlo.

No llevaba camisa, sino una especie de polo de cuello abierto y botones, de lana fina y color mostaza. Encima, una chaqueta gris a cuadros. Dientes escasos, picados y manchados por el tabaco. Nariz surcada de pequeñas venas rojizas. La piel del rostro flácida y pálida. Orejas pequeñas, cuello delgado y

manos frágiles. Dedos cortos y finos, torcidos y amarillos. Uñas roídas hasta la carne. Frente despejada por la calvicie, pero poderosa. Ojos negros y grandes. Inteligentes, sí, vivos y negros. Hundidos, movedizos, brillantes, escrutadores, captadores y calculadores. Sí, vidriosos, salvajes... Ahora ya no se movían, no pestañeaban, no eran vivaces. ¡Extraordinaria mirada! Sí, ése era el hombre esperado, ya no cabía la menor duda.

Empezó a gesticular con las manos, haciendo señas en dirección a la cabeza de la mujer. Todavía aturdida, no entendió enseguida lo que quería. Entonces ella se quitó el bonete y lo colocó al lado, en el brazo derecho del sillón. Pero él continuó gesticulando con más energía y nerviosismo. Que se desprendiera de él, o sea, que lo tirara. No quería seguir viendo ese pingajo. La mujer arrojó el bonete, que se golpeó como un pájaro contra los cristales de la ventana y, luego, cayó mansamente al suelo.

Dejó de observarla. Bajó la mirada y la centró en el cristal del escritorio. Como si no hubiese querido ofenderla al mirarla con demasiada insistencia, ahora que ya no tenía el bonete que le tapara el cráneo rapado.

Siguió hablando así, con la cabeza gacha, sin levantar la mirada.

—Espero que ya se haya acostumbrado a mi presencia. Podremos conversar. ¿Sabe?, no soporto lo pintoresco. Todo lo que distrae la atención.

¿Y el bonete? ¿Por qué la había obligado a quitárselo, a quedarse con la cabeza monda y lironda, reluciente como una bola de billar? La mujer lo miró, irritada por haber intentado, siquiera un momento, juzgarlo con lógica. Seguramente, era una trampa demasiado simple.

—He insistido en que se haga lo necesario para que usted esté en una situación de normalidad. Que tenga un aspecto normal. Que reaccione con normalidad. Que parezca e incluso sea usted, en la medida de lo posible, una persona corriente. Insípida casi. Que no despierte motivos de particular interés. Detesto las sorpresas, las estridencias... Quisiera que se acostumbrara usted a mí. Que no la inquiete el hecho de que yo no sea como, probablemente, usted esperaba. Intente acostumbrarse. Que podamos estar en condiciones de igualdad. Que me pueda seguir y entender... Incluso le han dado la posibilidad de acostumbrarse a esta habitación, ¿no es así? Me irrita todo lo que distrae la atención. Como ya le he dicho, no me gustan las conmociones, las sorpresas y las emociones sin sentido.

La mujer ya no lo miraba, pero percibió que él había levantado la cabeza y la observaba. «He de defenderme del interés que puede despertar esta aparición, este encuentro. Desechar la idea de que es una simple conversación entre dos personas normales, como pretende sugerir. Hay trampas por todas partes y es difícil saber cuál es más peligrosa. He de estar siempre en guardia. Sobre todo, porque no sé exactamente frente a qué he de estar en guardia. He ahí un punto que él ya ha ganado», debía de pensar la prisionera.

–Recapitulemos un poco. De modo que usted lleva varios meses aquí. Al principio le dieron palizas y la estuvieron martirizando durante todo el día. A menudo también durante la noche. Lo que aguantaba la resistencia de una mujer cada vez más debilitada. O sea, entre desvanecimiento y desvanecimiento. Seguro que también la insultarían. Creo que nunca habrá oído usted tantas guarradas dichas más a gusto. Cada vez le pedían el nombre de las personas con las que se veía. Los lugares donde se conspiraba, la misión que tenía cada uno de sus amigos... Posteriormente, las palizas menguaron. Unas horas al día. El programa se diversificó. La tuvieron bajo la lluvia, fuera, tres horas de plantón. Después, varias horas diarias en posición de firmes, en medio de un círculo trazado con tiza y del diámetro de una pelota de baloncesto. Se le hinchaban los pies de manera tremenda. Me han dicho que tiene usted los pies más bien gruesos. Se le salían de los zapatos, como si fuera una masa. Ya no pudo quitarse los zapatos... Una o dos veces encontró un ratón por la noche en su cama. Cama es un decir. Un ataúd angosto, justo para un cadáver apretado o para un moribundo clavado al ataúd a martillazos, para que no se mueva. ¿Ponían en marcha una sirena por las noches en el pasillo? ¿Traían gatos a los que les pegaban, siempre por la noche, y los hostigaban delante de las celdas? Sin embargo, creo que no la han violado. Sobre todo, durante las palizas. Cuando estaba casi al límite de sus fuerzas. La debilidad y la fuerza, cuando llegan al límite, incitan, eso ya lo sabe usted... ¿No importa que no lo hayan hecho? Diríamos que se han tomado la revancha con otras cosas. Sin embargo, sí que importa, ¿sabe?, sí que importa.

Esperaba verlo esbozar una sonrisa irónica. Pero no parecía interesado por adecuar la mímica a las palabras.

–Cuando la pelaron al cero, ¿la obligaron a hacer con el cabello una especie de plumero para el polvo? Y no sólo para limpiar el polvo... A propósito, ¿olvidaron meter en la celda el cubo? Sobre todo los días en que estuvo usted enferma del estómago. ¿Diarreas provocadas con toda intención? Seguro que lo habrá sospechado. ¿Por la noche, de pie, ante el fuego cruzado de cuatro potentes proyectores? ¿Le sumergieron la cabeza en un balde con agua y jabón? Imaginación rudimentaria, de salvajes. ¿Dos días en un calabozo de las dimensiones de un armario cerrado? ¿La oscuridad más absoluta? Por supuesto, a eso hay que añadir las palizas de rutina. Las burlas, las mortificaciones y una comida para cerdos. No es nada grato recapitular, ¿verdad?

¿Habría observado acaso, aunque tenía los ojos cerrados, que la mujer había ido palideciendo poco a poco? El rostro cada vez más blanco, los ojos cada vez más pequeños...

–Y todo eso, en definitiva, ¿para qué? Siempre las mismas preguntas. A las que no ha respondido. Sabían que usted no respondería. Quizá le extrañe, pero sus respuestas tampoco les interesaban. No habrían dejado de atormentarla. Las respuestas les habrían ofrecido una nueva ocasión de castigarla. Para que repitiese lo que ya había afirmado, para decirle que los otros sostenían lo contrario. Que usted se contradecía, que ayer dijo una cosa y hoy otra. No les habrían faltado excusas.

No esperaba ninguna réplica por parte de ella. Se había inclinado con los codos sobre el escritorio y la observaba sin pedirle ninguna participación.

–No hay nada que hacer. Están obligados a seguir las órdenes. Al parecer, a veces, obtienen resultados. Dado su nivel de comprensión, es difícil darles a entender que eso es una pérdida de tiempo. También está la costumbre, desde luego. E incluso el placer, hay que reconocerlo. Le aseguro que ya no recibirá malos tratos de ningún tipo. Ya no tienen interés en que muera o se quede inválida. Harán concesiones, ya lo verá. Será un régimen, si no excelente, al menos normal... Así pues, la detuvieron un miércoles por la tarde. A las diecisiete horas y dieciséis minutos. Delante de la casa número siete de la calle Mandicevski. A unos pasos de la parada de autobús, de donde acababa usted de bajar. Iba con retraso. Disgustada y nerviosa. Seguramente un antiguo defecto. Aunque suele ser muy cuidadosa, estoy seguro

de que se preparaba siempre con antelación para ser puntual. Ese mismo cuidado por la puntualidad demostraría que, ciertamente, es puntual, que le preocupa la puntualidad. Sin embargo, en el último momento, se hace una carrera en las medias. O se da cuenta de que le falta un botón en el vestido o el cinturón de la gabardina. Que los zapatos tienen polvo. Me imagino que aquel día se sintió culpable... Una cita de conspiradores se parece y no se parece a las de amor. Las citas amorosas tienen también un algo de subversivo, ¿no es cierto? ¿No podría delimitar más claramente cuál era para usted el carácter de aquella cita? Tanto más grave, por supuesto, el retraso en semejante situación. Aquel miércoles la culpa la tuvo el autobús. No sólo él, claro, no sólo el autobús...

De vez en cuando atraía hacia sí, con gran destreza (ahora se veía), la petaca que había sobre la mesa. La destapaba y jugaba distraídamente con ella, junto al sillón. Debajo de la mesa, sin ruido; era menester prestar mucha atención para captar sus gestos. Ni siquiera se oía el trago, muy rápido, como si lo hubiese hecho al tiempo que hablaba. Él contaba con el interés que provocaban su propia persona y su pensamiento. Los detalles, todo lo demás, no eran dignos de suscitar atención...

—Que el autobús no llegase a tiempo no fue nada casual. Nosotros lo retuvimos. Sólo lo que estimamos necesario... Me alegro de que no se quede boquiabierto de la impresión. Me habría fatigado. Habría perdido la paciencia, se me habrían ido las ganas. Por el contrario, así confío en mi interlocutor. Espero que nos entendamos.

De pronto, acercó la silla a la mujer. Se mostró desarmado y desdichado. Como si pidiera ayuda. A punto de ceder, de confesarse a un amigo.

—¿Sabe?, no soporto la inferioridad del adversario. Me desarma. He insistido, ya se lo he dicho, en que me la presentaran en un estado normal. De otro modo, no me sentiría capaz de nada... No funciona cuando sé que a quien me escucha, antes de hablar conmigo, le han pegado, lo han asustado y humillado. ¿Sabe? No puedo..., no, me da asco, sencillamente. Y miedo, es cierto. De mí. De ellos. De lo que alguna vez podría ocurrirme a mí...

La mujer, de pronto, prestó atención. Tensa, sentía ya que a intervalos relativamente cortos tenía que esperar esa expresión de desamparo en el rostro de él, precedida o acompañada, como acababa de pasar, de un simulacro de

confesión. «¿Sabe?, no soporto lo pintoresco», así había empezado él la entrevista. El rostro y la voz habían servido para expresar un lamento impotente, de niño envejecido y solitario.

—De manera que se retrasó. Sus compañeros fueron detenidos sin que volvieran a verla. ¿Se da cuenta? Nuestro juego requiere a veces un poquitín de maldad... Quizá la intranquilece lo que yo pueda preguntarle o proponerle. En relación con la finalidad de esta entrevista. Podemos precisar, para que no se alarme, que sé todo lo que más o menos podría usted confesar. Sé también que usted no se considera en condiciones de apreciar la gravedad de los hechos y, como medida de precaución, les da a todos una importancia igual. No sea que vaya a divulgar algo. Yo sé quiénes eran los habituales de aquella casa. Había leído con placer los informes, había pedido otros adicionales. Se confeccionaron verdaderos estudios biográficos. Casi monografías, no sólo de la camarada Simona Strihan. Los amigos la llaman a usted Sia, ¿no es cierto? Así pues, Sia Strihan... Igual de bien conozco, como si hubiese vivido mucho tiempo entre los amigos de usted, la enfermedad del hígado y la fortunita nada despreciable del señor Barbosa, o que el joven Patraulea, llamado el Poeta, no se resiste mucho a las faldas. Sin embargo, eso nada tiene que ver con sus inclinaciones artísticas, ¿verdad? Y menos aún con su ascendencia campesina, viene de una familia de campesinos pobres, terriblemente pobres. Y menos aún con su salud frágil, muy frágil... La distinguida señora Mârgârit es una fanática. Aunque parece, y lo es, una perfecta mujer de mundo. Entregada a todos los placeres habituales, e incluso a los menos habituales, de la alta sociedad tradicional. A la que, naturalmente, odia. Es sólo una fanática, se diría. A diferencia del ingeniero... ¿Es que hay corriente?

Se puso en pie de pronto. Al acecho, detrás del escritorio. Husmeando con la nariz y con las orejas tiesas, como los conejos. Ah, mira por dónde, tenía algo de conejo, en efecto, ¿cómo no se había dado cuenta? ¿Una cabeza de conejo? ¿Y no tendría también algo de serpiente? Nariz aguileña, la nariz ligeramente aguileña... Los grandes hombres de la Antigüedad tenían la nariz aguileña, eso dicen... Tenía la frente despejada y ancha, ¿como la de ellos? Sin embargo, las cejas, marca de las pasiones, no eran poderosas ni pobladas.

Más bien ralas. La frente transpiraba y también la nariz. El pelo, escaso también, sólo en las sienes. La cara pálida. Los ojos parecían miopes y pestañeaban sin cesar. ¿Signo de timidez, acaso?

Gesticulaba mucho, aterrado, clavado en su sitio. La chaqueta se le había abierto y dejaba ver su polo, que había perdido el color y la forma por un uso excesivo. Le caía por el torso formando arrugas, torcido y de cualquier manera. De los pantalones le salía un pedazo de cinturón gastado, que pendulaba a la altura de la bragueta.

Se estremecía, como asfixiado. La cabeza se le había hundido entre los hombros y le temblaba, al igual que el pecho enjuto. La calva, que se extendía hasta la coronilla, había enrojecido. Sacaba un pañuelo, lo apretaba en el puño, se lo llevaba, ora con una mano, ora con la otra, a la nariz..., estornudaba.

La mujer ya no pudo contener una sonrisa. Él logró levantar la cabeza y la vio. Entre accesos de tos y estornudos debió de observar la sonrisa y, ¡el colmo!, sonrió también él y balbució con aire culpable:

—Tengo alergia, ¿sabe? La corriente más pequeña, más débil, sencillamente me deja hecho polvo —dijo entre jadeos apartándose del escritorio y encaminándose a la puerta.

Empujó la puerta, aunque estaba cerrada. Se encogió sobre el picaporte temblando, resollando, vencido, palpitante, sacudido, doblado, encorvado y como tiroteado, soltando una serie de estornudos. Trató de volver a grandes zancadas hacia la ventana, pero se tambaleaba un poco. Se apoyó incluso en el sillón de la mujer, palpó los bordes de madera, el alféizar, la falleba de la ventana... Todo estaba bien cerrado... Sin embargo, ¡estornudaba! Vencido, hundido, impotente. Estornudaba y estornudaba, daba la impresión de que lo hacía incluso con placer. La nariz surcada de venillas rojas se había vuelto blanda y acuosa. Se guardaba un pañuelo en el bolsillo y sacaba otro y hundía en él la cara apretando los puños. Desencajado por las convulsiones, avergonzado.

La mujer vio por la ventana la luz cada vez más gris, más desleída. Debía de haber pasado mucho tiempo, no se había percatado de ello. Miró el reloj de pared y no distinguió nada. Las cifras negras se perdían, como las manecillas,

en la esfera borrosa y cubierta con una espesa capa de polvo, como perdida en medio de la niebla.

El frágil hombre recobró el aliento a duras penas y tras muchos sinsabores. Cualquiera habría dicho que había perdido el interés e incluso las fuerzas para desempeñar su papel hasta el final. La partitura se había vuelto insoportable y ya no parecía cautivarlo. Como si se hubiera hartado de llevar esas complicadas máscaras de la inteligencia. Todo parecía derrumbarse, como había prevenido un escéptico, hasta ser inútil y ridículo. Le daba pereza, quizá... Nada contaba ya, nada podía ser más profundo, más tentador, más seguro y más sabio que la pereza, parecía querer decir. No le encontraba ya ningún sentido a cansarse. Pero, de repente, el hombre se estremeció.

La mujer seguía sonriendo. Sin embargo, la sonrisa había ido perdiendo la compasión, incluso la simpatía que por un momento había experimentado por aquel infeliz. Había quedado el asco, el desprecio. La sonrisa se había helado en una mueca. La prisionera parecía haberse dormido o estar a punto de dormirse. O se había desmayado, o se había muerto con aquel horrible rictus en el rostro... Y él dio un golpe súbito en el cristal de la mesa con el tapón metálico de la petaca.

Un brillo demencial le había afilado la mirada. El golpe había sido fulminante, violento, como un guillotino.

No obstante, lo lamentó de inmediato... Enseguida trató de suavizar de algún modo el gesto. Fingió que sólo había estado buscando la petaca. Entonces la levantó de forma ostentosa y se la llevó, sin esconderse ya, a los labios gordezuelos, echando la cabeza hacia atrás y vaciando casi un cuarto. Acto seguido se dejó caer, revitalizado pero desabrido, en el sillón.

—También yo detesto el tedio, señorita. Eso se nota, me parece. Detesto el tedio, espero que se note. Al igual que el trabajo, la laboriosidad y la perseverancia. Incluso la lógica. Algunas veces hasta la verdad. A menudo, a menudo. Soy un...

Las primeras palabras las había pronunciado recalcándolas, luego la voz se debilitó. Recobró la calma, el distanciamiento y la voluntad de que se le notase.

–Sí, no merece la pena decirle todo lo que sé sobre Sia Strihan. Ni sobre Dinu Barbosa, Tina Mârgârit o el ingeniero Mateescu. Sobre Kahane, conocida como Agahane, y sobre el poeta Patraulea. Ni sobre aquel obrero tan listo, Victor Vâduva. Ni tampoco sobre el ejemplar máspreciado, al que usted admira tanto. No sólo lo admira, ya lo sé, ya lo sé, lo sé todo sobre, ¿cómo diríamos?, el «hombre amado», así se dice. No merece la pena aburrirla contándole lo que sé sobre todos y cada uno, no, lo reconozco. Más bien tendría que decirle lo que sé de mí. Para que se convenza de que soy un hombre decente. Le ofrezco de mí datos tan importantes como los que yo he recibido sobre Simona Strihan. ¿Para que me respete? Me pareció que había conseguido despertar su interés... Para mí es la única forma de estima. Se convencería de que sé bastantes cosas de mí. Aunque soy un... Esto es lo que quería decirle hace un momento... Soy un aficionado. Irremediablemente aficionado, eso es lo que soy.

Se inclinó sobre el escritorio, sobre la petaca. Monologaba en voz baja, la cabeza se le cayó entre los hombros y ya no miraba a su espectadora.

–Se me toleran... La negligencia, la pereza, los caprichos, las debilidades, la fantasía. Me los toleran. Finalmente, aceptaron considerarme un mal necesario. Porque les soy útil y necesario. Se han convencido. Aunque no entienden mis actos, mis golpes y mis deducciones. Aunque me desprecian... Les causaría un gran placer meterme en una celda. Vengarse mediante los métodos que usted conoce, por todo lo que no logran comprender. Y, mejor aún, probablemente meterme en un ataúd. Pasan meses sin que me llamen. Me dejan en paz, me mandan al diablo. Y cuando me llaman, por fin, no regatean. Aceptan mis condiciones, es decir, cierta cantidad de dinero y la libertad de acción. Ya no me imponen sus métodos, su puntualidad estricta y todas las sandeces que observan. Aceptan sin entender nunca de qué se trata en realidad. Incluso cuando escuchan como borregos mis delirios... A veces me tiran de la lengua, ¿sabe? Quieren que les explique por qué hay que esperar la aparición cíclica de casos especiales. ¡Excepciones! Excrecencias de la vida pero necesarias para la vida. Contra ellas, su odio y su disciplinada estupidez no surten efecto. Hay mundos, especies desconocidas, que no se pueden entender. Primero tendrían que saber lo que es la vida, de qué les estoy hablando. Necesitan mi imaginación, mi temperamento, mi enfermedad y mis

sentimientos. Al final, se han dado cuenta de que yo también soy un caso especial. Como Sia Strihan. Nosotros dos... Pero probablemente menos que el compañero en el que usted piensa, al que echa de menos. Porque él sí es especial, muy especial, hay que reconocerlo... Seguro que a veces me salen bien las cosas. Y bastante bien, sí, bastante bien, lo confieso. Por eso me conservan y me mantienen con ellos. ¡Una especie de brujo! Asqueroso, enfermo, miedoso, olvidadizo, retorcido. ¡Pero que les saca las castañas del fuego! Los informes concluyen de forma optimista, el optimismo obligatorio, el optimismo de servicio, llamémoslo así, en este tipo de servicio que inventa el hombre para el hombre, ¿no es cierto?, como todas las demás profesiones e ilusiones que consumen nuestro tiempo. Así pues, el caso que nos traía de cabeza, desde hacía tres meses o tres años, ha sido liquidado o lo será y los optimistas vuelven a encariñarse con su estúpido oficio... Pero no siempre tengo éxito. También hay partidas que se pierden. O que no se ganan. O, sencillamente, mi cansancio, mi pereza, mi dejadez e incluso, sí, sí, mi generosidad o mi aversión, a veces la una y la otra están ligadas, ligadas sí, pues al fin y al cabo sólo soy un hombre. Soy un hombre y, como supondrá, a veces me han vencido, como no podía ser menos. A menudo me he vencido a mí mismo. Una mentalidad estrecha no comprende que el fracaso es algo natural, no comprende cuántas delicias puede ofrecer el fracaso, como todo lo humano, cuánta melancolía... No imaginaba que las soluciones momentáneamente adecuadas y eficaces pueden contener una buena dosis de fracaso. ¿Para qué se va a poner uno a explicarles que, en realidad, lo único que existe son los fracasos? Algunos son menos evidentes. Enmascarados, engañosos, dan la impresión de ser éxitos. Cuando no consigo solucionar el asunto, olvidan todo lo que había hecho antes. Olvidan, claro que sí, de golpe, su propia impotencia. Otra vez se sienten seguros de sus argumentos farragosos y estúpidos. Se ponen a gritar que no es de extrañar que un tipo como yo, una calamidad, un vicioso, no pueda enfrentarse a tan serias obligaciones. Siempre encuentran ocasión para herirme. Escupiéndome a la cara su odio, su vanidad, su estupidez y su venganza concentrados en el odio. Atormentándome otra vez con su ridícula desconfianza. No es fácil. Y menos aún para alguien como yo. Espero que lo entienda... La desconfianza es mi pan de cada día. Seco, un bloque inmenso de tiza o de hielo derrumbándose

estrepitosamente para aniquilarme. Mojado, a veces, pan de piedra mojado en vino o en vinagre. Chupo mareado una esponja envenenada durante días, noches y semanas seguidas. La falta de confianza en mí mismo... ¡El colmo, que los demás desconfíen de mí! Me aniquilan, soy incapaz de reflexionar. Me quedo ciego, mudo, parálítico, perdido. Y entonces reencuentro mi condición miserable, mi melancolía y mi inmundicia. Durante meses enteros no valgo para nada. ¡Precisamente esos idiotas que, ante mi simple aparición, tendrían que enmudecer y quedarse paralizados! Pero al final siempre vuelven a llamarme. Tras una larga espera, los muy desgraciados me llaman. Cuando hay algo muy raro y todos sus intentos han sido vanos. Entonces se acuerdan ellos del «loco aquel». A lo mejor el loco aquel encuentra la solución, eso esperan los pobrecitos... Ya no sé por dónde empezar. Al principio, titubeo un poco y empiezo. No tengo confianza en mí, no tengo seguridad en mí mismo. Sin confianza, siquiera un tiempo, aunque sea ilusoria, nada funciona. Siento a éstos merodeando a mi alrededor, los muy bestias se quedan silenciosos pero cabalgan encima de mí y me sofocan. Espían mis gestos y mis pensamientos. ¡Hasta que alguna cosa viene en mi ayuda! La bebida, una mujer, un libro, unas vacaciones. ¡O incluso una poesía! Sí, no se ría. Algunas veces, también la música... Y vuelvo a un placentero estado de vitalidad. Exaltado y desenfrenado. Ya no veo más que el objetivo. Los datos, la hipótesis, la solución.

Estaba oscuro, pero no encendía la luz. Tampoco estaba como boca de lobo, o quizá sí. La mujer, aunque no lo veía, percibía que el hombre se ponía de pie al otro lado del escritorio.

—¡Un jefe espabilado haría maravillas conmigo! ¡Uno que supiera sacar partido de mis defectos! Éstos exactamente: pereza, dejadez y desorden. ¡Cuánto sitio hay para la fantasía en esos huecos! Uno es capaz de moverse sin que nadie pueda prever ni prevenir sus intenciones. Pero ¿dónde se encuentra, entre esos servidores, una cabeza bien asentada? Necesitaron años y años para reconocer, aunque fuera por necesidad, mis cualidades y aprender a usarlas. A ser tolerantes y a asegurarme condiciones favorables. ¡Un clima estimulante! Aceptar mis caprichos... En otras palabras, a asegurar la protección de esas cualidades. Quizá sean pocas, pero especiales, y exigen un régimen especial de mantenimiento. ¡Necesitarían un siglo para comprender que mis defectos

abren un campo de posibilidades mucho más amplio! –Se frotaba, nervioso, las manos. Luego el índice de una mano contra el de la otra–. ¡Un aficionado, eso es! No un profesional ni un funcionario. Un aficionado no acostumbrado a su deber, a sus jefes, a un horario y un trabajo metódico y obligado. Trabajando de vez en cuando, pero por gusto. Por dinero y por gusto. Sólo cuando la oferta es tentadora. Cuando se le presenta la ocasión de resolver un enigma, de enfrentarse a algo que le permita demostrar su valía. Manteniendo inalterables, al menos eso cree, sus intuiciones, su alegría por el juego. El deseo de inventar, de ensanchar las oportunidades que el azar le ofrece. Vea, no me interesa lo que me pueda contar. Lo sé todo sobre ti, sobre vosotros. Más bien soy yo el que podría suministrar, si lo deseas, datos insospechados sobre lo que sea. Incluso sobre mí. Para que conozcáis mejor tanto a vuestros camaradas como al adversario. En la práctica, he de admitir que somos adversarios. Me refiero a la situación actual, pero, pero... teóricamente, si investigamos en lo más profundo de nosotros, creo que todo es más complejo. Sabiendo todo lo que sé, tengo derecho a decir que, aparte de los delitos, reales pero de relativa trascendencia, que has cometido, no tienes más importancia que la que yo te dé... Las ideas inflaman con facilidad la mente. Sobre todo, la de los jóvenes. ¡La conquista del poder es una actividad cautivadora! Luego, ya es más difícil... Con el poder en la mano, todo se complica. Yo he estado en todos los campos, no hay que olvidarlo, y conozco el mecanismo.

La reclusa esperaba; quería averiguar si había decidido tutearla en adelante o si simplemente había sido un lapsus del que él no se hubiese apercebido.

–No eres el caso más interesante, ya te habrás dado cuenta. Pero para mí tienes cierta importancia, por correlación. Y tienes importancia, ya te lo he dicho, porque te la doy yo. Porque yo he encontrado esa correlación. Tu amigo, sí, él sí que me preocupa de verdad. Él merece una particular atención, hay que reconocerlo... ¿Qué piensan tus camaradas de que te retrasaras precisamente el día en que a ellos los detuvieron? Quizá no lo sepa usted, pero he tenido cuidado de que no se enteren de que usted también ha sido detenida. Más adelante, ya lo pensaré. Tal vez pida que la pongan pronto en libertad. Eso reforzaría las sospechas, ¿no es cierto? Ese hombre que tanto nos fascina

a los dos, ¿acaso la defendería a usted de la desconfianza de los demás, de él mismo? Lo comprendo. Yo lo comprendo. Una crueldad típicamente intelectual. La fuerza y la impotencia. La impotencia compensada por una fuerza aún mayor. Una gran fuerza que es una gran debilidad. Un encanto más, ¿verdad? Vulnerable... Por ahí le pueden tender una trampa, acabar con él. Aunque, como decía, lo comprendo, yo lo comprendo. Los excesos del intelectual decidido a vencer sus debilidades y titubeos, exagerando la lealtad, son los más peligrosos. Hace mucho que lo vengo observando, te lo aseguro. Diez años. Lo conozco ya muy bien. Amenazado permanentemente no sólo por nosotros o por otros, sino por él mismo. Dejémoslo luchar consigo mismo... Ya es bastante, me parece a mí. Pero no me entienden, no aprueban mis proyectos, esos necios ignoran mi perspicacia.

El hombrecillo jadeaba acalorado. De vez en cuando, era presa de una gran agitación... La mujer aguardaba, con los nervios en tensión, pensando que él se le iba a acercar. Pero sus gritos llenaron de repente la habitación.

—¡No, no es ningún desvarío ni ninguna farsa! No hace falta que sonría con tanto desdén. Quizás alguien me pague por este doble juego y por los movimientos de mi papel doble, triple o múltiple, ¿qué sabes tú? ¿Quién te da derecho a despreciarme?

Mientras gritaba, encendió bruscamente la lámpara del escritorio para comprobar sus sospechas. Estaba de pie, tembloroso y dando pequeños puñetazos en el cristal de la mesa. Estaba rojo y los hombros le temblaban. Sus ojos muy abiertos se clavaron en ella con furia salvaje. Gesticulaba agitado. El cuerpo se convulsionaba debido a una crisis frenética. Estornudaba..., sí, había empezado otra vez a estornudar, el conejillo... Estornudaba sin parar. La irritación y la debilidad de todo su ser parecían haberle sensibilizado, de golpe, todas las membranas, que vibraban heridas. ¡El placer de estornudar! Diríase que limpiaba y regeneraba no sólo todas sus mucosas, sino también su alma, su pequeña alma pecadora. Gemía purificado. Rejuvenecido, vacío. No podía tranquilizarse, exánime. Al poco se dejó caer sobre el escritorio, rendido. La palma de la mano se deslizó a tuestas sobre la petaca, temblando. Buscaba el interruptor de la lámpara. La luz se apagó.

Tras una larga pausa, volvió a oírse la voz en la oscuridad, tímida y obsesiva.

–Mi juego es más peligroso de lo que crees, muchacha. Mucho más cruel de lo que supones... Un juego mental. El cálculo y la fantasía. Una mente ágil, con circuitos finos y delicados. Me falta, es cierto, el carácter... Pero no la crueldad feroz, ¿sabes?, un adversario que esté a tu altura. Ya lo entenderás, ya lo entenderás más tarde.

La habitación había ido sumergiéndose en unas profundas tinieblas cada vez más compactas. Ya no se distinguía nada, nada..., sólo el tortuoso trayecto de las palabras, la voz trabada por la bebida, ronca, a veces vidriosa, incluso húmeda, surgiendo entre estornudos y llenando el aire para quebrarse bruscamente, apagada, como un fino globo rasgado por el filo de una cuchilla.

...Quizá no habría debido escucharlo. Los preparativos, el trato más suave de esos últimos días, la comida por la mañana y al mediodía, luego la conmoción provocada por aquella entrevista que no acababa nunca... La inestabilidad, una especie de premisa de trabajo, sin la cual ese peligroso bufón no podía pensar ni respirar, un mecanismo frágil, desconcertante, eficaz sólo al final, probablemente, por la suma de tantos efectos raros y momentáneos... La continua oscilación y el mareo manteniéndose por sí solos, funcionando merced a vacíos, caídas y recuperaciones aún más tenaces... Oh, todo eso la había cansado, la había agotado. Poco a poco, había logrado transmitirle las alternativas, la tensión permanente... Podía esperar cualquier cosa y no le importaba, no, ya no tenía fuerzas, no tenía, ya no más, no.

Se deslizó lentamente en el sillón, en el sueño, le pareció haber oído en cierto momento la palabra «muchacha», se perdía, se abandonaba, iba a dormirse, se había dormido de miedo y se perdía de nuevo, se dormía mientras él la vigilaba, estaba al acecho, como un conejo grande y feo.

Apretó los puños para no ceder. Pero seguía resbalando lentamente en la blandura del sillón. El cuerpo se ensanchaba, se escurría. No debería renunciar, no, se atenazó las piernas. Ya no lo oía, hacía un rato que no lo oía, aunque quizá ya no hablara, ni estuviera tampoco allí. No, no escucharía más, se taparía los oídos, él ya no estaba, ya no, no, ya no.

Levantó con dificultad los brazos. Lentamente, para no remover el aire, para que no se notase. El maldito, el pobre diablo, ya había mostrado bastantes veces lo agudo de sus sentidos. El otro, aun cuando parecía ausente,

anulado en la oscuridad, sorprendía el menor movimiento. Se inclinó sobre el brazo del sillón. Acertó a taparse las orejas con las manos. Pero no quería dormir. Tenía que mantenerse despierta a todo trance, atenta.

Su Excelencia quería parecer más débil, pero también más diabólico de lo que era. Minado por momentos en los que se hundía de verdad, momentos que escondía muy bien entre los de ostentación o los de hábil simulación; difícil, imposible separarlos. Quien lograra captarlos y, de esa manera, evitar la confusión, conseguiría, con toda seguridad, una oportunidad para aniquilarlo.

Sea como fuere, tenía que reconocer que había conseguido que ella no estuviese en modo alguno segura de sus observaciones y juicios, ni de los de él ni de los suyos, que sospechase de ese interminable monólogo y le atribuyese un secreto y tenaz objetivo, todavía confuso, hacia donde él la empujaba, seguramente sin que ella se percatara, lo que le permitía hacer –a menudo siguiendo la inspiración del momento, ya, fuera del camino previsto, en los lindes los movimientos más inesperados.

Merecía la pena que, por ejemplo, se preguntase ella por qué se había referido al ingeniero Mateescu y no a los hermanos Mateescu, ingenieros. El joven Patraulea no parecía un mujeriego. En todo caso, no se le habría pasado por la cabeza hacer conjeturas sobre su origen campesino. En las inquietudes artísticas probablemente sí que habría pensado ella... Pero de ninguna manera en su frágil salud. No tenía la menor idea de que tuviese una salud delicada, no veía la relación. Aunque, al rememorarlo, todo le parecía posible, verosímil.

¿Ya no hablaba? ¿Se había callado, se había adormilado como ella, se había cansado también él, pobrecillo, la bestia parda? Guardaba silencio, llevaba un rato sin oírlo. Pero tampoco percibía, de ninguna forma, su presencia. Esperaba, de un momento a otro –aun cuando trató de desviar el curso de sus pensamientos no había dejado de estar en guardia–, oírlo golpear el aire cerca de ella, con sus brazos flácidos y secos, tambalearse como un murciélago entre las paredes de la habitación, acercarse, despertarla, vengarse por no haberlo escuchado, desnudarla, golpearla con saña y... Sí, en ese estado de furia sería capaz de todo. Varias veces, tras su apatía y timidez, reales o disfrazadas, había brillado un fulgor extraño, deseo y odio y placer, todavía

controlados, contenidos, pero apuntando hacia ella, rozándola como el trayecto invisible de un haz de luz. Se sobresaltó asustada, como si la hubiesen golpeado.

Alzó los hombros y la cabeza y apartó los brazos del sillón. Aguzó el oído. Una respiración débil y uniforme, de conejito al que acarician. Así pues, se había dormido el conejito. ¡Qué ridícula complicidad parecía revelar esa entrevista!

–No, no duermo. Te he dejado descansar un poco. Me parece que estás cansada –musitó el fantasma.

Pero en ese instante los dos dieron un respingo, asustados, golpeando el sillón con los brazos. ¿Sonaba el teléfono? Ni él esperaba una cosa así. ¿Qué demonios se habrían inventado ahora?

Sonaba el fin del mundo, pero con la oscuridad él no atinaba a dar con el receptor. Por fin lo cogió.

–Sí. ¿Eres tú? ¿Qué pasa? Aún no. No, un poco más. Quédate tranquila, no, no le he hecho nada. ¿Peluca? Ja, ja, no, te lo juro.

Intentó reír, parecía timorato, cohibido, ofendido. Pero también encantado y furioso.

–En cierto modo. No hay por qué. Por esto no. Sí, sólo para entrar en calor, no me sienta mal. No te preocupes. No, no llames más. Es una orden. Por favor, déjame, eso, no..., te lo ruego.

Y rogaba a su interlocutor en voz baja, soplando en el receptor, avergonzado. Se restregaba contra la silla como un niño pillado en falta; parecía dominado por una mujer, pero también temido. En el receptor, la voz no se había levantado, no había elevado el tono. Un lamento y una páfida súplica, más bien, a ambos lados del hilo.

Tal vez no hubiese colgado el receptor. No se oía nada. Pero las voces habían enmudecido hacía un rato. Quizá se escucharan sólo las respiraciones... Seguidamente, se volvió despacio en el sillón. Callaba, esperaba.

Por fin apretó el interruptor de la lámpara. Los dos, aturdidos, se frotaron los ojos. Luz cegadora después de largo rato en tinieblas.

–Sí, es un poco tarde. No he querido saber nada de ti, te habrás dado cuenta.

La mujer volvió a mirar el reloj de pared, encima del escritorio. Pero los ojos, deslumbrados por la luz, no distinguían nada. Todo parecía blanco e igual.

–Supongo que tendrás que soportar la desconfianza de tus amigos. Por otro lado, no quiero que se me olvide decirte que no vas a ser inculpada en el proceso contra ellos. Quizá te soltemos. Aunque también podrían condenarte. No necesariamente por delitos políticos. Buscaremos otra cosa. Todavía no lo hemos decidido. He sido franco contigo. No te engañes, no siempre soy sincero. Pero esta vez quiero portarme de otra manera. Forma parte de lo que te he propuesto. No creas que es falsa sinceridad. El tiempo te convencerá. No, no he hecho trampa. He intentado jugar limpio... Todo lo que pase en adelante, en lo que a ti se refiere, estará relacionado, soy sincero hasta el límite, con el hombre amado, como dicen en los melodramas, o sea con Lucian Hariga. Incluso cuando usted desaparezca, señorita o camarada Strihan, por mucho tiempo, de la esfera y la atención de él y dejen de saber el uno del otro... La libertad de trabajo, la libertad de amor, la libertad de creación. Bonito, ¿no? Es normal que los artistas se vuelvan, por todo lo que son y sobre todo por lo que no son, rebeldes. En definitiva, el artista es un precursor o un rezagado. Sea lo que fuere, es un ser fuera de lo corriente. No ha encontrado su lugar, su tranquilidad y su armonía. No se ha entendido con su profesión, su familia y las leyes, ha elegido una forma por completo distinta de vanidad. El arte, ciertamente, tiene como punto de partida la apariencia de una dislocación, una inadecuación, un desarraigo. Pero alimentado..., estoy repitiendo una lección de estética pasada de moda..., por una obsesión. Esta debilidad, real si lo pensamos bien, puede ser fuente de una fuerza muy difícil de mover. Se ha comprobado, se ha confirmado. Que estéis siempre en la oposición, quiero decir. La libertad, pero ¿el orden también? ¿Inutilidad y enfermedad? Más o menos eso es lo que sois. Es normal que estéis junto a todos los desposeídos. Y junto a los pocos profetas que todavía nacen... Estoy acostumbrado a esos placeres. Los he probado. No soy un principiante, ¿sabe? Yo también he emborronado algunas cuartillas, me he sentido atraído... Al final, los libros te llevan allí. Yo también he tenido durante mucho tiempo la cabeza en llamas. Quizá todavía arda con un combustible más frío, artificial. Por tal motivo éstos me consideran un entendido en casos especiales. Porque,

ya se lo he dicho, yo también he sido, me he vuelto, un caso cada vez más especial. Me vencieron la pereza y el vicio. Tal vez también la inteligencia, no soy muy modesto, ya se habrá convencido de ello. Como quien dice, soy el producto (algunos dirían que también el símbolo) de la podredumbre... Con seguridad, no conseguiría desanimarte afirmando que vosotros, los rebeldes, los excéntricos, no tenéis una situación segura, estable, ni siquiera entre aquellos a los que, como yo decía, pertenecéis de modo natural. Uno ha sentido ya la crueldad del destino, pero sólo la entiende con el tiempo... Usted, señorita, señora y camarada Strihan, ha amado a ese hombre fuera de lo corriente. Un intelectual de sólida formación y un luchador. ¡Virtualmente un líder, el camarada Hariga! Es usted más joven que él. La atracción, por ambas partes, ha estado más que justificada. Usted desempeña un papel en la vida de él. Aunque Hariga es o lo pueden tomar por epicúreo, ya sabe. Ha habido más mujeres fascinadas por su presencia, a las que se acercó y de las que se separó sin complicaciones inútiles... Usted no obtuvo notas brillantes en Bellas Artes. Pero he visto todos sus trabajos que han quedado allí. Entendí de qué y de quién se trataba, capté la verdad que prometían. Todavía nebulosa, en apariencia caótica. El arte es fundamentalmente ambiguo, ¿sabe? ¿La verdad? Una palabra demasiado grande. Hinchada como un buñuelo. Hum... La verdad del arte, del arte de ustedes, digamos, no salta a los ojos... El dinero que recibo, un pago absolutamente ridículo por los servicios prestados, sería aún más sucio si no me ofrecieran, al menos de vez en cuando, acceder no sólo a placeres vendibles sino también a otro tipo de placeres. No sólo momentáneos. Placeres de más larga duración. Uno de ellos espero que sea usted, Sia Strihan... Perdóneme, la he tuteado algunas veces. Estoy un poco achispado e indispueto. Pero totalmente lúcido, se lo aseguro... No conseguiría, ni tendría sentido, impedir que en lo sucesivo la interrogasen de tanto en tanto. A veces, que la ofendan o la atormenten. Les gusta machacar en vano, no se puede hacer nada. La maquinaria tiene que funcionar, de lo contrario se oxida, ésta es la regla de ellos. Mis posibilidades para cambiar los métodos son limitadas. Por otro lado, ellos afirman, y a veces lo demuestran, que obtienen resultados. No puedo hacer nada. Pero algo sí puedo, y creo que lo he hecho.

Se puso de pie. Desde el momento en que encendió la luz, tras la secuencia, el sueño o la pesadilla de la sordina femenina, felina, en el teléfono repentinamente incendiado, sus movimientos y palabras habían perdido inquietud y elasticidad. La máscara humana de gran movilidad se había secado. En un abrir y cerrar de ojos parecía haberse desbaratado. Habría sido difícil determinar si la nueva postura o impostura escondía acaso algo peor, más inesperado. De pronto, parecía consciente de estar perdiendo la gracia y el misterio del personaje que, hasta entonces, había representado. Pero ahora se mostraba indolente, aceptando, no se sabe durante cuántos minutos, desempeñar un papel distante, tedioso y oficial. Renuncia que no habría admitido, desde luego, sin estar seguro de que era oportuna.

—Habría visto que he venido a esta entrevista cargado con toda clase de paquetes, pequeños y grandes. He estado pendiente de que no se omitiese nada. Que no se perdiese nada. He comprobado la lista de todas las compras y las he traído yo mismo a su destino. Para no olvidar ninguno de los regalos, ya que soy un distraído. Soy un caballero chapado a la antigua, como quien dice. Complaciente con las señoras que me honran con su atención. —Sonrió al concluir la última frase, como era obligado. Una sonrisa breve, apenas esbozada, para enseguida recobrar su expresión y voz neutras—. Pinceles de varios tamaños. Lápices, carboncillo, tinta china. Acuarelas y colores al óleo. De la mejor calidad. Sin reparar en gastos. He elegido con cuidado y he pagado lo que ha hecho falta. También, papel y cartulinas de todos los tamaños. Incluso lienzo. Si es menester y verdaderamente lo desea, podrá hacer grabados. También sale arte de manchas trágicas de tinta, como publicaban hace más o menos cien años en la Alemania romántica. Quizá no sea necesario llegar a ese extremo. Personalmente, preferiría el dibujo. Aunque el blanco y negro podría llegar a cansarla en un momento dado, como un prolongado ascetismo. Sin embargo, en los dibujos se admiten las manchas de color hechas a lápiz. Dibujos a lápiz o a carboncillo. Con pastel, plumilla, pincel, como quiera. Ni que decir tiene que, si con el tiempo siente la necesidad de pintar acuarelas u óleos, goza de plena libertad. No sólo le he traído todos los útiles y materiales para ello, sino también resinas para barnizar. Lo que se llama, o al menos eso pone en la caja, «*mastics in lacrima pura*»...

Seguía hablando en el mismo tono monocorde, como si no hubiese observado el asombro que había petrificado a la mujer que tenía delante.

En efecto, la prisionera dejó oír su voz.

–Bien, pero...

Sólo eso acertó a balbucear. Nada más. No obstante, comparado con el mutismo absoluto que había mantenido hasta ese momento, había sido bastante. Él contemplaba de soslayo cómo ella miraba, poniendo unos ojos como platos, con la mirada lúcida y viva, el rincón de la habitación donde se elevaban, alineadas, las numerosas cajas y paquetes.

–He traído todo lo que necesita para dibujar, para pintar. Y si de verdad desea grabar, probablemente en algún momento podríamos obtener el permiso. Vamos o, mejor dicho, van a retenerla un poco más de tiempo. Puede que incluso aquí mismo. Varios meses, varios años, es difícil precisarlo. Somos un país pequeño, dependemos de lo que ocurre en el mundo. Si le interesa mi opinión, no creo que dure mucho más. El tiempo ha empezado a trabajar rápido, así lo veo yo. Durante el tiempo en que aún siga encerrada, hará diariamente un bosquejo. Un dibujo de la casa, el exterior o el interior, el exterior y el interior de la casa donde se reunían Hariga, Kahane, Vâduva y los otros. ¿Un ritmo demasiado industrial para un artista? Sólo al principio lo parecerá. Trabajaré diariamente, pero sin tener que elaborar los detalles al máximo. Tal y como los recuerda. Probablemente se repetirá con cierta exactitud y periodicidad. Después podrá pensar y elaborar con más detenimiento cada lámina. Así serán más artísticas. Más inexactas o de una exactitud distinta, un tanto al margen de la realidad, según la conserva en su memoria, ya que la memoria se recupera un día y se pone al servicio de... No hace falta que yo se lo explique, usted entiende de psicología y estética. La memoria, finalmente, se pondrá al servicio de la obsesión y también del juego. Le he dicho que puede elegir los medios. He traído de todo. Pero quiero que empiece, como en el colegio, con el dibujo. O que lo alterne, como desee. Pero al principio, durante un periodo, sólo dibujos. Por lo tanto, todos los días se le concederá un tiempo para ello. Un privilegio cuya importancia no es difícil apreciar. Pero tendrá que trabajar a conciencia. Habrá de acostumbrarse a esa tarea. Al principio le repugnará. Después, poco a poco, lo deseará. Lo esperará. Confíemos en que vaya atrapándola progresivamente,

que la absorba y la apasione. Así es el vicio y así es también el amor. Y el arte es vicio y amor, ¿no? Esos dibujos concretarán asimismo la topografía del lugar. La estructura del edificio y la de usted misma. Sé perfectamente las veces que ha estado en la casa donde tenían que haberla detenido y con quién se veía allí. Unas diez veces. Para ser exactos, once... Tendrá que admitir que la auténtica finalidad de esta prueba, que, supongo, será cada vez más grata y provechosa para la artista que es usted o lo va a ser, le servirá de terapia, conque habrá de admitir que el móvil de esta acción o de esta experiencia se le escapa. ¿Qué vamos a hacer? La sinceridad forma parte de lo que me he propuesto en relación con usted. Sin embargo, este detalle será sólo mío. Mejor dicho, tampoco mío. Una hipótesis sería que yo no sé exactamente todavía por qué he seguido esta pista ni adónde me va y nos va a conducir. Digámoslo así. De esta manera, todo parece coherente y explicable. Sé que a usted la han enseñado, y que necesita creerlo así, que todas las cosas tienen una razón de ser, que pueden tener una explicación...

La impresión se confirmaba, las frases, la voz y el rostro helado del hombrecillo habían adoptado cierta seguridad e indiferencia.

Tamborileaba con los dedos en el cristal del escritorio, sólo de vez en cuando miraba a su presa. Seguía de pie. La petaca estaba vacía y las palabras fluían rápidas, decididas y frías.

—Toda esta historia de las maravillas que podrían averiguarse al investigar una serie completa de dibujos o pinturas hechas por usted y que tienen como tema la casa, para ser más exactos, la antigua casa del camarada Lucian Hariga, me ha servido como argumento convincente para los que me pagan. Mi sentido común, mi relativo sentido común, una vaga fantasía, les parece tan inaudito que, con el tiempo, se han vuelto unos torpes en lo referente a mi humilde persona, vacilan sobre lo que yo les propongo, sobre lo que les digo, sea inventado o sacado de los libros, o de libros inventados, pues al fin y al cabo ni lo van a notar. Tienen una especie de humildad, el miedo llega a confundirse con el respeto, que, desde luego, crece paralelamente al odio contra mí, contra usted y contra todo el que esté relacionado con los libros o crea en ellos. El desprecio, la superstición y el odio contra los libros, reales o inventados... No serían capaces de entender la realidad o irrealidad que hay en un libro. Lo real que puede ser un libro no

escrito desde el momento en que su contenido, todavía virtual, se halla en la mente de un hombre. En fin, mis reflexiones la han inquietado muy poco... En conclusión, concretemos: tendrá que hacer esos croquis sobre el tema que le he dado. Digamos que es un capricho mío. Ya se habrá convencido de que soy un caprichoso. Mientras este capricho, reconozco que bastante insólito, tenga una respuesta correcta, no tendré por qué privarla de las ventajas que, de este modo, pueda obtener. Con toda certeza, las promesas se respetarán... Tal como le he anticipado, le evitaremos un proceso político. Seguramente, así se acrecentará la desconfianza que sus camaradas sienten, eso espero, por Sia Strihan. Vamos a apagar la luz... Ya no hace falta. Mire, ha amanecido. Podemos decir que hemos pasado una noche juntos. ¡Fíjese qué magnífica madrugada! Un cielo claro e infinito. Las desgracias, la cárcel forman parte, como el cielo y como cualquier otra alegría o desgracia, de la vida que nos ha tocado vivir. Tenemos que aceptar todo lo que proceda de la vida con alegría y estupor. Es lo único de lo que podemos gozar...

Tenía razón. La Tierra limitada, sometida a la misma e interminable rotación... La noche los había reunido y los arrojaba de nuevo, juntos, a la orilla fría y vidriosa del día.

Sonrió como un muerto.

–Haga el favor de abrir la ventana.

La prisionera se levantó con dificultad del sillón. Pálida, con los ojos rojos y ojeras con grandes escamas violáceas.

Se separó lentamente del sillón, dio una vuelta sobre sí misma, un primer paso hacia la ventana. Avanzaba apoyándose en el brazo del sillón. Siguió adelante, se quedó con la mano izquierda suspendida en el aire, lejos del cuerpo, ya no tenía dónde apoyarse. De pronto, dio una zancada con la que llegó hasta la ventana y luego casi se vino abajo, pero tuvo tiempo de aferrarse con las dos manos al marco de madera.

Respiraba profundamente, con los hombros caídos y la mirada baja. Acto seguido, intentó enderezar la espalda. Tenía la mano izquierda aferrada al marco mientras la derecha resbalaba por el borde de madera de la ventana. Después de tantear un rato, tocó el metal frío. Apretó los dedos en torno a la falleba y la giró para desbloquear el cierre. No lo consiguió. Se puso de puntillas, levantó también la otra mano y asió la falleba con las dos dándole la

vuelta para moverla. Tenía la frente perlada de sudor. Lo intentó más veces hasta que las dos hojas de la ventana se separaron suavemente la una de la otra. Los brazos le cayeron sin fuerzas sobre el alféizar. Se apoyó unos segundos y tiró de una de las hojas empujándola hacia la pared. Abrió de par en par la otra. Se quedó en el marco de la ventana, suponemos que con los ojos despiertos por el aire fresco.

Miró el cielo blanco y algodonoso, los muros de las casas azules, la franja reluciente y húmeda de las calles cortada por algún coche que a toda velocidad se alejaba como un insecto extraviado. Se aferró al borde de la ventana abriendo mucho los brazos. Las ventanas tenían, incluso las de aquella habitación, gruesos barrotes de hierro. Cielo rayado. Todavía blanco y sereno.

«La cárcel, la enfermedad, la soledad, las desgracias de esta vida extraña. Una vida breve, de imprevisible duración, gocemos de ella. Si no me repugnase haberle oído estas palabras a él, ¿quién sabe?, podría haberlas dicho yo misma.»

A sus espaldas había cesado todo movimiento. ¿Se habría dormido el conejito sobre la mesa? ¿O todavía la observaba sin respirar? No se oía ni el más leve rumor.

Aguzó el oído. No, no, nada. Había pasado bastante tiempo. Había abierto la ventana, había descansado un buen rato mirando el cielo de la ciudad desierta. Se había olvidado del hombre con quien había compartido la noche. En definitiva, sólo le había ordenado que abriese la ventana... Se volvió muy despacio hacia él. Para ponerse, como correspondía, a su disposición.

Pero en la habitación ya no había nadie. Probablemente hubiese salido mientras ella forcejeaba para abrir la ventana.

La silla estaba perfectamente colocada tras el escritorio. Como si nadie la hubiese movido nunca de su sitio. El teléfono muerto. Había desaparecido también la petaca, el tapón metálico que tantas veces había iluminado la habitación, en el curso de la noche, como un pequeño signo de vida.

Quería tenderse y desentumecer las piernas. Entregarse al olvido y reposar la cabeza en grandes y mullidas almohadas. Demasiado temprano para reunir sus pensamientos y sus fuerzas para recordarlo todo.

Renunció a volver al sillón. Exhausta, se encogió y apoyó los codos sobre el alféizar. No se movió, sólo tenían que arrastrarla a donde quisieran. La puerta estaba cerrada, pero nadie llamaba. «Han abierto la puerta sólo una fracción de segundo. Para comprobar si he roto a puñetazos los barrotes y me he escapado, saltando desde el piso a la calle. Me han visto y han cerrado satisfechos la puerta. O habrá sido él, para echar un vistazo entre dos tragos de alcohol.»

Entonces debió de sentir una mano suave en el hombro. Se estremeció, la serpiente se deslizaba por el hombro. La sintió también por la espalda, alargándose húmeda y fría.

Conque no había terminado, acababa de empezar. La mano le apretó suavemente el hombro. Todo volvía a empezar, y en el punto donde ella más había temido todo el tiempo. Ese fantasma sin fuerzas lo resistía todo. Había hecho acopio de nuevas fuerzas y apetitos, había vaciado otra botella. Volvía a empezar desde el principio. No iba a acabar, había calculado bien; en efecto, la mujer presa no aguantaría, ya no le quedaban fuerzas.

—No te atormentes más. No vamos a empezar otra vez —le pareció que le decía, junto al hombro, una voz de mujer.

Unos dedos delgados se crisparon en su hombro y, apretando con suavidad, le dieron la vuelta. La mujer del día anterior, quizás, aquella morena cortante, delicada, tan familiar, que parecía una compañera... Algo lúbrico y maternal a la vez, el pelo rebelde, la falda torcida, la cara húmeda, sudada, y una blusa blanca a medio abrochar. Como si hubiese salido de su guarida sin arreglarse, después del sueño o después del no sueño o después de..., después de cualquier cosa. Los pechos se le movían, desnudos, empapados, debajo de la blusa abierta.

—Gracias. Te has portado bien, no lo has provocado...

Apenas se distinguían las palabras, susurradas en un tono muy bajo.

La mano seguía subiendo, como una larga serpiente, desde el hombro hasta el cuello. La visión trataba de acariciarle con suavidad las mejillas. La prisionera se echó a un lado.

—¿Quién te ha tirado aquí el bonete? —se oyó lejos, cerca.

Se inclinó y recogió el bonete. Lo miró con una especie de ternura, lo levantó, lo golpeó contra el alféizar y le sacudió el polvo. Lo limpió después con la mano. Se lo colocó despacio y con cuidado en la cabeza rapada y se acercó más a la ventana.

La desgraciada metió la cabeza entre los barrotes para recibir la brisa fresca y la luz del día, huyendo de la voz que la perseguía. De pronto parecieron aullar sirenas, las oía y no las oía, quizás hubieran estado aullando toda la noche precisamente por ella y no las hubiese oído.

–Te has portado bien. Puedes descansar un poco, dormir...

Alguien en alguna parte en algún momento había musitado quedo, muy quedo, esas palabras, como a una hermana. ¿Iba descalza la mujer? ¿Por eso no la había oído entrar?

En un momento dado, la puerta se cerró despacio. Una corriente de aire, quizás un vago perfume, una mezcla apagada de olores nuevos difícil de identificar. Volvió a mirar la puerta unos momentos y luego se volvió hacia la ventana.

Apoyó la sien contra el borde frío de la madera. Permaneció inmóvil. Daba la impresión de que su mejilla cansada brillaba a la luz del día que despuntaba. Parecía haberse quedado dormida.

Biografía robot

Hace mucho tiempo que no podemos comprendernos a nosotros mismos si no es en relación con los otros. Dicen que sólo de este modo las comparaciones podrían ser significativas. De la misma forma que no podríamos pensar en el futuro antes de saber quiénes somos, es decir, antes de conocer el pasado de los múltiples datos que constituyen las premisas de extrapolación.

Quizás el animoso impulsor del proyecto piense, antes que nada, en un retrato de la época, sin sospechar que está proponiendo una composición en la que leeríamos nuestras propias determinaciones. La individualización, tanta como hubiese sido posible, sólo puede resultar de la comparación, de la particularización; la separación más drástica no sería más que una forma de expresar la dependencia del juego inicial de condicionantes. Quien tenga la paciencia de mirar de esta manera la detallada ficha de datos personales que ha de entregar mañana al servicio especializado, entenderá sin dificultad que está participando sin quererlo en esa suma o síntesis y que su vida, por singularizada que le parezca –un misterio fluido y todavía sorprendente para él mismo–, podría rastrearse, aunque sea como un detalle extravagante, dentro del contexto colectivo.

Se comprenderá que el nuevo director del Instituto de Futurología, para extender los métodos de investigación, apele más bien a la diversificación de los colaboradores que a técnicas nuevas.

Por lo tanto, a la primera sesión de los animados coloquios de los jueves, serán convocados no sólo los habituales matemáticos, psicólogos, físicos, médicos y juristas, sino también peculiares representantes de otras categorías de participantes.

Será un jueves hacia las seis de la tarde, con la tranquila luz de junio. En la blanca aula de la calle Orlando se darán cita, como invitados, una mecanógrafa, un taxista, el encargado de un restaurante, una educadora de guardería infantil, un novelista, una jefa de personal, un profesor de gimnasia, un aduanero y un empleado de la Caja de Ahorros.

Se comunicará a los participantes que el único punto del orden del día será la presentación de los invitados, quienes no tendrán relación alguna con el cometido del organismo que los ha llamado.

Sin ponerse de pie, prescindiendo de los habituales «silencio, por favor» o «compañeros y compañeras», el director empezará con alguien digamos que elegido al azar en la tercera fila, en el pupitre junto a la ventana. Un joven cualquiera, taxista, que sonrío pacientemente a la luz tranquila de la sala...

«El camarada Voinea es taxista en la GETAX. Un hombre joven, como ustedes pueden ver, sólo tiene veintiún años. Un conductor excepcional, por lo que he oído. Pero es mucho más que eso, según he tenido ocasión de convencerme por mí mismo antes de pedirle que nos ayude. En el instituto, ya mostraba afición por las matemáticas, aunque eligió el ballet. De modo que se matriculó en la Escuela de Coreografía para seguir la carrera de bailarín. Espero no haber cometido ninguna indiscreción ni haber exagerado, querido Cristian...»

Cristian Voinea hará amago de ponerse de pie. Rubio, frente blanca de poeta, tórax vigoroso de gimnasta, camisa de lino transparente a cuadros. El futuro colaborador escuchará impasible el resumen-anuncio como si hablaran de otro.

«Un estúpido accidente le llevó a renunciar al ballet. Cristian se considera demasiado mayor para volver a las matemáticas, vocación que, al igual que el piano, requiere precocidad y un trabajo de chinos, como le gusta decir. Pero ya descubrirán en él a un matemático y un pianista. Eso por no divulgar todas las sorpresas que lleva consigo el camarada taxista del centro de taxis de la plaza Rosetti.»

El silencioso auditorio se enterará luego de que la juvenil señora de cincuenta años no es una mecanógrafa del montón, aunque todos los días se dedique a ese menester, sino la hija de nuestro embajador en Inglaterra durante los años de entreguerras, reconocida experta en artes decorativas y a la que se consulta siempre que hay alguna controversia importante sobre joyería oriental antigua. El profesor de gimnasia, en otro tiempo célebre jinete y oficial del Estado Mayor, tiene conocimientos más que sobrados y diplomas de heráldica, mientras que el bonachón aristócrata de pelo blanco

e imponente papada de pavo, que actualmente dirige un restaurante, posee una valiosa experiencia en operaciones de finanzas y bolsa de la antigua economía, pero también numerosos premios por sus experimentos con distintas variedades de uva y vino que, antaño, llevaba a cabo en su modesta y ejemplar propiedad.

Deslumbrantes personajes para un auditorio poco acostumbrado a tan espectaculares apariciones. Una serie amalgamada de sorpresas un poco estridentes.

De modo que cabe pensar que llegará también el momento equívoco de apatía y de duda en que la atención de los participantes se oriente poco a poco, imperceptiblemente, hacia el desconocido de quien el presentador no parecía tener intenciones de hablar.

En efecto, hasta el final de esta primera reunión, el elegante director no mostrará la tarjeta de visita del adolescente que, sin saber cómo, ha venido a parar a esta selecta reunión, que él seguía de forma intermitente, como si se despertara de vez en cuando, para desde la primera fila de sillas donde se hallaba alzar sus ojos miopes, pegados hasta entonces a las páginas de la revista que tenía sobre las rodillas.

El muchacho de dieciséis o diecisiete años desentonaba un tanto con la seria atmósfera de proyectos, sondeos, estudios e investigaciones sobre el futuro. Intrigaba también por el aspecto confuso que ofrecía a todas las miradas, como si reconociese que en modo alguno se sentía a sus anchas entre tantos sesudos y especulativos maestros. Un chico regordete de poco pelo y con algunas hebras blancas. Gafas pequeñas de montura metálica. Relativamente bajo y relativamente tímido. Relativamente, para qué nos vamos a alargar...

Quizás habrían acabado por tolerarlo y olvidarlo de no haber sido por sus réplicas precisas y oportunas sin que nadie le hubiese pedido su parecer. Pero esto ocurrirá en la segunda sesión, cuando se esbocen las premisas del tema que tanto le gusta al camarada director.

De modo que la semana siguiente, un jueves lluvioso, los debates se prolongarán hasta la medianoche. Empezarán a circular todo tipo de rumores sobre la identidad del joven. Joven matemático de talento, poeta excepcional, aunque todavía desconocido, ¡descubierto por el mismísimo

camarada director! Estas dos actividades quizá sean compatibles todavía con el aspecto y la edad del intruso. Pero que sea un ingeniero formado en Norteamérica o un antiguo deportado a los campos de concentración nazis o, como se oirá, el amante de la Señora, la cantante, la esposa del camarada director, o el titular de un importante cargo en la jerarquía política, eso no podría sostenerse, esas hipótesis parecerán puras aberraciones, baste considerar la edad del personaje. Pero, por supuesto, incrementarán la curiosidad por mucho que sus propias intervenciones durante los debates las contradigan; servirían más bien para poner los puntos sobre las íes, por así decirlo, como una especie de citas importantes sacadas de los clásicos cartesianos que la voz temblorosa y un tanto femenina del muchacho recordará a su debido tiempo a los que estén dispuestos a perderse en complicadas matizaciones y precauciones.

Sea como fuere, habrá que admitir que el adolescente anima agradablemente la polémica. Ideas como «el futuro está en el presente» o «el tiempo sólo permanece en lo que se ha escrito» o «antes de los datos del medio, los de la persona colectiva, sobre la cual y para la cual» o «la secuencia banal del día contiene toda la biografía de la época, así como la posibilidad del cambio» o «la biografía de los expedientes personales», parecerán proceder precisamente de ese mozo chiflado y seductor. Aunque por lo menos algunas de esas ideas pertenecerán en realidad a otros oradores. Aun así, parecerán «provocadas» por la frescura de su impulso y por ello, en definitiva, se las atribuirán a él.

Una prolongada colaboración acabará, desde luego, con muchas de las suspicacias e interrogantes surgidas en torno a este joven. Quizá también acabe con el murmullo de admiración de los inicios. Pero no podrá ser excluido ni olvidado, así por las buenas, a la hora de confeccionar la larga lista de colaboradores que redactarán los estratos de acontecimientos que serán propuestos para la próxima lectura.

Hace unos años, apareció en la sucursal de la Caja de Ahorros un caballero bajito y flaco que hablaba atropelladamente. Las muchachas de la ventanilla se habían acostumbrado, al llegar septiembre u octubre, cuando se reanudaba la vida normal tras el lapso de las vacaciones, a la presencia del camarada inspector Scarlet y a sus gafas con cristales de culo de vaso. Tenía su mesa de despacho entre ellas y se encontraba en el centro de las conversaciones que, normalmente, se cruzaban entre las mesas.

Ni que decir tiene que el señor Scarlet sólo se ocupaba de su trabajo, pero no era muy cómodo tener un oído cerca y encima unos descomunales cristales negros que una nunca sabía cuándo la pillaban con su tenebroso foco.

Un inspector habitual, uno de tantos, enviado por la Central para mirar con lupa una vez más, a fin de año, las operaciones efectuadas. Ni la familiaridad de un colega harto de cifras y de asientos, ni las ínfulas de un pequeño empleado al que ahora le tocaba supervisar el trabajo que, hasta muy poco antes, hacían él mismo u otros como él...

El *seor* Victor, como lo llamaban las chicas, seguía siendo tieso y retraído. Se sumergía en los papeles. Escuchaba a las empleadas con cierto desdén. Eso parecía, e incluso quizá fuese así..., aunque con el tiempo las chicas lo olvidaron, ya no se daban cuenta de su presencia. El vecino con quien se habían acostumbrado a pasar la última estación del año no se entrometía en sus cosas. Una vez por semana les regalaba chokolatinas a cada una... Cuando Viorica se vio en apuros, le prestó el dinero que necesitaba y sin que nadie se lo hubiese pedido. A Geta le dio la dirección de un especialista de pulmón muy bueno, y arregló las cosas para que admitieran a la hija de Ina en la guardería. En cuanto a Pitusa, su preferida, diríase que no se atrevía a hacerle ningún favor..., se contentaba con verla contoneándose entre las sillas y, sobre todo, hablando por teléfono con su voz sorprendentemente grave. Momento en que, indefectiblemente, el señor Scarlet levantaba la cabeza de sus libros de contabilidad para, enseguida, volver a bajarla avergonzado. Por supuesto, escuchaba con gran atención, interesado en todas las palabras o, más bien, seducido de modo irremediable por la voz ardiente de la joven. Algunas veces, mientras escuchaba, se pasaba el bolígrafo por la poblada cabellera y se retorció, distraídamente, los mechones blancos y gruesos hasta desgñarse

del todo. El fin de la conversación lo encontraba casi siempre con el pelo revuelto y tieso. Pasaba un rato hasta que se recobraba. Nervioso, sacaba un peine puntiagudo y se daba tirones en el pelo hasta dejarlo en su sitio.

I.2

El señor Scarlat se levantó de nuevo dirigiéndose al teléfono de la mesa de Geta. Carmen hizo una señal a Pitusa para que vigilase el cacito donde hervía el café turco. La morena alzó su delicado rostro del círculo negro del cacito e interceptó, molesta, la aburrida señal de doña Carmen, tímidamente apodada «ni pierdo ni gano». Pitusa permaneció unos instantes atrapada en esa comunicación cómplice, sin osar rechazarla ni hacer caso omiso de ella. Obedeció pero, inevitablemente, se quedó mirando cómo el señor Scarlat se acercaba al escritorio de la pelirroja Geta y se inclinaba una vez más, como había hecho tantas veces en la última media hora, sobre el teléfono. ¡Oh, desgracia! El café se salió. La «gueisa» Pitusa, como la llamaban las amigas, se puso colorada, se azoró y olvidó quitar el cacillo. El café se había derramado por completo sobre el hornillo, que chisporroteaba negro por la borra del café. Carmen, en el papel de patrona irritada por la torpeza de sus subordinadas, agitó nerviosa los brazos. Se volvió de espaldas, lisa y llanamente. Suerte que Viorica, tan servicial como siempre, se acercó enseguida con un trapo, sacado oportunamente del cajón, para secar el borde de la silla. Finalmente, desenchufaron el hornillo y lo dejaron enfriar.

El alboroto provocado por el incidente no perturbó en absoluto al señor Scarlat. Volvió a marcar la misma extensión y repitió la frase pronunciada con la misma tranquila seriedad que en las tres tentativas anteriores: «¡Hola! Habla Scarlat. ¿Ha venido?». La respuesta fue, evidentemente, la misma de antes, Victoras, colgó el receptor sin ninguna palabra de despedida. Con paso enérgico y sin mirar a nadie, volvió a su mesa. En la mesa de al lado, Ina, sonriente, se limpiaba las gafas.

El camarada Scarlat apenas usaba el teléfono. Con toda razón, a sus compañeras les extrañó la insistencia con que, desde hacía unos días, telefoneaba y formulaba la misma pregunta, al parecer sin ningún resultado. La

escena había tenido lugar también el día anterior, sin ningún otro detalle adicional.

Cuando Ina volvió a ajustarse las gafas de montura grande y roja en su nariz fina y pálida, vio que Geta le guiñaba un ojo mientras levantaba tres dedos cómplices. Sí, Victoras, había llamado ya tres veces, al igual que ayer por la mañana y anteayer. Tres llamadas, a intervalos relativamente cortos, en las primeras horas de la mañana... Luego, nada, sanseacabó, ni una más a lo largo del día. Efectivamente, el señor Scarlat se había sumergido de nuevo, al igual que las mañanas anteriores, entre las largas columnas de cifras. Cualquiera hubiera dicho que no era el mismo que, apenas unos segundos antes, se había mostrado tan impaciente e irritado. Significaba que las cosas se desarrollarían como antes: ¡no volvería a telefonar en todo el día! Victoras, no había utilizado el teléfono para llamar a un amigo ni a algún organismo con el que tuviese que resolver asuntos corrientes, como tanta gente, ni para llamar a su casa para preguntarle a su mujer, a su suegra o a su hija, a quien estuviera allí, qué novedades había, qué tenía que comprar al volver, si habían arreglado el ascensor, en fin, para hablar de los pequeños conflictos cotidianos de todo ciudadano probo y multilateralmente fastidiado. No, el camarada Víctor Scarlat no había llamado a nadie y, ¡el colmo!, tampoco lo habían llamado por teléfono...

La secuencia de las tres llamadas matutinas intrigaba con toda la razón del mundo: ¡el caballerito llamaba a una extensión interior! Así pues, hablaba con alguien de un despacho vecino, con un compañero nuestro como quien dice, un camarada de otro servicio del organismo donde, la verdad sea dicha, los conocemos a todos mientras que el camarada Scarlat no conoce a nadie y sólo ha mostrado deseos de conocer a esas pobres compañeras graciosas, dicharacheras y perfumadas entre las cuales, ¡qué se le va a hacer!, le había caído en suerte pasar, también este año, la temporada de los balances y la de preparar conservas de encurtidos.

El perezoso día de otoño bucarestino se había extendido hasta alcanzar los grandes ventanales de la sucursal número 46...

–Dame a mí también un Kent –musitó soñolienta Ina.

Protegiéndose los cristales de las gafas del sol que, de pronto, se había extendido sobre su escritorio, se inclinó para tomarse el café que quedaba en el fondo de la taza. Su delicado índice bordeaba con la uña de laca encarnada el contorno de la jícara. Un tic de ternura, diríase... La flacucha Ina tenía a veces ese modo de melindrear, como si se defendiera del cansancio del día o de sabe Dios qué sinsabores, que presentía mucho antes de percibirlos. Se había inclinado hacia la taza amarilla y sonreía. El amarillo limón de la taza le había subido el tono vital. Rodeaba con el dedo índice de la mano derecha el contorno del hondo pocillo en el que aún quedaba un resto de café. Se inclinaba apática. Sorbía el líquido tonificante. El vello perfumado del cogote, la curva deliciosa del cuello, el encanto de una secuencia de refinamiento chino...

El señor Scarlat, en el centro de la escena, bajó intimidado los gruesos cristales de sus gafas y los concentró en las hojas de cálculo.

–Ya no me quedan –le respondió Viorica al rato–. Desde que empezó la mañana me ha estado cogiendo todo el mundo.

–Yo tengo –susurró al lado Geta, la Buñuelita–. Me los dio hará una hora el tipo aquel de las obligassiones de ochossientos leus. No me lo esperaba. Cuando iba a escribir su nombre y el número del carné de identidad en el impreso, ¡ssas!, me pone delante el paquete... ¡Una sonrisa de oro! Hasta la caja y de allí a la puerta. Menuda sorpresa... ¡Por unas obligassiones! ¡No me lo esperaba!

En efecto, la Buñuelita esbozó una amplia sonrisa dejando al descubierto los accidentes dorados de su doliente boca. Tendió a su compañera un cigarrillo Kent entre los dedos pero desviando la mirada a otra parte.

–Tú, apaga ese maldito trasto, no sé qué demonios querrás oír.

El transistor que rugía se calmó sin que doña Carmen se volviese hacia la subalterna que se había atrevido a reconvenirla.

Ina se alisó el moño rubio. Se enderezó en la silla. Encendió el cigarrillo y se ajustó con el índice la gruesa montura roja en su pálida naricilla oriental. Miraba al vacío, parecía distraída. No podía defenderse de los cuchicheos que

corrían de una mesa a otra. Por desgracia, los identificaba enseguida, una especie de reflejo incontrolado. Sí, incontrolado, válvula que se abre automáticamente al menor impulso, piensa en otra cosa si puedes.

–El mío dice que ya no aguanta más. Que no quiere oír más estas historias y se va de casa. Que yo haga lo que quiera, y que volverá cuando yo haya encontrado una solución... ¿El calendario? ¡Naranjas de la China! Mira, no se puede una fiar... No siempre es seguro. Desde lo de los dos críos lo he respetado a rajatabla. Casi me vuelvo loca. Mira que si me quedo preñada otra vez... Y el rollo ese de la rana no siempre es seguro. Eso me despistó más que ninguna otra cosa. ¡El análisis salió negativo! Imagínate, creía que tenía alguna cosa mala. Y ahora a esperar. Mi suegra ha dicho que conoce a alguien...

Ajá, la seráfica Pitusa, su voz gruesa y ardiente. ¿Cómo puede salir semejante voz de una esmirriada como ésta? Cuando está callada nadie la observa. Pero basta con que diga tres palabras para que, de inmediato, todos pongan unos ojos como platos. Y sólo entonces ven cómo se mueve, lo salerosa que es, lo discreta y yo qué sé cuántas cosas más. Rara, sí, rara. Los atonta a todos. No se deja atrapar pero tampoco se niega. En resumidas cuentas, oleadas y pausas, que cada cual crea lo que quiera...

–El año pasado, cuando Banu fue a recoger patatas con su empresa, se trajo dos sacos. No hacían nada, se pasaban el tiempo jugando al adivina quién te dio. Los mismos de allí les dijeron: llévense ustedes para su casa, qué demonios... Y ahora, precisamente cuando tendrían que volver a la recogida, está en una concentración de reservistas. Hablé con mi tía. Que, de momento, nos trajera algo. Hasta que vayamos un domingo al campo y llenemos el coche, porque de lo contrario es imposible.

Despacito, la apetecible Viorica se confesaba mientras escribía y firmaba a toda velocidad. Viorica trabajaba deprisa, más deprisa que ninguna, pero no podía dejar de hablar por los codos. Escribía, reunía los papeles, los firmaba y estampillaba con la rapidez del rayo. Así hacía ahora también, patatín patatán, hasta que Geta se levantó, sencillamente, y se fue al lavabo a beberse otro vaso de agua...

–Ya te dije este verano que tenía inyecciones. Pero me dijiste que no te harían falta. Se las di a una vecina. Una ingeniera joven, vive en nuestro bloque, en el entresuelo, es soltera. Un hermano que tiene en el Canadá le manda montones de paquetes.

Ésta era Geta, con su seseo arrastrado y despacioso que le dan a uno ganas de dormir. La reconocería inmediatamente. De modo que fue Geta y no Viorica la que escuchó a la gatuna Pitusa, con sus largas pausas entre palabra y palabra y esa mirada que se alza de vez en cuando hacia uno, sorpresa, picardía, uno no puede resistir, se le ablandan la médula y el pulso, hay que entender también a los pobres hombres...

Un susurro cercano: ¡doña Carmen, cómo no! Ina no abrió los ojos, no necesitaba comprobarlo. Sabía lo que iba a seguir, no tenía ningunas ganas de prepararse... Si doña Carmen se peina con parsimonia, pasándose un largo peine de aluminio por su melena espesa, enmarañada y negra, significa que se va a conceder la pausa de rigor. Inmediatamente acercará la silla junto a la mesa de Ina. Y, como de costumbre, dirá: «¡Eh! ¿Qué haces tú, Inușca la de Sebastopol?». Acto seguido, le acariciará ligeramente la mano: «Qué mano tan bonita y qué ojos tan bonitos tienes tú, corazoncito de la estepa».

De entre todas sus compañeras de trabajo, la camarada Carmen Petroianu, la jefa, prefería visiblemente a Ina. Podría concederle la neutra amistad de vacaciones que uno guarda para los turistas, cuando les indica dónde está una calle, un hotel o un museo, cuál es el mejor momento para comprar unos zapatos o por qué es preferible ir a comprarlos a determinado barrio. Ina llevaba muchos años viviendo en Rumania, trabajaba en la sucursal desde hacía diez y, por otra parte, se había familiarizado mejor que la camarada Carmen con las pequeñas triquiñuelas de la vida cotidiana, pero aceptaba el papel. Acogida con mimo y un cuidado protector...

No, mantendrá los ojos cerrados y no los abrirá ni cuando sienta próximo el olor del corpachón de la camarada Carmen sentado a su derecha.

–¡Oye, Pitusa, te han llamado para que vayas a la brigada artística! Por la tarde. Otra vez vais a cantar... Acabaremos viéndote en la televisión –se oyó la voz de la camarada Carmen.

Seguro que estaba poniéndose otra vez las horquillas en el pelo, antes de levantarse y de acercarse a la simpática Ina Şatova, así la llamaba, aunque desde hacía mucho tiempo todos la llamaban Murgulet,, como correspondía, la esposa del ex camarada Murgulet,, en otro tiempo importante director de empresa y profesor universitario.

–Lo único que le faltaba ahora a Pitusa: la coral –masculló de lejos Geta.

Pitusa no era de réplica fácil, pero siempre acababa encontrando la solución para salir del apuro.

En efecto, se movió una silla por allí cerca. Se notaba acercarse la respiración del corpachón de mujer.

Ina se demoró unos instantes más. Finalmente, abrió los ojos...

–¿Qué te pasa, Inuşca, corazón de la estepa?, ¿estás cansadita?

El corazoncito de Sebastopol apenas si había tenido tiempo de reconocer el lunar debajo del carnoso y escarlata labio de la jefa. Pestañeó dos veces antes de contestar.

–Estoy algo cansada. Anoche ha venido tío de Mişa y hemos pasado bien mucho rato. Y me ha traído unos *piendientes* de, como decís vosotros, perlas. Muy bonita, muy bonita...

Carmen se la comía con los ojos y encendió, encantada, un Kent. Dejó la cajetilla sobre la mesa de Ina para que cogiera uno. La camarada Petroianu no necesitaba las dádivas de los impositores cuando se abrían cuentas especiales, ni las de los jubilados el día 15 de cada mes cuando se agolpaban en la cola para cobrar la pensión, ni las de los ganadores de sorteos embobados y henchidos de felicidad... Por supuesto, no rechazaba cuando se lo ofrecían un paquete de tabaco o un jabón de marca extranjera o cuando las chicas le pasaban la parte alícuota de lo que recibían ellas. No era gran cosa, claro está, al fin y al cabo no trabajaban en un ambulatorio ni en una tienda de comestibles. «Fíjate que hasta en la librería han empesado a fumar de esos largos, quiere decir que habrá pasado algo, que se publican menos libros», informó en cierta ocasión la Buñuelita al colectivo.

Bien poco le importaban estos asuntos a la camarada Carmen Petroianu. Y las cajas de bombones y las bandejas de pasteles la sacaban de quicio. ¡No podía soportar los dulces! Le daban náuseas, los repartía inmediatamente, ni siquiera abría el paquete. No es que hiciera remilgos, pero lo cierto es que no

los probaría aunque la mataran. Lo extraño era que no lograra adelgazar. En realidad, no lo intentaba, no tenía paciencia para seguir todas esas estúpidas dietas de adelgazamiento. ¿Que estaba de moda guardar la línea? Ella se sentía sana, no le atraían esas monerías tan complicadas. Los dulces no le gustaban; en efecto, no le gustaban. No podía soportarlos, así de simple...

–Deja esos *piendientes*, como tú dices, corazoncito, que quiero hablarte de botas. Este año no habrá, pero nada de nada. La gente se va a matar por ellas. Lo sé de buena tinta. Si quieres, te proporciono unas de nuestra tienda especial. Ochocientos leus, italianas, con tacón. Le he pedido también a Bebe que ponga Chanel en la lista, que te gusta. Hay previstos cien frascos, de modo que habrá dos para nosotras.

Ina se había acostumbrado a aquellos cíclicos favores, tanto que ni siquiera daba las gracias. Esperaba formalita, como le habían pedido, a que se cumpliera la promesa. «No me des las gracias, que yo hago lo que hago por quien yo quiero», decretó una vez en plan seco doña Carmen. «Tampoco es cosa del otro jueves. Si supieras lo que afana uno que yo me sé, ¡y qué uno! Yo le pregunté: ¿Y en el otro mundo será también así? Mira, ahora se va a Brasil. Y yo me quedo como una idiota aquí, en la ventanilla. Pero me ha prometido unas vacaciones en Italia, llueva o truene. Ya ha hablado donde es menester.»

Por lo visto, el marido de la camarada Carmen ocupaba un cargo medianejo pero útil, viajaba y tenía muchas relaciones. La señora Petroianu había conservado, pertinaz, además de los errores de fonética y ortografía, cierto sentido común que le impedía menospreciar las preocupaciones de sus modestas compañeras y de las que estaba bien al tanto, pero también meterse en trapicheos de medio pelo y en chismorreos fuera de lugar. Escuchaba, no escurría el bulto cuando se trataba de bromas y de las insatisfacciones cotidianas, no le quitaba la palabra a nadie e incluso participaba con alguna que otra información o chanza, aunque, eso sí, mantenía la moderación. «No me gusta escupir en mi propia comida. Yo como y trago. ¡Eso es todo!»

Su única y secreta venganza, si puede decirse así, contra los privilegios de los que gozaba, bien venidos, aunque también un tanto despreciados, como es debido, parecía la debilidad que mostraba precisamente por Ina, compañera simpática, todo sea dicho, muy formal, pero a la que, no se sabe por qué, los jefes trataban con visible frialdad. Quizá por ser extranjera o quizá por otros

motivos. Es verdad que doña Carmen no tenía hijos, pero tampoco Ina era ya tan joven. En cualquier caso, no ocultaba en absoluto su afecto, y no protegía a Şatova Murgulet, en las cuestiones corrientes del trabajo y la trataba igual que a las otras. Pero le reservaba atenciones particulares. Una especie de tierna tutela personal, con ayudas y atenciones no relacionadas con el trabajo. El colmo era que no se visitaban, no se habían enseñado mutuamente la casa ni se habían presentado las respectivas familias, como es lo habitual. ¡Ni siquiera se llamaban por teléfono los domingos! El corazoncito de Sebastopol ponía la nota especial de esta relación sólo en el cumpleaños de la camarada Petroianu. Las compañeras ya no se extrañaban y tampoco comentaban el regalo, siempre importante, que le hacía a la jefa. Pero esto era, en definitiva, un gesto de respuesta elemental, que desde luego no era equiparable a las muchísimas ventajas que a lo largo del año obtenía gracias a la esposa del camarada Bebe Petroianu, el avisado funcionario de Comercio. «A todos les llega la hora de rodar cuesta abajo. ¡Quién sabe cuándo le tocará a mi Bebe! Al menos, vamos a endulzarnos la vida con algunas tonterías mientras se pueda.» O sea, «vamos a endulzarnos la vida mis amigos y yo», le habría gustado concretar a Carmen mientras encendía otro Kent, justo cuando se oyó la voz atiplada de Geta, la Buñuelita:

–Camarada Carmen, al teléfono.

Maciza pero ágil, Carmen Petroianu se plantó junto al teléfono en un santiamén y por señas le indicó a Ina que volvería enseguida.

La conversación fue corta, igual que la excusa que le dio a Ina.

–Me llaman los jefes. Puede que no tarde.

El camarada Scarlat pareció sobrecogerse. De repente, alzó la mirada de los papeles. Tan pronto como la señora Petroianu salió, se levantó de un salto y se fue al teléfono. Ya eran más de las doce y empezaba la aglomeración. Conque Victoras, todavía iba a hacer una llamada más, ¡la cuarta! Vaya, vaya, el amigo Scarlat suscitaba sorpresa tras sorpresa.

–¡Oiga! Habla Scarlat. ¿Ha venido?

Esta vez no colgó dando un golpetazo, sino que lo hizo cuidadosamente. El amigo Scarlat se había cogido un buen enfado. Despacio y con aspecto de hastío, volvió a su mesa.

Será cada vez más difícil precisar si el jovencísimo protagonista de los coloquios de los jueves mantendrá su papel durante las semanas de debates previos al trabajo de investigación que deberá emprenderse. No sería cierto ni, por consiguiente, podría sostenerse que la dirección que tomen los trabajos se deba sólo a sus réplicas.

De forma imperceptible al principio y luego cada vez más evidente, el tema que anuncien los debates será, más bien, el presente y el pasado, contrariamente a lo que habría exigido el perfil de la institución, el futuro.

Podríamos admitir que ese extraño cambio de dirección se debía al principio a las intervenciones del adolescente. La demostración inicial referente a la inutilidad de ciertas presunciones y aproximaciones sin ninguna ligazón con los «datos operativos», es decir, con «el material humano», es decir con «las determinaciones constitutivas» o la «biografía colectiva» o «las interferencias significativas», podría deberse a él, desde luego... También habría podido proceder de otro participante o haber constituido una síntesis de muchos otros. La inclinación de atribuir al joven invitado esa importante desviación en la ruta de las inquietudes y, en general, todas las reveladoras contribuciones en las discusiones se debería al interés que habrían suscitado, sobre todo al principio, su extraña aparición y sus inesperadas y rápidas respuestas, siempre convincentes.

Importa menos, en efecto, quién y de qué forma imprima semejante rumbo a las futuras investigaciones. No pasarán muchas semanas sin que la colaboración entre los participantes establezca una recíproca confianza. Un nutrido intercambio de opiniones que llegue a la conclusión de la imposibilidad de hablar del futuro sin saber a quién afectaría. Sólo después, posiblemente, cabría aproximarse al impacto... Por lo tanto, el futuro se encontraría en el presente, en el cual nos encontramos, y en el pasado, recién transcurrido, que nos ha formado. Las reacciones, los proyectos, las aspiraciones difusas, todo lo que limite las posibilidades a lo que hemos vivido, sea en la vida o a través de los libros, prohíben lo desconocido, aun cuando estuvieran a un paso del telón de nuestro pequeño bienestar-malestar local. Sobre este punto se centrará el acuerdo unánime y a partir de ahí se diversificarán las necesarias contribuciones personales...

La puesta en marcha de una operación de reducción de términos llevará muchas semanas. Habrá muchas reuniones en que el auditorio vague hasta bien entrada la noche perdido en medio de secuencias periféricas llamadas parábola, test psicológico, estadística social, proceso penal o ficha biográfica cuyo análisis propondrá cualquiera de los asistentes.

Convendría recordar, entre otras cosas, la noche de julio en que se aceptará, para ilustrar el tema objeto del debate («el placer y la calidad del trabajo»), un relato breve que imagine el mundo estancado en medio de un síndrome generalizado de renuncia, llamado por el autor «el síndrome del hartazón». Se mencionarán distintos grupos de prejubilados, ya que esta psicosis de evolución incierta afecta a distintas profesiones: manipuladores de grúas, pilotos o acróbatas de circo. La prejubilación, debida a razones de lo más imprevisible, abarcaría lentamente la red administrativa y la militar y, finalmente, alcanzaría al mismísimo personal sanitario hasta desembocar en una catastrófica aniquilación pacífica. Inesperados estallidos de violencia rápidamente sofocados por sí solos, por un tácito abandono temporal, reaparecerían cíclicamente estallidos nuevos y paradójicos de desesperación, latente, apagada en apariencia pero activa. «El comportamiento simulado», «la selección de los valores», «el espíritu cuartelero y los párvulos», «el filtro de la información», «la oferta y la demanda para profesiones intelectuales», «las verdades a medias como eslogan y su eficacia»... serían algunos de los temas que movilizarán opiniones fuertemente divergentes.

El jueves 26 de septiembre se celebrará una sesión en el hospital de enfermedades nerviosas y se constatará que las observaciones hechas por los enfermos demuestran, a veces, un portentoso sentido común que pone en cuestión la frontera entre la salud y la enfermedad: ¿la enfermedad resulta ser una forma más profunda y auténtica de percibir los matices de la realidad! Asumir las consecuencias de ello incumbe sobre todo a los enfermos, ¿aparecerán los supuestamente sanos como mecanismos de rutina autorregulable, indiferentes y cínicos? Otras tardes se hablará de la calidad de vida, es decir, la del pan, los zapatos, la tinta, los libros, las películas, los autobuses, los hoteles, el tabaco, el vino o los perfumes. Del día normal, o sea, el del ciudadano corriente. Y también de otros asuntos, no

necesariamente de importancia primordial, como serían el deporte como terapia y como diversión, la sospecha y la vigilancia, la agresividad al volante y las insatisfacciones y su gestión. El deterioro de la alimentación y los efectos psíquicos de comer en los autoservicios, la vivienda compartida, la relación entre director, mecanógrafa y chófer, etcétera, etcétera. El jueves 9 de octubre el orador hará una exposición titulada «Sinopsis de la felicidad cautiva» que versará sobre la jornada de una mujer trabajadora...

El camarada director cortará de raíz la prolijidad de detalles y preliminares que retrasen el comienzo e impondrá una línea rigurosa en la discusión.

Así pues, se distribuirán tareas concretas entre los participantes. Se fijarán los plazos, los grupos de trabajo y las reuniones entre los grupos.

De esta suerte, se verá que la elección de los colaboradores no se habrá debido al azar. Las asambleas plenarias resultarán tanto más interesantes porque habrá observaciones de conjunto y de especialidad.

II.1

En septiembre de 1945, un joven delgado y miope abandonaba su aburrida ciudad de provincias decidido a no volver nunca más a su pueblo natal. Quería enrolarse en la Legión Extranjera...

El tren a Bucarest salía a mediodía. El hijo no había permitido a sus padres acompañarlo a la estación. Se trataba, por supuesto, de su madre (a aquella hora, a su padre no se le pasaba por la imaginación tomarse en serio tan ridículas fantasías). Pero la mujer parecía verdaderamente destrozada por el inflexible deseo de su único hijo, siempre taciturno y terco, que no sólo no había atendido sus ruegos y gimoteos sino que tampoco le había permitido acompañarlo, como Dios manda, a la estación... No iba a verlo más, eso es lo que ella entendía de las lacónicas explicaciones que su retoño, al que de repente le habían entrado las prisas por marcharse por esos mundos, tenía a bien farfullar de vez en cuando. Naturalmente, la pobre mujer no entendía por

qué tenían que pasar esas cosas, por qué no se le permitía mostrar su sufrimiento. Aceptaba resignada el destino, lo que para ella significaba, en realidad, la voluntad de Dios, que todo lo dispone.

Es más fácil admitir el sino fatal que soportar las horas de dolor que a uno le depara. La mañana de la partida, en las horas previas a su marcha, se enteraría de que su insensato vástago no aceptaba tampoco el paquete de comida que con tanto esmero le había preparado. El antipático hijo sacó de la maleta la ropa doblada con esmero y tiraba acá y acullá paquetes, corbatas, guantes y zapatillas de casa, todo aquello de lo que su madre había hecho acopio cuidadosamente y a escondidas para el largo viaje. Sólo habían quedado un par de pantalones, el jersey, dos pares de calcetines, una toalla, una camisa, dos pares de calzoncillos y la gorra.

El joven se despidió secamente de su madre. La obligó a jurar que no lloraría ni estaría de cháchara, como una tonta, con las vecinas, lamentando un suceso que ya no tenía vuelta atrás. Le prometió escribirle con regularidad, no con mucha frecuencia, pero sí con regularidad. Que tuviese fe, al igual que él la tenía en que la madre abandonada cumpliría su palabra y no le enseñaría a nadie las cartas que recibiese ni hablaría tampoco de su contenido. Le dio un breve abrazo y le besó el pelo escaso y húmedo, no soportaba los melindres que se hacen en semejantes circunstancias.

La mujer se quedó dócilmente en la ventana mirando a su hijo miope y tan flaco que se transparentaba, que se iba Dios sabe dónde y para siempre. Lo vio atravesar con sus pasos cortos y rápidos el largo patio y cerrar de un portazo la puerta de madera. Desaparecía definitivamente el hijo que ella había criado con tantos desvelos y dificultades... Petrificada, se lo imaginaba subiendo al tren, hacinado en los vagones atestados y sucios de después de la guerra. Lo veía acurrucarse hosco y fiero en un rincón del asiento de madera, sin mirar a nadie, volvía a verlo, en otro momento, en una pequeña y polvorienta estación dándole el billete a un revisor canijo y estirado que acababa de subir. Empezaba a anochecer. Recordaba que el chico había estado enfermo de los pulmones y que se había escapado del internado. Hacía ya mucho tiempo, un chiquillo delgado y furioso, corriendo como un loco de la mañana a la noche. Recordaba también la visita al médico de los ojos.

Se estaba haciendo tarde y su marido volvería. La casa desierta, en penumbra. La mujer se acurrucaba constantemente, evitando asomarse a la ventana.

En la cocina el quinqué, las cerillas y la mecha. La estancia se llenaba de una luz tímida y tierna. Junto al quinqué, el libro abierto. ¡Conque no se lo había llevado! Aunque se lo había puesto en la maleta, en el fondo, finalmente lo sacó y lo dejó. Ni siquiera en eso quiso darle gusto. Habría sido mejor que lo tirase por el camino, en algún sitio, capaz era de eso, antes que dejarlo ahí, como una ofensa, para que ella viese que ni con eso era posible ablandarlo.

La mujer tomó el sacrosanto libro, que olía a papel viejo y gastado, y lo guardó en el aparador, que era su sitio. Metida en medio de unas hojas de papel, una fotografía cayó al suelo.

Agarrotada en el sitio, parecía no ver las hojas esparcidas por el suelo ni la fotografía. Sabía de qué se trataba, demasiado para sus escasas fuerzas. Era la foto de ella y de su hijo, se la había dado para que se la llevara y él entonces no se había negado. De la fotografía no había dicho nada, pero he aquí que ni eso quiso, nada, nada, y ella se dejó caer sin fuerzas sobre una silla, con la mente en blanco, indigna de las grandes promesas que le había arrancado su hijo al partir. La oscuridad la envolvía lentamente por doquier. El quinqué seguía ardiendo con un titileo reposado e inútil.

Venían otras horas, venía su marido del trabajo, ni media palabra sobre lo que acababa de acontecer. Al día siguiente, las aguas volverían, silenciosas, a su monótono cauce.

III.1

El camarada Vasile Cotigă nació el 26 de enero¹ de 1925 en el seno de una familia pobre. Hizo sus estudios primarios y, con interrupciones, estudios en el liceo mercantil. En las vacaciones y durante el curso escolar trabajaba descargando mercancías en la estación y en la fábrica de ladrillos de dicha localidad. Aprobaba sin gran dificultad los cursos. Dos veces lo suspendieron en matemáticas. En varias ocasiones fue expulsado por contestar de forma impertinente a los profesores o por pelearse con otros compañeros. Ya en el

liceo daba muestras de actitudes combativas, aunque su estado de salud no lo favoreciera. Demostró ser un buen organizador y consiguió promover él solo o con otros compañeros una corriente de opinión contra los profesores demasiado severos. En el penúltimo curso de liceo, al parecer, pasó por una crisis mística. Dejó las clases y durante meses se refugió en una iglesia de la ciudad, donde desempeñó tareas propias de mozo para todo. Según algunas opiniones, entre las que puede mencionarse la de su padre, no lo hacía por convicción religiosa sino para contribuir a remediar las estrecheces económicas por las que atravesaba la familia. Prueba de ello sería que, si bien el tiempo que pasó en la iglesia de San Juan, en las afueras de la ciudad, se comportó como un fiel devoto, cuando tuvo que dejar su puesto de trabajo y buscar otros empleos, algunos absolutamente ajenos al espíritu religioso, como sería el de vigilante nocturno en el barrio chino, ya no aparecía por la iglesia.

Uno de los empleos que tuvo el camarada Vasile Cotigă en la ciudad, cuando iba al liceo, fue el de ayudante de tipógrafo. En la imprenta «El Clarín» entró, en un principio, como sustituto en el turno de noche de un aprendiz enfermo. Se quedó unos meses y luego un año entero, concluido el cual continuó sus estudios en el liceo hasta acabarlos para, seguidamente, volver al trabajo. En la imprenta, participaba en las asambleas en las que se planteaban reivindicaciones. Intentó ser el líder de la sección sindical, pero, por aquel entonces, cayó enfermo y pasó unos meses hospitalizado.

Cuando volvió a su puesto de ayudante de tipógrafo, quiso ser un enlace entre los trabajadores y los redactores del periódico local *El Clarín*. Pidió que los tipógrafos que trabajaban para el periódico tuviesen una rúbrica permanente, lo consiguió y, durante meses, escribió en todos los números. Al principio firmaba como «El tipógrafo de turno» y luego con su nombre, Vasile Cotigă.

En 1944 fue ascendido a ayudante de corrector en el periódico. Renunció a la rúbrica y de vez en cuando escribía artículos sobre la política del momento e incluso poemas, firmados con seudónimo. Al parecer, de esa época datan las primeras relaciones con la estudiante de secundaria Valentina Vrânceanu, hija de un acomodado ingeniero de montes de la ciudad.

Desde el punto de vista político, el camarada Vasile Cotigă manifestaba ya de joven inclinaciones revolucionarias que expresaba de forma confusa. Durante bastante tiempo osciló entre los extremos, de la derecha a la izquierda y otra vez a la derecha. A medida que evolucionaba la situación política del país y que él mismo maduraba, el camarada Vasile Cotigă eligió la única vía auténticamente revolucionaria. A finales de 1944 participó en las actividades progresistas de la ciudad. En ese mismo periodo se afilió a la Unión de Juventudes Comunistas la camarada Valentina Vrânceanu, a pesar de la oposición de la familia burguesa de la que provenía.

A principios de 1945, el camarada Vasile Cotigă desempeñaba sus primeras funciones de dirección. Era apreciado como persona trabajadora e intransigente. Trabajaba día y noche y no eludía las tareas difíciles. En ese periodo desarrolló una intensa actividad para subordinar el periódico *El Clarín* a los fines de la revolución. No obstante, debido a algunos elementos retrógrados de la redacción e incluso de la imprenta, el periódico siguió manteniendo, durante un tiempo, una línea digamos que «neutra» ante los acontecimientos que estaban sucediendo. En la página de «Opiniones políticas», que el diario ofrecía dos veces por semana a los partidos más importantes, finalmente lograron hacer oír su voz los comunistas, que aún contaban con escasos militantes en la ciudad y en la provincia, comparado con los llamados «partidos históricos»...

La redacción de la página de «Opiniones políticas» desató el conflicto que el camarada Vasile Cotigă, empeñado en seguir él solo con ese trabajo, tenía con algunos camaradas de la dirección. Hay pocas referencias sobre esta circunstancia, y las que hay no son muy claras. El conflicto se resolvió formando un grupo de trabajo del que formaba parte también el camarada Vasile Cotigă. El camarada Vasile Cotigă colaboró concienzudamente en la confección de esa página del periódico en los meses siguientes, al tiempo que desempeñaba otras tareas.

No se conoce el motivo por el que el camarada Vasile Cotigă abandonó la ciudad. No puede sostenerse con pruebas que fuera a causa del problema de la página de opinión política. Durante muchos meses nadie supo dónde residía.

Un tiempo después, el camarada Vasile Cotigă aparece como obrero en el puerto de Constanza. Parece ser que, al principio, efectuó tareas de obrero no cualificado en el puerto y que luego trabajó en las oficinas. Se conservan de aquella época algunos artículos publicados en una gaceta impresa en el puerto, al igual que una poesía, todos ellos firmados con seudónimo. Los artículos aludían a una especie de «solidaridad de los solitarios», como llaman a los marineros y navegantes, y no tenían el menor matiz político. Los artículos pueden considerarse incluso apolíticos, ingenuos, y la poesía es una llamada a la lucha ininterrumpida contra los «buenos modales bárbaros», contra los «hipócritas saciados» de toda la Tierra.

Las referencias de su breve estancia en Constanza confirman el carácter y la capacidad de trabajo del camarada Cotigă. Resultó ser un hombre taciturno y muy puntual que despreciaba la comodidad, se conformaba con poco y apenas tenía necesidades. Se negaba a ir a beber, vestía ropa sencilla pero limpia. Se comportaba correctamente, en ocasiones incluso llegaba a ser huraño. No hacía muchas amistades, sus compañeros no simpatizaban con él, pero gozaba del respeto general. Algunos sostienen que temían al camarada Cotigă porque hablaba poco; otros dicen que «era imposible saber de qué pie cojeaba». Nadie podía recordar ninguna acción indigna ni comportamiento vergonzoso respecto al camarada Cotigă.

En 1946, exactamente en el mes de julio, el camarada Cotigă llegó a Bucarest. Tuvo su primer domicilio declarado en la calle Buzești, número 38 A. Durante un mes trabajó en la Sociedad de Tranvías de Bucarest (STB) y después en la imprenta del diario *Dreptatea* [La Justicia], tras lo cual entró como corrector en una revista ilustrada.

A finales de 1946 fue contratado como corrector y después como redactor en la sección de agricultura del órgano central de Prensa por recomendación de un camarada de la antigua gaceta *Portul* [El Puerto] de Constanza que, entre tanto, se había convertido en un importante funcionario de la Dirección General de las Artes. Desempeñaba con ahínco las tareas que se le encomendaban, recorría pueblos desorientados por la propaganda reaccionaria. No escatimaba esfuerzos, era disciplinado y combativo. En aquel periodo vivía en la cocina de una anciana, en la calle Mihai Vodă número 27, en un edificio habitado por muchas familias. Las referencias de los

vecinos de la anciana indicaban que el inquilino se ausentaba de la ciudad semanas enteras, que solía llegar a casa de noche y que se marchaba de madrugada. No tenía mucha ropa, sólo un traje de recambio que guardaba en la maleta. Dormía en la cocina, en una cama plegable de hierro que abría por la noche, cuando llegaba a casa, y cerraba de madrugada, antes de marcharse.

No saludaba a los vecinos y con la vieja apenas cruzaba una palabra. Pagaba con regularidad el alquiler, excepto el mes de marzo de 1947, en que se negó a pagar más de la mitad de la cantidad estipulada alegando que, aquel mes, no había dormido en casa ni una sola noche. Los informes de la anciana son confusos, y no pueden tomarse en consideración los pormenores que da porque mezcla recuerdos de otros inquilinos y afirmaciones políticas irreflexivas.

En noviembre de 1947, el camarada Vasile Cotigă volvió a su ciudad natal formando parte de una delegación oficial. Se negó a alojarse con los demás camaradas en el hotel. Prefirió la modestísima casa de su familia, que no había tenido noticias de él hasta ese momento, una única habitación donde vivían su padre –en cama de resultas de un accidente que le había costado la amputación de la pierna izquierda–, su madre y una sobrina, estudiante de bachillerato, que había venido del campo.

La estancia en la ciudad se prolongó más de los cuatro días inicialmente programados. El camarada Cotigă también viajó a algunos pueblos de la provincia. En las dos semanas que permaneció en la ciudad, tuvo lugar un registro en casa de la familia Vrânceanu. El ingeniero Mihai Vrânceanu fue detenido e interrogado. Hicieron venir desde Iași, donde estudiaba la carrera de medicina, a la camarada Valentina Vrânceanu, la cual confirmó las acusaciones contra su padre y reveló el lugar donde se hallaban escondidas las alhajas de la familia. En enero de 1948, la camarada Vrânceanu se trasladó a Bucarest, a la Facultad de Pediatría. El camarada Cotigă, ascendido a adjunto de la sección de agricultura en el órgano central de Prensa, informó a los órganos centrales de su intención de casarse con la camarada Vrânceanu, y describió con todo detalle el origen y la educación burguesa de la familia Vrânceanu, sus ideas retrógradas y la actitud despectiva y caciquil manifestada

por el ingeniero Vrânceanu, que se encontraba detenido. El camarada Cotigă apoyaba su pretensión en el comportamiento honrado y revolucionario de su futura mujer, Valentina. El casamiento tuvo lugar en junio de 1948.

El camarada Vasile Cotigă siguió desplegando una enérgica actividad política, se presentaba siempre que lo llamaban y no eludía las dificultades. Firmaba más y más documentos orientativos y artículos implacables contra los que se oponían o dudaban en marchar adelante. Su entrega, su vigilancia y su nivel de preparación ideológica eran apreciados por los foros dirigentes, con los que mantenía un estrecho contacto, habida cuenta de que su función en la prensa se orientaba a la instauración de un nuevo modelo de agricultura socialista. Las referencias de ese periodo valoran de manera unánime sus cualidades de luchador tesonero y honrado. El tono de los artículos de prensa era firme y movilizador, y la expresión sencilla, al alcance de todos. Desde el año 1948, sus artículos son muy conocidos, y su nombre (en realidad, el seudónimo con el que había firmado también sus primeros poemas) se convirtió en un referente en la prensa central. Desde 1948 adoptó definitivamente el apellido con el que habían aparecido sus primeros escauceos literarios. Con ese apellido aparece inscrita en la partida de nacimiento su hija Dolores, nacida el 23 de abril de 1949. La familia vivía por entonces en un cuarto amueblado, en la calle Transilvania número 25.

II.2

La mujer llevaba varias horas pendiente del teléfono. No sabía muy bien qué esperaba. Con la mente en blanco, observaba cómo la manecilla fosforescente del reloj de pared alcanzaba una y otra vez una nueva cifra. Pasaban las horas, un día duro, una noche decisiva. «Estoy convencido de que él se pondrá de parte de las personas decentes, o sea de mi parte... Lo contrario no es posible, somos antiguos camaradas, nos conocemos bien. Has de hablarle, convencerlo. Hay algo en él que hace que no pueda estar seguro nunca. ¿Te das cuenta de las consecuencias en el caso de que...?» Pero ésta era una conversación antigua, de ayer o anteayer...

Ahora la tarde se había transformado en noche y en frío. El inmenso salón regiamente amueblado: la mujer refugiada en el hondo sillón de piel no se veía. Sólo de vez en cuando alzaba impotente la cabeza hacia el reloj de pared. El teléfono se hallaba a su lado, junto al brazo del refugio de piel en el que daba cabezadas esperando a su marido. Ya no tenía sentido telefonar al camarada Petru, amigo de ambos hasta ayer.

«El camarada Petru no está en casa. El camarada Petru no tiene ninguna reunión. ¡El camarada Petru no vive aquí! ¡El camarada Petru no existe! ¿Lo oyes? ¡No existe!» Pero eso era ayer. La voz de Suzana..., histérica, quejumbrosa e implacable. Así pues, Petru lo sabía todo desde ayer. Quizá no estuviera ya en casa, ni en la ciudad, ni en el mundo... Pero eso fue ayer, antes de la sentencia. Ahora era de noche, era hoy, y la reunión debía de haber terminado. La una de la madrugada, las dos, el silencio de una ciudad tenebrosa y glacial donde pululaban los ratones y se oía el silbido del viento.

«No se ventilan cuestiones personales en este asunto. No están en discusión los hombres sino los principios. No hay lugar para los sentimientos. No es cuestión de explicaciones ni lamentos. Se trata de nuestra firmeza, de nuestra línea de actuación, eso es todo.» Pero eso había sido en la madrugada, frente a la puerta del cuarto de baño. El marido con el rostro descompuesto por la falta de sueño y el miedo, un espectro indoblegable, en calzoncillos demasiado largos, con el pelo revuelto y la mirada desesperada.

Ahora era noche cerrada, la punta de fósforo marcaba las dos. En el recibidor, en el pequeño nicho de la izquierda, ardía una lucecita eléctrica en forma de vela. La luz sólo iluminaba un pequeño espacio oval alrededor; sombras largas, larguísimas y vagas corrían por los rincones apartados de la habitación.

La mujer, arrastrando los pies, tambaleándose, pasaba entre los sillones y floreros alargados, junto al macizo escritorio de la derecha, entre las estatuillas de marfil y bronce. Avanzaba, como si estuviera ciega, hacia la puerta, para dirigirse a la alcoba.

«Camarada directora, la han llamado de la sección para una reunión de análisis. También han llamado del Ministerio, del aeropuerto, de la Facultad, de la casa de reposo de Poiana Țapului y del servicio de suscripciones a la prensa extranjera.» Pero eso fue al mediodía, no, por la tarde, después de

comer, a las cuatro. «No tengo ganas de tocar el piano, no tengo ningunas ganas. Ni hablar.» «*Sorry*, me voy al baloncesto. *Bye-bye*.» Ésta era su hija, sobre las cinco o las seis... Después la secretaria, la conferencia desde provincias, las habituales quejas y maldiciones dirigidas al yerno.

Y ahora rechinaba un coche, los frenos de un coche, eso era, a las tres de la madrugada, más de las tres. Hizo acopio de sus fuerzas y aceleró sus pasos hacia la alcoba. No, mejor hacia el cuarto de la niña. Allí no la buscaría, era mejor, no la buscaría. No estaba en condiciones de escuchar, ya no quería. Mejor mañana, mejor olvidar, como si nadie, como si nunca..., bueno, sí, derrumbarse sobre el diván mullido y hondo. Mejor así, vestida, tumbada en el diván, nadie, ni idea, nada, nadie la despertaría ya.

En el punto culminante de los debates de los jueves por la tarde, alguien, no importa quién sea, lanzará, a todas luces como una extravagancia, un anzuelo desconcertante: una discusión sobre el purgatorio y el infierno. Es decir, sobre Dante, claro está. Sin el cual, aparentemente, careceríamos de referencias para hacer una valoración de las perspectivas...

El que tan peregrina idea encuentre hoy adeptos, incluso entre cabezas repletas de todo tipo de manuales técnicos, científicos y de cálculo, es menos importante que el hecho de que alguien someta toda la cuestión a una especie de análisis estructuralista de la biografía. Deseando ampliar el ángulo de la discusión, finalmente podrían concentrarse todos los comentarios en un solo punto: la identidad de los que están en el purgatorio o en el infierno. Sobre el cielo, por supuesto, la cordura exige que no se hable.

Se afirmará que, por muy numerosos que sean los acontecimientos que resumen la existencia humana en el purgatorio, el todo acabaría por transformarse en una masa de engrudo, por formar una grumosa pasta de pormenores incapaces de elevarse por encima de una mezquina confusión. Esperas, quejidos, sustitutos. Por su mismísima e indecisa condición transitoria, una especie de continuum indeterminado, semejante existencia «siempre preliminar» rehusaría la evidencia, las delimitaciones precisas.

Esa heterogénea materia viscosa, inadecuada para la tragedia, se tragaría inútilmente la épica, reducida a un perpetuum menor. Sufrimiento burdo y esperanza dudosa, igualados en la mediocridad, que anulan las individualidades pero también la épica, incluso la épica, ¡increíble! Sólo una media larvaria e inexpressiva. Por lo tanto, se rechazará incluso la expresión, toda posible «espiritualidad compensatoria». Por otro lado, se oirán voces que quieran establecer un vínculo: por descontado que sería imposible la tragedia desde el momento en que la expresividad se anula por sí sola... De ahí no habría más que un paso para afirmar que el diablo, que significaba la mediocridad («el demonio significa la mediocridad»), gritarán excitados bastantes de los enervados), reina, de hecho, en el purgatorio. El infierno sólo sería una pseudo residencia de descanso, una diversión, una especie de cabaret estridente que esconde las auténticas e incomparables operaciones de gran envergadura del Propietario. El Programador.

Sin embargo, habrá también opiniones que afirmen que la biografía de los del infierno, por numerosas y espectaculares que sean sus vivencias, a fin de cuentas sólo podría ofrecer secuencias corrientes y monótonas. Muy parecidas, vulgares y exageradas. Un cretinismo caricaturesco y violento, maculatura barata y cacofonía vertiginosa. Un producto mecanizado y rudimentario, una alegría bestial que se nutre de muecas, sangre y brillantes falsos. Un espectáculo de revista automatizado, se mete una moneda en la máquina de discos y, bum, bum, bum, empieza el desfile de horrores.

Al final, la bronca acabará en broma, lo cual dará lugar a que se proponga que cada uno de los presentes entregue, al cabo de dos meses, unas cuantas páginas –no muchas– mecanografiadas con su propia biografía. Real o inventada, también podría ser la biografía de la cama donde duerme o de su pluma estilográfica o de su corbata predilecta, o incluso un sucinto curriculum vitae de sus familiares, objetos y sueños. Un texto épico, suma de varias secuencias independientes o convergentes, según le parezca a cada uno. Todo habrá de leerse y discutirse de conformidad con lo que se haya establecido sobre el purgatorio y el infierno.

«Nosotros discutimos sobre el futuro, o sea, sobre algo inexistente. En todo caso, algo todavía inexistente. Por lo tanto, sobre el cielo. Así pues, la bibliografía mínima y obligatoria en este momento se refiere al purgatorio y al infierno», serán las palabras de clausura.

Palabras que un intruso cohibido y lírico habrá de repetir continuamente por la noche durante las semanas siguientes. Apesadumbrado por no poder redactar de forma clara y concisa su biografía, humillado por su falta de imaginación, que le impide componer la historia del sillón donde soñaba o de los tirantes que le sostenían los pantalones. Demasiado escrupuloso para hacer pasar por suya la biografía de una tía o de un primo porque considera que de ellos sólo sabe lo que se ve, es decir, cosas triviales y anodinas. Infatigable, correrá de la ceca a la meca con los ojos y los oídos bien abiertos a ver si encuentra algo presentable, que pueda tenerse en consideración, tomando continuamente notas de cualquier menudencia que, en cierto momento, le parezca un buen punto de partida, pero que lo decepcionará poco después, en cuanto proceda a analizarla... El adolescente habrá de faltar durante un tiempo a las reuniones donde había descollado.

I.4

A mediodía, el repentino llanto de la funcionaria movilizó a las compañeras que estaban junto a la silla de la ventana.

—¡Oíd, a mi tía le ha dado un ataque! Se está asfixiando. Lleva dos horas llamando sin parar a urgencias y como si nada. Dissen que no tienen gasolina. ¡Que han agotado el cupo para hoy! La vieja tiene asma. Estará muriéndose...

Geta no hacía más que ir de un lado a otro contando a diestro y siniestro lo sucedido. La escuchaban llenas de comprensión. Enchufes y mordidas, apaños, mercado negro. Claro que sí... ¿Que no hay chinchetas? ¡Kent! ¿Que no hay mondadientes? ¡Kent! Ya verás, llegaremos a dar Kent para conseguir mondadientes... Todos se guiñan el ojo, la gente dice una cosa y hace otra. Están haciendo su agosto los pillos que se dedican a trapichear con cualquier cosa. Te traen lo que sea, te llevan lo que sea y te proporcionan lo que sea.

¡Los porteros de todos los sitios, naturalmente! Y, en los hospitales, las enfermeras, los médicos, todos. Y desde luego los fontaneros, los médicos, los taxistas y los camareros, éstos son los que están en el poder... Cuanto más lustrosa es la fachada, más podrido está detrás. Míralos, callan, todos callan, lo saben pero callan, repiten las mismas sandeces. Y éste se apaña con aquél y con el de más allá, sólo quedamos los tontos, para nosotros el sueldo mondo y lirondo, las colas, las enfermedades y el derecho al pataleo...

La escucharon con indulgencia, Geta estaba nerviosa, ya lo sabían, quería mucho a esa tía suya que la había criado de pequeña.

—La gente no piensa más que en arramblar con lo que pueda, rápidamente, venga de donde venga, que mañana no se sabe... ¿Habéis visto? ¡Se han aliado! Truhanes de toda laya, granujas y charlatanes, la escoria de este mundo. Mires a quien mires, no hay remedio, llegas a la conclusión de que todos están cortados por el mismo patrón.

De la furia, la Buñuelita se había puesto roja como un tomate. Con sus manitas gordezuelas gesticulaba como un poseso y, del sofoco, parecía habersele venido el culo un poco más abajo.

—Inténtalo otra vez por teléfono —susurró Pitusa.

—Vete para allá —dijo con lógica la *yensquina** Murgulet,.

—Mira, si quieres te doy permiso —aceptó la sugerencia doña Carmen.

¡Pero la Buñuelita nada de nada!

—¿Y para qué voy a ir? Irme, ¿adónde? ¿Y qué voy a hasser yo?

—Toma un taxi y llévala a urgencias —volvió a intervenir la camarada Petroianu.

—¡A urgenssias! A que me tengan cuatro horas en la puerta, a que me digan que la camarada no ha venido, que el camarada ha salido o que me falta el volante, como si yo no me conossiera a éstos —destrozó Geta todas las propuestas.

Finalmente, lo comprendieron. Lo comprendía incluso Viorica, la prueba es que había guardado silencio. Escribía, firmaba y estampillaba a toda velocidad. Hojas, cuentas, liquidaciones, pero sin decir esta boca es mía, ella, Viorica, que cuando pegaba la hebra no había forma de que parara ni aunque la electrocutaran... Callaba, vaya si callaba, habrase visto... Las compañeras de trabajo bajaron la mirada hacia los papeles, abrumadas por lo sucedido.

Viorica tenía un cuñado médico al que, cuando hubo necesidad, habían acudido la camarada Petroianu, Pitusa e Ina Nicolaevna, e incluso la mismísima Geta antes de que Viorica montara el número aquel del chal y la Buñuelita se vengara. ¡Se puso furiosa como una cualquiera, es cierto! ¿Qué quieres? ¡Una no se puede controlar...! La Buñuelita le contó a la camarada Carmen el secreto que un día le había confiado la esposa engañada. Luego también la *crasivaia** Inochca se enteró de los viajes de fin de semana que el camarada capitán Voicilă, el marido de Viorica, hacía por provincias. Y al final hasta Pitusa se enteró del momento culminante de la aventura. Pitusa no lo habría dicho nunca, ésa es una tumba, de las que prefieren tenerte en el puño antes que venderte, pero le entró la risa. ¡Sencillamente, le entró una risa loca!

Viorica, por supuesto, se dio cuenta, claro que sí, sólo de «algo así» podía reírse la canija aquella con esa voz caliente que parece hervir en su interior, que atonta a todos y les hace volver la cabeza para encontrar su mirada cándida, oh, sí, cándida a más no poder... ¿Y cómo no iba a reírse? ¿Cómo diablos se iba una a aguantar la risa? Conque el camarada marido y capitán se va de viaje oficial al interior, con la maleta y todo lo necesario, ¡a casa de la vecinita de la planta baja! Se cierran a cal y canto lo que dura el viaje, con todo lo necesario: manduca, tocadiscos, edredoncito de plumas, muchos besitos y mucho cuchi cuchi... «Salgo a tirar la basura», dice una noche la concubina Coralía. «Quédate que hace frío, voy yo», intervino galante su caballero. «Pero, hombre, ¿cómo vas a ir tú?», lanzó sorprendida la animadora. «Es tarde, no me ve nadie», insistió el pecador al tiempo que cogía el cubo. Salió de puntillas. Silencio, no había moros en la costa. El artillero, en pijama y zapatillas, se deslizó a hurtadillas en un abrir y cerrar de ojos hasta el contenedor de basura. Abrió la tapa y vació el cubo. ¡Perfecto, hecho! Cubo en mano, se fue al ascensor y apretó el botón. Subió hasta... ¡el cuarto piso, donde vivía! La puerta de la vivienda estaba al lado mismo del ascensor. ¡Y el muy atolondrado llamó al timbre! Como de costumbre, ¡a su casa! En lugar de hallarse en la adúltera planta baja, estaba en la planta conyugal. Qué malas pasadas le juega a uno la memoria cuando menos se lo espera. De modo y manera que el desdichado, en pijama y con el cubo en la mano, de repente se vio cara a cara ¡con nuestra compañera Viorica!, su propia mujer. No te rías.

¿Cómo no se va una a reír?... ¡Hasta la estirada de Pitusa se ríe! ¿Cómo no reírse y cómo se puede perdonar a alguien que te ha hecho objeto de la risa de los demás?

Por eso se puso a lloriquear la Buñuelita cuando vio que, por mucho que se quejase, Viorica permanecía sordomuda. El llanto habría tenido que ser la última arma, pero también le daba rabia que ni siquiera con esa última intentona pudiese alcanzar su objetivo; vana empresa, Viorica seguía sin doblegarse. En efecto, Viorica no chistaba, no oía los gimoteos de su antigua confidente, que había pasado a ser la camarada Geta Muşuroi, a la que no tenía por qué prestarle atención.

Las demás formaban corro alrededor de Geta cuando volvió de la dirección el camarada Scarlat. Ni siquiera habían reparado en él. Desde octubre, cosa de un par de veces a la semana, llamaban al amigo Victoras, a la dirección. No soltaba prenda sobre el motivo. No lo sabía ni la camarada Pia, la secretaria del director, porque de lo contrario habría acabado siendo del dominio público. En septiembre, de pronto, empezó a utilizar el teléfono de la oficina. Hasta entonces no llamaba ni a casa. Tampoco lo llamaba a él nadie. Luego, de buenas a primeras, empezaron las idas y venidas a la dirección, y sabe Dios lo que se estará cocinando allá...

En esta ocasión, como en tantas otras, el camarada Victor Scarlat no se había sumergido en sus papeles. Se había quedado con la mirada clavada en el grupo de plañideras. Si las veía o no las veía, nadie puede saberlo. Quizá su pensamiento estuviera muy lejos, donde nadie podía alcanzarlo. Los oscuros y gruesos cristales de sus gafas impedían adivinar la verdadera dirección de su mirada. Parecía escuchar los pesarosos balbuceos de las chicas cuando se acercó Pitusa a su mesa, se inclinó y lo envolvió con su perfume de almizcle y mandrágora...

Jamás había hecho cosa igual la cabroncita esa de Pitusa. Nunca se movía de su sitio; acechaba y se ponía en guardia pero sin lanzarse al ataque. Si ahora había cercado al amigo Victoras, significaba que había sopesado bien los motivos, la ocasión y las consecuencias...

No duró mucho, no, ni dos segundos. El camarada Scarlat se levantó de su sitio. Marcó un número en el teléfono de la mesa de la camarada Carmen y pronunció las primeras frases... No parecía en absoluto impresionado por la

boquita, las pestañas y las erres arrastradas de la camarada Pitusa Moga, la cual se había retirado, recatada, a su lugar de oración. No se había puesto colorada, no estaba pálida ni balbuceaba.

Es cierto que había algo de agitación en torno a la camarada Muşuroi. Todas murmuraban tratando de tranquilizarla. A la sucursal número 46 acudía muy poco público. A aquella hora y con un tiempo lluvioso y loco, no había ni un alma. De manera que la voz del camarada Scarlat, que era tan parco en palabras y sólo en ocasiones excepcionales le hacía honores al teléfono, fue captada inmediatamente por todos los oídos, pese a que el ronroneo continuaba. A las primeras palabras saltó la alerta; a la segunda frase se hizo el silencio, y a la tercera giró el primer sillón. De manera que..., digámoslo claro, ¡eso era!

De modo que el camarada Scarlat tenía una esposa que, por lo visto, era enfermera o contable o médica o telefonista en un hospital, y la camarada Scarlat tenía una amiga, «tu antigua compañera» –así había llamado el camarada Scarlat a la camarada doctora Bretan del Hospital de Urgencias–, que podría recibir a la camarada Bărbulescu, la tía de nuestra camarada Muşuroi, que se encontraba desde hacía varias horas bajo los efectos de una grave crisis de asma para desesperación del servicio de depósitos y consignaciones... «Eso es, eso es, así que directamente a Spineanu. Bien, de tu parte, bien...», así había concluido el camarada Scarlat el milagro sin que la camarada Pitusa Moga esbozase ni una sonrisa, sin que nuestras camaradas Petroianu, Murgulet, y Voicilă, e incluso la camarada Muşuroi, hubiesen cerrado la boca abierta por efecto de la hipnosis y el guirigay.

Conque... usted tenía, o sea, su mujer..., otra vez esta querida polluela es la que, a la chita callando, lo ha arreglado todo..., el tierno corazoncito gallináceo que salta en ayuda de quien haga falta, cuando hace falta, y hace falta siempre. Se nos habían olvidado los poderes de nuestra camarada Pitusa, siempre dispuesta a recordárnoslos con generosidad, incluso a ti, Buñuelita hinchada, que todo te lo pasas por el arco de triunfo, y a ti, Viorica, setita venenosa, con tu resentimiento y tu ponzoña siempre a punto, y hasta a usted, camarada Carmen, señorona, que se la trae al fresco todo desde que Bebe la taladradora ha encontrado un sitio donde trapichear y afanar.

Saltaron todas, es decir, todas menos Geta Muşuroi, que le faltó tiempo para salir zumbando. Todas se arracimaron en torno al salvador... En vano intentaba él quitarle importancia a lo sucedido, no cejaban. Lo abrumaban con sus preguntas y muestras de agradecimiento, a ver si así se creaba por fin la complicidad que habían estado esperando y que él había rehusado de forma terca y hosca. Blanco de un interés desatado y acelerado sin tregua, lo cercaron para que no escapara, para contarle también a él sus historias, sus penas, sus opiniones sobre el cine, los niños, la política, las comidas, Norteamérica, la moda, los preservativos, los signos del zodiaco y las lavadoras. No, no podía escapar, ¡esta vez no tenía escapatoria! Aquella avería sentimental había sido suficiente para producir el alud, para que mañana una y pasado otra lo asediaran con sus intimidades, sus crisis de histeria y la cita de sus autores predilectos hasta ablandarlo, cansarlo, o hasta que a él se le soltara también la lengua y les hablara de su hermano, de su hija, de su madre, del camarada director, al que conocía desde niño, del padre del camarada director, así, poco a poco, sin prisas, de forma sutil y escurridiza, cercándolo o con rodeos, y pudieran enterarse ellas de lo que había detrás de sus visitas a la dirección, de lo que allí se cocía, porque había algo que no olía bien o que olía a una legua desde que empezó a telefonar, en septiembre, cuando empezaron aquellas alucinantes conversaciones de ha venido no ha venido, clac; ha venido no ha venido, soy el camarada Scarlat...

De momento, el camarada Scarlat resistía relativamente bien. Intercambiaba unas cuantas palabras con sus bullangueras agresoras, que constantemente se sucedían en torno a su escritorio o hablando entre sí, pero en el fondo dirigiéndose a él, de esto o aquello, de la vida y de la gente. No se ponía de morros ni se hacía un ovillo sobre sus papeles como antes. Las escuchaba, sonreía, se revolvía, se limpiaba las gafas, se sonaba la nariz y se ajustaba el nudo de la corbata. Pero oía indulgente, distraído y cortés la voz del pueblo saliendo desbordante e incansable de todas aquellas bocas calientes y pintadas que atronaban, susurraban y trituraban, hilo a hilo, el lienzo arrugado y sucio del día.

Y el día se acercaba a su hora muelle y translúcida. Se volvía flojo, se enrollaba presto a echarse a rodar.

Habían pasado sin sentir dos horas desde que se marchó la Buñuelita y cambió el tema de la cháchara. Se sustituyeron los dúos por evoluciones a ritmo de vals en torno a la mesa del camarada Scarlat.

Ninguna de las protagonistas volvió a dirigir siquiera una mirada a la causante de aquella imprevista circunstancia. Su tranquila compañera, la generosa y maniobrera Pitusilla, discreta como siempre, se ocupaba muy formalita de su trabajo sin turbar la animación que ella había originado.

III.2

En la época de los desviacionismos de izquierda y de derecha, el camarada Cotigã mantuvo una actitud intransigente y fiel a los principios. En las asambleas celebradas en aquel periodo, destacaba por la dureza con que reprimía los intentos de algunos por poner en duda la dureza de la línea trazada y la benevolencia de otros ante las graves desviaciones de los que muy poco antes eran ejemplo de abnegación y espíritu revolucionario, y luego unos sectarios y conspiradores. Desarrolló una campaña incansable contra la reconciliación, el liberalismo, las tendencias pequeñoburguesas y de encubrimiento de las carencias. No vacilaba en desenmascarar las posturas retrógradas, incluso las de sus antiguos amigos, en cuyo pasado titubeante descubría la raíz de ideas extranjeras.

Fue ascendido a jefe de la sección de industria en el órgano central de Prensa. Se convirtió en un puntal de la estructura organizativa e ideológica, se hallaba en contacto permanente con los ministros del ramo, con los directores de las grandes unidades industriales, con los foros de planificación y estadística e incluso con los miembros del Buró, cuyas decisiones transmitía y a quienes informaba diariamente sobre la situación. Trabajaba con ahínco y entrega desde las siete de la mañana hasta pasadas las diez de la noche, a veces incluso hasta después de medianoche. Las informaciones de ese periodo ponen de manifiesto tanto la puntualidad, energía, abnegación y estricta disciplina con que llevaba a buen término las tareas que le eran encomendadas, como las cualidades que exigía severamente a sus subalternos. Consideraba que todos éstos se hallaban incorporados a una importante batalla

militar que debía librarse cada día. Desviarse del objetivo trazado era siempre un hecho grave que había que castigar de modo ejemplar. Sus colaboradores lo temían, pero respetaban su abnegación, su extraordinaria capacidad de trabajo, su honradez y su firmeza. Lo llamaban «el Cabo»; muchos explicaban el apodo no porque fuera torpe a la hora de interpretar las instrucciones (ya que reconocían el alto nivel político del camarada Cotigă, que continuamente enriquecía sus conocimientos), sino porque las órdenes y amonestaciones las dirigía siempre con el ceño fruncido, tal vez sin darse cuenta, con voz ronca y a gritos.

Además de sus actividades en el periódico, cuyo objetivo era la instrucción directa de los órganos y organizaciones del gremio, desarrollaba también una labor propagandística, hablando en las asambleas de análisis y de formación, y otra labor didáctica, dando cursillos sobre los temas de actualidad.

La camarada Valentina Cotigă dirigía una importante unidad sanitaria de la capital y en ese periodo formaba parte de numerosas comisiones de trabajo y resolvía con competencia las tareas que se le asignaban.

Por entonces, ambos viajaban, formaban parte de las delegaciones oficiales que se desplazaban frecuentemente al extranjero para acudir a consejos, congresos, realizar intercambios de experiencias y visitas de amistad.

En 1959, con ocasión de la campaña de depuración en las filas del Partido, Valentina Vrânceanu fue expulsada por su origen social malsano, cuya influencia se había detectado en toda su actividad. En la asamblea de expulsión, la doctora Vrânceanu no explicó de forma satisfactoria el motivo por el que había albergado en su casa a su madre y, principalmente, por qué le había confiado a su madre –la esposa del ingeniero Vrânceanu, en prisión por elemento reaccionario, propalador de chistes y noticias falsas sobre nuestra realidad– la educación de su única hija, Dolores, a la sazón de diez años de edad, pionera destacada en la escuela especial, donde había que evitarle todo contacto con elementos desclasados provenientes de la antigua sociedad. La doctora Valentina Vrânceanu no dio respuestas claras con respecto a si tenía conocimiento de los paquetes que su madre enviaba al preso Mihai Vrânceanu o si había leído las postales que Rodica Vrânceanu escribía al culpable.

Tampoco pudo justificar la ex directora Vrânceanu el internamiento durante dos meses, aunque se encontrase en grave estado de salud, de la enferma Rodica Vrânceanu, la cual no tenía derecho a ser hospitalizada en una unidad de circuito restringido.

En octubre de 1959, la organización planteó también el caso del ex jefe del sector industrial del órgano central. Degradado a la función de simple redactor, el camarada Vasile Cotigă recibió un voto de censura por la forma de comportarse con la gente –una forma contraria a los principios–, por su sectarismo, autoritarismo e individualismo, así como por las influencias del medio familiar malsano, visibles en la manera de tratar a sus colaboradores, en la arrogancia caciquil que manifestaba a la hora de tomar decisiones por sí solo, las cuales tenían que ser llevadas a la práctica sin rechistar, como en el ejército del antiguo régimen de la burguesía y los terratenientes. En esa ocasión, se procedió a la lectura de una nota de recomendación escrita por un tal Stamate, en otro tiempo importante activista cultural, gracias a la cual se contrató al camarada Cotigă en el periódico central en 1946. De los informes recabados sobre el llamado Geo Stamate se desprende que éste, antiguamente periodista de segunda fila en Constanza y notorio chanchullero en el puerto, resultó ser un hábil impostor, elemento vicioso y demagogo que durante muchos años indujo a error a los organismos competentes, ascendió a puestos de alta responsabilidad hasta que se descubrió su pasado y fue desenmascarado como un odioso instrumento de la antigua clase social.

Desde noviembre de 1959 hasta febrero de 1960, el camarada Cotigă estuvo internado en un sanatorio de enfermedades pulmonares. En abril de 1960 fue trasladado al Comité para la Defensa de la Paz como jefe del servicio de cuentas. Cumplió con sus obligaciones y no hubo quejas en su contra. En octubre de 1960, fue ascendido a redactor jefe adjunto de la publicación del Comité Nacional para la Defensa de la Paz. De los informes se desprende que se comportaba en su nuevo trabajo igual que en los anteriores, diligente y puntual. No tenía más relaciones que las del trabajo, no bebía y era disciplinado y severo. No rehuía hacer horas extraordinarias y muchas veces se quedaba trabajando hasta muy tarde, y tenía muchas

iniciativas para popularizar la publicación. Pero en el seno de la organización de la que formaba parte, ya no tomaba la palabra, y su actividad era mediocre, como si careciese de la experiencia propia de un cuadro del aparato central.

Al empezar el curso universitario de 1960, el camarada Vasile Cotigă se matriculó en la facultad de Ciencias Económicas para completar sus estudios. Aprobaba regularmente los exámenes con calificaciones medianas. El título que obtuvo está expedido, como el resto de los documentos, a otro nombre, Victor Scarlat, el seudónimo con el que, al principio, publicó sus artículos de prensa.

En 1963, el camarada Vasile Cotigă, con ocasión de haber acudido al entierro de su madre, se encontró en su ciudad natal con John Lama, súbdito canadiense, emigrado de Rumania en 1936, hermano de Smaranda Cotigă, un tío de cuya existencia el camarada Cotigă afirmaba no haber tenido conocimiento hasta ese momento, razón por la cual no lo había hecho constar en su ficha personal. Es cierto que, desde 1965, el camarada Cotigă, y sobre todo su esposa Valentina, de soltera Vrânceanu, mantienen, con grandes interrupciones, correspondencia con el llamado John Lama, de Toronto. Igualmente, desde 1966, Valentina Vrânceanu reanudó las relaciones epistolares con la familia de Marius Vrânceanu, que había salido del país en 1945 y se había establecido en Milán, Italia.

En 1964, el camarada Cotigă hizo gestiones en los círculos competentes para que lo readmitieran en el órgano central de Prensa, en la sección de industria o en la de agricultura, donde había trabajado anteriormente. Seguía desempeñando sus servicios en la revista del Comité para la Defensa de la Paz y, cuando la publicación restringió su actividad, pasó del cargo de redactor jefe adjunto, que había sido suprimido, a la de jefe del servicio de relaciones. Cuando se cerró la publicación, el camarada Cotigă consiguió un trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En 1971 abandonó dicho trabajo, incompatible con sus vínculos familiares en el extranjero y con el hecho de que su hija Dolores Scarlat, en el curso de un viaje turístico por Turquía, se hubiera dejado seducir por el espejismo de una vida placentera para, con posterioridad, establecerse definitivamente en Bélgica.

Gracias a la recomendación del camarada Petre Petru, que lo conocía desde la época del desviacionismo, que posteriormente había sido rehabilitado y a la sazón ocupaba un puesto directivo en el Departamento de Culto, el camarada V. Cotigã obtuvo un trabajo en una publicación religiosa de la Metropolía o de la Iglesia católica, no se sabe exactamente, donde al parecer fue ascendido tras un breve periodo en el servicio de protocolo. Por los informes se supo que también en ese trabajo, en el que se mantuvo hasta 1973, Vasile Cotigã actuó de forma concienzuda y se granjeó el aprecio general. Algunos dicen que, además de las obligaciones propias de su trabajo en el servicio de relaciones y protocolo, Vasile Cotigã, habida cuenta de su prolongada experiencia, fue utilizado en algunas ocasiones por el Bienaventurado Metropolita o el cardenal como consejero en cuestiones políticas que entrañaban dificultad para el Alto Prelado.

II.3

La joven llevaba mucho tiempo en la mecedora delante del espejo, se miraba en él pero no se veía. Tenía necesidad de silencio, de mucha concentración, cualquiera lo habría dicho al verla balancearse horas y horas, abstraída, en la mecedora roja. Más bien, se diría que estaba prolongando su dejadez... El silencio y el aislamiento con que, desde hacía varias semanas, la joven empezaba las mañanas, parecía conseguirlos de forma absolutamente original, manteniendo, indiferente, el estruendo producido por la voz del locutor de la radio, el frenesí del radiocasete y los largos timbrazos del teléfono.

No hacía el menor gesto por acabar con la algarabía, como si no oyese nada. De vez en cuando probaba a continuar la carta que tenía sobre las rodillas, pero las palabras no acudían o se perdían antes de atraparlas.

La hermosa mañana de primavera quedaba lejos. Las ventanas cerradas y las gruesas cortinas no dejaban entrar el frescor de la nueva estación.

Vestida con unos pantalones vaqueros, desnuda de cintura para arriba, con los pies descalzos encima del macizo escritorio, la joven se mostraba conforme a la imagen habitual de la juventud indolente, como corresponde a

una señorita políglota, deportista y cínica. Estaba de buen ver, según exige el exponente inexpresivo e impertinente de su generación. Pelo corto a lo *garçon*, ojos grandes pintados con rímel y rodeados de ojeras, y senos maduros como su cuerpo, sólido y sin vacilaciones. Una señorita tímida, en realidad, decían sus padres; brillante estudiante de la Politécnica, decían los profesores; una tía buena, legal y marchosa, admitían sus compañeros.

En el radiocasete Ray Charles, en la radio teatro para niños, al teléfono Sorin, seguro, quien, erre que erre, se pasaba horas enteras llamando todas las mañanas pero que no se molestaba en pasar por su casa para averiguar de una vez por todas lo que imperiosamente quería saber. A Sorin le escribía alguna que otra línea cada día, una pequeña historia que le aclarase, cuando encontrara el sobre, cómo y por qué... No se trataba solamente de explicar la desaparición y el silencio de las dos últimas semanas, sino que quería ofrecerle los motivos de separación, que había descubierto ocultos en los pliegues en technicolor de una infancia privilegiada de la que, debía reconocerlo, había gozado como pocas. En esas cuestiones de la separación, tampoco se sabe por qué surgen las ganas de hacerlo, cómo surgen ni cuándo, de modo que la perseverancia victoriosa de la joven vanguardista por saber, no obstante, la causa, los nebulosos impulsos iniciales, todavía imprecisos y contradictorios, confirmaba, ¿no es cierto?, las cualidades teóricas y prácticas de la brillante universitaria.

No se reunían las palabras con demasiada presteza, una o dos líneas al día. Mas resulta que, quieras que no, había conseguido llenar dos páginas de libreta que leía una y otra vez, sin entusiasmo.

«Todavía iba al instituto cuando, entre otros favores debidos a mi camarada padre, tuve el privilegio de pasar unas vacaciones en mi casa con la frágil Yvonne, mi compañera suiza. Qué quieres que te diga, me meaba encima de timidez y de admiración. La miraba como a un personaje de cuento. Tan alegre y desenvuelta. Y luego su ropa, sus pequeños secretos libertinos, tan importantes a esa edad. No tenía ningún freno, ningún miedo ni ninguna duda. Sabía lo que iba a hacer, adónde iba a viajar, y se mostraba totalmente segura de sí misma y de todo. Hasta que caí en la cuenta de que era tonta, Sorin. O sea, no es que fuera tonta, sino sencillamente que yo era más lista, más guapa y más culta, pero tímida e insegura. Yo no podía oponerle nada seguro. Yo era

incomparable, así de claro... Lo digo con toda objetividad, pero si tuviésemos que encontrarnos veinte años más tarde, yo me hallaría en una posición desfavorable. Al contrario, sabía que la pizpireta esta me abrumaría con sus vestidos, sus cremas, sus viajes y la seguridad de su “personalidad”. Segura de todo cuanto decía y hacía, porque, al fin y al cabo, “todo sujeto tiene algo propio de él mismo y ese algo es válido”, eso decía cada uno de sus gestos. No he dejado de reflexionar, pero por entonces mi camarada padre ni siquiera quiso escucharme hasta el final.»

Estas frases llenaban solamente la primera página. La autora se daba cuenta de que era un relato banal, pero no era capaz de explicar por qué no había que desdeñar la trivialidad; el que su verdad fuera también la de una peluquera, es un decir, no anulaba empero esa verdad. «Y ya que es así, Sorin», le habría gustado gritar, «carece de sentido buscar satisfacciones en la impotencia, en el fracaso y en tantas complicaciones inútiles.»

Pero no tenía ningunas ganas de leer la página siguiente, seguramente debía de tratarse también de ideas manidas. Le parecía estar viendo al arrogante Sorin frunciendo los labios: «¡Anda, mira dónde se esconde la costurera, la modistilla, la calentona..., la cerebral a la que no podía curar de Kierkegaard y Einstein!». ¿Cómo explicarle que la mujer siente lo mismo que su pareja, que sólo con la edad llegará a captar la realidad con normalidad, que no la entenderá hasta que pasen veinte años?

¡Pum!, el radiocasete se había parado. Y ahí tenemos a la filósofa saltando a la pata coja hasta el escritorio para darle la vuelta a la cinta. En el espejo brillaba su desnudez. La muchacha miró y se vio. Se veía los pechos grandes y pálidos, los sostenía en las palmas de las manos para verlos... Un año, cinco, es lo que te queda, así de corta es nuestra vida, sonrió asqueada al tiempo que encajaba con destreza la cinta dentro del aparato.

Apretó la tecla para desencadenar de nuevo el huracán. Pero el teléfono volvió a sonar, otra vez llamaba el pobre Sorin, y la aventurera cedió al breve instante de humor. Cogió el receptor y lo sostuvo en el aire, indecisa... Era Sorin, claro, el chico de la pistola, el erudito desengañado y prestigioso.

—Sí, yo, Dolores, naturalmente. Nada, ¿qué me iba a pasar? Nada de voz cambiada... ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué capricho? Caprichos..., tonterías... No me pasa nada. Bueno, sí, el periodo, sólo el periodo. Sí, ese del que tu

autor decía que nos prohibiría ser jueces o yo qué diablos sé. O sea, que no me podían confiar el destino de los hombres en estos días. Quizás en otros, ¿quién sabe?... ¡Sí señor, estoy en el mes, eso es todo!

El receptor descansaba otra vez en su horquilla y la impulsiva volvió a concederse una pausa de soledad. Se cogió la cabeza con las manos y la metió profundamente entre las rodillas. Parecía dormitar, mientras oía a los Beatles, el programa «La antena del campo» y el teléfono. Volvía a sonar el teléfono, sonaba y sonaba, ¡y a ella qué! Los Beatles, la producción de leche, el teléfono, ¡a hacer gárgaras!

El periodo de prácticas de observación en un restaurante, en un club deportivo, en un taxi, en una casa cuna, en una sucursal de la Caja de Ahorros, en un juzgado, en el aeropuerto o entre los basureros, entre los conductores de tranvía, vendedores de prensa, agentes de tráfico o en el hospital de urgencias, en el servicio de distribución de las fuerzas de trabajo, en el de asignación de viviendas, en una biblioteca o en una peluquería reportará interesantes observaciones. Serán las primeras investigaciones concretas antes de las asambleas operativas. El extraño joven que al principio avivó la fantasía de los asistentes y aumentó su apetito especulativo no estará en la sala. De manera inexplicable, no aparecerá tampoco en las listas de los grupos de redacción. Su ausencia no escandalizará a nadie, las reuniones cobrarán un acentuado carácter de trabajo, cada uno se ocupará de sus tareas. Seguramente, se olvidarán de él. Por lamentable que sea, lo habrán perdido en una especie de inconcreta realidad preliminar; alguien se preguntará algún día qué fue, si es que existió, aquel torbellino inicial que arrastró con todos en una breve secuencia de sorpresa e impulso. Sentados todos y cada uno en su sitio, apenas si recordarán sus rostros de jóvenes sedientos y en ebullición cuando se reconocieron, acaso en otro tiempo, en la impaciencia curiosa de un extraño intruso. Sólo quedará gente estudiosa y metódica perseverando, paso a paso, en el cumplimiento laborioso y competente de los trabajos remunerados.

No se sabrá si el desconocido habrá tenido tiempo de participar en las atrevidas hipótesis sobre «la crisis de energía y de carácter en el mundo» o sobre «la intervención destructora como rechazo del azar» y en tantas otras.

Menos todavía si habrá asistido a la proyección de la instructiva película que el director ofrecerá antes de las vacaciones concedidas a sus subordinados.

Una película de un gran director sobre la crisis económica y moral de la Alemania de los años veinte. Miseria, policía, sospecha, vigilancia, aumento paulatino del descontento, los mecanismos de presión ejercida sobre el individuo con inseguridad laboral, aterrorizado por criterios de selección cada vez más rigurosos, aturdido por una propaganda estrepitosa, seguido a cada paso, obligado a rellenar continuamente formularios sobre su vida, sus convicciones y sus familiares, aplastado por el miedo, encogido en una cama cada vez más inestable. Se verá cómo se sancionan cada vez con más dureza el humor y el arte, cómo se rechazan la duda y la ironía, cómo se instauro el terror de las trompetas, de la unanimidad y del elogio, cómo empieza la caza de sospechosos, extranjeros, enfermos, intelectuales, revolucionarios, putas, artistas y especuladores, cómo los demagogos visten severos uniformes, cómo medran los granujas, los fracasados, los sádicos, los delatores y los fanáticos.

«El victorioso resultado de esta maniobra de diversión es la agresividad entre los hombres; la desconfianza, fácil de manipular. Creo que este método, el de interponer factores de desviación entre la causa y su efecto, es instructivo», dirá el profesor encendiendo las luces. «El hombre de ciencia estudia tanto la causa como el efecto, pero también puede estudiar estas pantallas de desviación con la misma objetividad. No es la historia de los preliminares del nacionalsocialismo (radiografiados con extraordinaria precisión) lo que más interesa, sino la intuición del artista. He considerado que una buena obra de arte estimula la imaginación antes de las vacaciones que ustedes se merecen...»

Al acabar, como será tarde y hará frío, los distinguidos investigadores se precipitarán hacia la salida sin demasiados modales, de tal suerte que no será posible observar quién asistió y quién faltó.

III.3

Tras el fallecimiento del Bienaventurado Metropolitana, la situación de Vasile Cotigă se volvió insegura, de modo que renunció a su cargo y durante varios meses trabajó en una revista de filatelia.

Dos meses después del terremoto de 1977, Vasile Cotigă sufrió un desprendimiento de retina en el ojo derecho y fue operado en el Hospital Militar. En la habitación, en la que permaneció diez días, había también un empleado de Tarom*, y un escritor poco conocido, autor de varias novelas. De los informes se desprende que hubo encendidas discusiones entre este escritor y Vasile Cotigă. Al enterarse de dónde había trabajado su compañero de habitación, el escritor le pidió detalles sobre el Jefe de la Iglesia. Cotigă lo describió como un jefe, no como un santo. Activista religioso hábil, firme e inteligente que trabajaba en pro de los intereses de la institución y de los suyos propios. Un hombre autoritario y práctico ante el cual sus subordinados se abstenían de expresar sus opiniones personales. Un dirigente extremadamente celoso en lo tocante a la organización, con gran capacidad de trabajo, acostumbrado a tomar decisiones por sí solo, ya fueran importantes o menores. Un jefe que dominaba a sus colaboradores por su energía y sus caprichos, pero que en las relaciones con otros jefes sabía transigir oportunamente, aceptando prestar servicios a quienes lo trataban con miramiento y le permitían una relativa inmunidad.

De esos pormenores referidos sin poner ningún énfasis personal, de unas simples informaciones en una noche calurosa cuando uno no puede dormir, surgió una discusión que se prolongó durante varios días. El escritor, intrigado por lo que Vasile le había contado, le pedía más detalles sobre la estructura y criterios de la actividad religiosa. Vasile Cotigă respondía con precisión pero sin entablar debate, cosa que exasperaba al supuesto escritor, del que ni Cotigă ni el empleado de Tarom habían oído hablar. «Usted me pone nervioso sólo porque yo busco en usted simplemente a alguno de mis tíos, a algún primo o a algún compañero de colegio... ¡O quizás alguno de mis rostros imposibles o secretos que yo no soy capaz de reconocer! Busco los rostros de este tiempo, o sea, busco comprender lo que he vivido, lo que estoy viviendo y lo que viviré en el futuro si no puedo librarme, y creo que nunca podré, de esta

estúpida necesidad de entender, de tener criterios.» El escritor espetó un sinfín de insensateces de esa índole con la probable intención de irritar a Cotigă, quien, no obstante, contestó con calma: «Yo creo que lo importante es que uno haga bien su trabajo dondequiera que esté, eso es todo». En los informes se habla de la actitud inadecuada del camarada escritor, que elevó el tono, pero se añade que Vasile Cotigă respondió con tranquilidad y de forma benevolente.

En un momento dado, al día siguiente o tal vez aquella misma noche, el escritorzuelo, que tenía insomnio y se revolvía sin cesar, le planteó el siguiente problema: «Supongamos que yo conozca a un joven pintor genial. Una especie de Picasso. O a un poeta fuera de serie. Digamos que a un Rimbaud, que vive en una buhardilla. Enfermo, pobre y sin ningún apoyo. Supongamos asimismo que es una persona que cumple, aun sin saberlo, todas las condiciones que se le requieren a un buen cristiano. No roba, no miente, esto no, aquello tampoco, una especie de ángel, vamos. Un tanto difícil para un artista, y más aún si es un genio, pero supongamos que sea así. Voy al jefe ese de usted y le cuento que si patatín, que si patatán, que en una buhardilla hay un gran hombre sufriendo, una de esas mentes privilegiadas que no va a la iglesia, que no reza nada ni a nadie, que no rinde pleitesía a los grandes de la Tierra ni al Grande del Cielo; un buen cristiano sin saberlo. Pinta esto y lo otro, lienzos de los que uno no entiende gran cosa; sin embargo, yo le garantizo, y lo garantizan también algunos que entienden de eso, que son extraordinarios, que algún día alcanzarán un precio inaudito. Este..., cómo se llama, el Bienaventurado, ¿me preguntará si el muchacho tiene alguna tela sobre la resurrección? ¿O le pedirá que ponga en el cuadro una cruz o algo por el estilo?» Por supuesto que sí, respondió Cotigă. «¿De lo contrario no le interesaría? ¿No estaría dispuesto a salir cristianamente en su ayuda?» Naturalmente, contestó Cotigă, sólo le interesaría si fuera una cuestión en la que él tenga responsabilidad. De lo contrario, no es problema suyo sino de otros... «Muy bien, entonces Su Reverencia es un funcionario... Tú me das y yo te doy, correspondes, cotizas, entonces yo te ofrezco lo que haga falta. Por lo tanto, no hay ninguna diferencia.» El pelagatos continuó diciendo más disparates, que si te pasas a nuestro lado te dejaremos que sigas jugando a

hacer el rebelde, que sigas diciendo la verdad, pero has de ser de los nuestros. Cotigă no respondió a las provocaciones. Pero el otro siguió dale que te pego, soltó un torrente de maldiciones, protestas y locuras.

El colmo fue que los dos se hicieron amigos. Hay pruebas de que, más tarde, el pelafustán aquel mantuvo relación con Cotigă, que incluso lo visitó en su casa. Al salir del hospital, Vasile Cotigă se negó a jubilarse, como le propusieron. Durante unos meses buscó un nuevo trabajo. Es falsa la información según la cual su contratación en ADAS* se debió a la intervención del escritor que conoció en el hospital. El puesto que Vasile Cotigă consiguió en ADAS como inspector, trasladado seguidamente al servicio de balances de la Caja de Ahorros, se debió una vez más al camarada Petre Petru, antiguo compañero de redacción en los años cincuenta, en la actualidad pensionista, cuyo hijo, Vladimir Petru, ocupa un puesto directivo en la central de la Caja de Ahorros.

I.5

—Ya no sé qué hacer con esa escuela —dijo Viorica dando un hondo suspiro al tiempo que enrollaba una pila de impresos—. Hace un tiempo que se han vuelto todos locos. Los niños han de barrer y limpiar los cristales. No tienen ninguna mujer de la limpieza, ¿qué te parece? Y otra diablura más: cada niño tiene que llevar todos los meses cinco tapones de corcho, de los de botella, y no sé cuántos kilos de papel. Y botellas. Cuatro botellas o tarros y, encima, ¡plantas medicinales! ¿De dónde vas a sacar en Bucarest plantas medicinales? Ayer le pregunté a la tutora, en una reunión con los padres. ¡Y sonreía la muy tonta! Tendremos que comprar, decía... ¡Imagínate! ¡Que comprar! ¡Que nosotros lo demos a la escuela, y que la escuela venderá lo que nosotros hayamos comprado! Es que no tienen valor ni para abrir la boca. Dicen amén a lo que les piden, agachan la cabeza, sí, sí, lo haremos, nos las arreglaremos. Todo con tal de seguir con el culo pegado a la silla.

Geta la escuchaba; bueno, no escuchaba, pero asentía. Ella también tenía una niña y conocía la situación. Se apretaba la gruesa rebeca de lana, bostezaba, volvía a escuchar, aunque, en realidad, sólo pensaba en que apenas

faltaba una hora para remojar el gaznate. Era un día frío y gris, y eso le vendría bien para desentumecerse. Los platitos, las cacerolas, las botellas y los vasos se hallaban cuidadosamente colocados junto al biombo, detrás del armario. Había hecho las paces con Viorica, esas chicas no eran malas, cosas de la vida. Bastó con que una mañana se acercase a ella y le dijera simplemente, sin remilgos: «¡Venga, hagamos las passes! Bastante he llorado porque no querías ni mirarme a la cara... Ya sabes cómo son estas cosas, una se va de la lengua. Lo dije, lo dije, sí, es verdad, tendría que haber tenido el pico sserrado... Pero tú también le contaste a todo el mundo lo que me pasó con las nutrias. Que me había montado un criadero en el patio y me iba a hasser rica. Y enssima mentiste al dessir que hasse tres años cultivaba champiñones en la bodega, cuando sabes perfectamente que no es verdad. ¡Qué quieres, todas nos equivocamos! Mira, te he traído una cosa espessial, venga, démonos un beso». Abrió un paquetito, sacó una pulsera *made in China* y se la puso en la muñeca. A Viorica se le saltaron las lágrimas... Y es que no era mala chica, un poco pendenciera, sólo eso, se le iba el traque enseguida, pero si uno sabía cómo darle la vuelta se le pasaba, y se convertía otra vez en la chica servicial y cariñosa de siempre... Hoy, para celebrar el cumpleaños de Viorica, su vecina de mesa e inseparable amiga de cháchara, había preparado rollitos de carne y fiambres en gelatina. O sea, el plato fuerte de la cuchipanda. Desde luego, comparado con los huevos rellenos de Pitusa y el pastel de hojaldre de Ina, e incluso con la tarta que había traído la camarada Carmen, la Buñuelita demostró, ni que decir tiene, que hacía honor al sitio que ocupaba junto a la parlanchina Viorica, recuperada como amiga y confidente, de la que nada podía separarla por más meteduras de pata que pudieran darse. Y ciertamente no había sido ninguna bobería la historia del marido en pijama regresando a casa de repente y por error de su viaje oficial que había transcurrido en la planta baja del edificio, ni los comentarios sobre las nutrias y los champiñones... Pero ya todo ha pasado, ¡la amistad ha resultado ser más fuerte! Y ahora Viorica, con la permanente recién hecha y con un vestido nuevo de paño verde, esperaba contenta la fiesta que iban a ofrecerle sus compañeras de trabajo.

Se festejaban los cumpleaños y los distintos santos: san Jorge por Geta, san Gabriel por Gabriela, a la que todas llamaban Pitusa, y san Juan por Ioana Carmen Petroianu.

Pero la celebración de Viorica era más opípara que la de la mismísima camarada Carmen, porque caía el 25 de diciembre. Rollitos de carne, fiambres en gelatina, mucho vino, *chuica** más fuerte que en otras ocasiones...

Sólo había pasado una semana, es cierto, desde que celebraron el cumpleaños de doña Carmen, nacida también en diciembre. Ahí, en la sucursal número 46, habían adoptado un sistema distinto al de las otras: no era la festejada la que preparaba los platos y llevaba la bebida, como se hacía en todas partes, sino sus compañeras. Se trataba de que la homenajeadada se sintiera realmente mimada, protegida, agasajada por las atenciones de las demás, y exonerada de tener que hacer cola y del trajín de la cocina. Casi todas vivían en barrios nuevos, lejos del centro de la ciudad, donde hacían la compra. Sudando, cargadas con pesadas bolsas, apretujadas en autobuses atestados, después de esperar horas y horas en la parada hasta que, por fin, aparecía un cacharro viejo y renqueante, lleno de remiendos e hinchado por la muchedumbre que lo había tomado al asalto y que seguiría hinchándolo en cada una de las paradas.

No, a la festejada la mimaban de verdad en la sucursal 46. Sólo tenía que ir a la peluquería y, si quería, a la modista, como había hecho Viorica, pelo a lo afro y vestido verde a rayas.

El miércoles apareció también Ina, que había estado con gripe, de modo que el colectivo estaba al completo. Al cumpleaños de doña Carmen, una semana atrás, faltó precisamente la preferida, de manera que las chicas no pudieron admirar el magnífico regalo con que, año tras año, solía presentarse Ina Murgulet, aprovechando la ocasión para compensar la relativa indiferencia con que recibía día tras día el afecto de la jefa. Como es lógico, les faltó la paciencia, no pudieron contenerse y fueron a preguntar a la señora Petroianu. Otra vez la boquita de Viorica se atrevió a preguntarle lo que a todas tenía sobre ascuas. «¿Y qué le ha regalado este año Ina? Porque si no está aquí no nos enteramos...» Carmen contestó sin vacilar y con evidente satisfacción: «Eh, chicas, que en mi cumpleaños Ina nunca ha sido tacaña. ¡Una chica deliciosa, para que os enteréis! Como Dios manda, equilibrada, lista y

discreta. Ya he tenido ocasión de comprobarlo... Ayer tarde me llamó por teléfono. Apenas podía hablar, tenía calentura. Después de felicitar me (muy triste por no haber podido estar aquí) me dijo que una hora después me iba a enviar algo especial, su regalo, lo traería su hijo. Además de la niña pequeña, tiene también un muchacho que va al instituto. Un muchachito precioso y descarado que me trajo el regalo en una furgoneta. ¡Una furgoneta! Pero ¿qué me has mandado, corazoncito de Sebastopol? Ya sabéis lo que la mimo yo. No será un frigorífico ni una lavadora... ¿Qué creéis, eh? ¡Un samovar! ¡Fantástico! ¡Una auténtica obra de arte! Plateado, con todo tipo de motivos ornamentales, una maravilla». En verdad, la camarada Carmen estaba contenta y era sincera, quería a Ina como a una hermana. El día de su cumpleaños, Carmencita estuvo muy alegre, gastó bromas y hasta se achispó un poco cuando empezaron a contar chistes. Entonces Carmencita lanzó una pulla a Pitusa... «Chicas, ya me olía yo que en esta ocasión el gallito que nos regalan tres meses al año, soso y feo como es, no vendría. ¿Viene el camarada Scarlat? No le gustan estas juerguecillas. Sin embargo, el día de mi cumpleaños sí acudía...»

Efectivamente, a Victoras, Scarlat no le iban las jaranas de este tipo, las evitaba. En los años precedentes había encontrado pretextos para estar ausente y en ese último trimestre ya faltó el 18 de septiembre, cuando la Buñuelita celebró el cumpleaños de su hija pequeña, y el 29 de septiembre, cuando Pitusa celebró su aniversario de bodas, y el 14 de octubre, cuando Carmen se compró el Skoda. Las fiestas previstas o las improvisadas en los últimos tres meses del año tenían virtualmente como invitado también al camarada Scarlat, aunque no era un empleado permanente, sino sólo un compañero temporal. Siempre faltaba para el cumpleaños de Viorica, que caía el 25 de diciembre. A veces, incluso el 31 de diciembre encontraba un pretexto para evaporarse a las pocas horas, y así no verse obligado a levantar la copa en el último brindis del año.

Pero en el cumpleaños de la camarada Petroianu siempre había estado presente, es cierto, aunque no se quedaba hasta el final del sarao.

Sin embargo, en aquella ocasión, el 18 de diciembre, el amigo Scarlat no había aparecido. Ni el 19 ni los días siguientes. Tampoco ahora había motivos para esperar que viniera.

Carmen se sorprendió del inesperado agravio que le había hecho el amable inspector Scarlat. Seguramente, no le habría dado importancia si no se hubiese achispado y no le hubiesen venido, así de repente, las ganas de darle a la lengua.

–Vamos, Pitusa, dilo tú, que estás al cabo de la calle. ¿Qué le pasa desde hace unas semanas a nuestro inspector?

–No sé gran cosa –se salió por la tangente Pitusa, por supuesto.

–Por lo que he sabido yo de la Boquita... –prosiguió doña Carmen dejando en la mesa el emparedado con caviar y volviéndose hacia las otras chicas, excitadas por los chismes que la Señorona siempre había limitado a cosas ajenas al servicio, evitando cuidadosamente contar lo que se había dicho en la dirección o en la reunión de jefes de oficina—. Lo que me ha contado Pia, la secretaria, es que el camarada Scarlat ha elevado una propuesta o un informe a la dirección y lo ha defendido en varias ocasiones ante el director adjunto, el camarada Petru. Algo verdaderamente especial, ¡una bomba!

Carmen dirigió una penetrante mirada a Pitusa, como si ésta tuviese que continuar el relato con los detalles pertinentes. Pero Pitusa callaba, escuchando con gran atención, como si no tuviese la menor idea.

–Excuso deciros, chicas, que es algo gordo –insistió la camarada Petroianu y apuró hasta el fondo, para darse ánimos, la copa de cabernet búlgaro.

Todas estaban de buen humor, aunque algo cansadas. Se había hecho tarde. Pero la noticia no las había inquietado. Una historia aburrida, sin importancia, un asunto demasiado serio y extraño, apto sólo para maniacos y chiflados. Bien sabe Dios que algunos ambicionan estúpidos privilegios o son de ideas fijas, tienen chaladuras, en fin, cada loco con su tema... Pero, oh sorpresa, la camarada Petroianu no se contentó con tan apresuradas menudencias; es más, se soliviantó por el bajo nivel del debate.

–¡Qué demonios, chicas, que no somos ningunas idiotas! ¡Aquí se está cocinando algo gordo, una cuestión de principios! Me he pasado toda una tarde hablando con Bebe. Y me ha abierto los ojos. ¿Por qué precisamente un tipo como Scarlat, u otros como él, con una forma determinada de ver las cosas? ¿De dónde viene todo, qué implicaciones hay?

De manera que, lo quisieran o no, las compañeras acabaron por aceptar el tema de conversación. Demostraron no tener un pelo de tontas, de eso nada, al contrario, se pudo constatar que no eran unas marujonas, de esas que se pasan el día hablando de los niños o de la ropa o de las fiestas, no, no eran unas cabezas huecas...

—Desde luego, parece una solución equitativa. Pero ahí es donde está toda la confusión, así me lo explicó Bebe.

En cierto modo, Carmen había dirigido desde el principio la discusión, la cual confirmaba, en efecto, el gran interés de un caso como éste, que habían estado tentadas de considerar nimio...

—¿De dónde le habrá venido esa idea? Muchas veces he pensado en la suerte loca que tienen algunos. Dicen que dinero llama a dinero. Siempre son los mismos, granujas y enchufados, a los que de vez en cuando les cae alguna que otra ganga, siempre a éstos, ¡es para volverse loca! Y nosotras pasándolas canutas con el sueldo. Ya lo decía mi madre, que en ninguna parte nadie se hace rico con un sueldo. Incluso un buen sueldo no deja de ser un sueldo. No es trabajando como se llega a algo, ¡trabajando no! —refunfuñó a la carrera Viorica, dando rienda suelta a la rabia y dejando de comer el fiambre de gelatina. Colocó el plato en la mesa y se sentó en la silla, dispuesta a escuchar, apoyando la barbilla en las palmas de las manos y los codos en la mesa, lo que dijeran las otras sobre aquel extraño lío.

Las otras, al principio, parecían un tanto aleladas hasta que intervino Ina. Brevemente, con un escepticismo imprevisible, razonado y profundo que nunca hubieran sospechado en ella.

—No hace falta. Tontería, tontería grande. Ponen siempre a los que ellos quieren, siempre a los que ellos quieren.. ¡Lo demás son palabras y sólo palabras! No habría que permitirlo.

La Buñuelita se divertía siempre con las réplicas de Ina Nicolaevna, así que en esta ocasión sonrió también; estuvo a punto de soltar la carcajada con la boca llena de empanada, pero se limpió el morrito en un abrir y cerrar de ojos y, muy convencida, tomó la palabra.

—¡Pero se podría comprobar! Tendría que existir un control. A mí no me parese una mala idea. Tiene razón Viorica, en mi bloque hay un tipo que tiene un bufé. Hisso formassión profesional en la espessialidad de estampador,

pero lo contrataron como cossinero. ¡Le prometieron ochossientos leus al día!* ¡Ochossientos! ¡Y se hisso cossinero! Tiene más dinero que pesa. ¡Si vierais su casa! Porsselanas, tapisses, congelador separado, radiocasetes... Tienen todo lo que se les antoja. ¡Cada vess que me los tropiesso, ya han ganado algo! Que si la lotería, las quinielas, las carreras en Ploies,ti... ¡El año pasado les tocó un coche en el sorteo de la Caja de Ahorros! Como tienen tanto dinero, no les falta donde jugar: y ganan, es normal. ¿Entonsses? ¿Dónde está la justissia? Todos esos que viven a sus anchas son los que tienen la suerte de cara.

Por descontado que la camarada Petroianu intervino a tiempo. Contó todo lo que le había dicho Bebe, que había regresado de Brasil, sobre el extraordinario peligro que representan todas esas iniciativas. Que «cierran también las últimas bocanadas de aire fresco», eso había dicho Bebe. O sea que había que dejar la vida un poco a su ritmo, al albur de los acontecimientos. «Si uno quiere controlarlo todo, no le sale nada a derechas. Las buenas intenciones y las órdenes severas, como en el ejército, no valen para nada. El hombre sólo puede ser soldado durante un plazo breve», dijo la camarada Carmen repitiendo palabra por palabra la disertación que le había hecho su marido al regreso de su largo viaje a Río.

Quizá fuera en ese momento cuando Pitusa preguntó, como hablando consigo misma, tímida, a media voz:

–¿Habrá insistido realmente Scarlat en ese asunto?

Las miradas de las otras se volvieron con atención al delicado rostro impenetrable conminándola a decir, de una vez por todas, todo cuanto supiera, pues se había delatado. Por supuesto, de la gueisa de porcelana sólo salió un dulce titubeo lleno de ambigüedad.

–¿Yo qué sé? A su edad sólo parecían preocuparle el sueldo y la pensión.

Aún siguieron charlando y brindando un ratito más y se les fueron las ganas de seguir profundizando en la cuestión, por más que insistiese la homenajeadá. Se había hecho tarde... En el cumpleaños de la camarada Carmen, la fiesta no se celebró en la pausa de la comida (incluso prolongándola en varios intervalos, a escondidas, en grupos de dos o tres que,

de vez en cuando, se escabullían hacia el cuarto del fondo, hasta la hora de cerrar, como se hacía habitualmente), sino que se hizo al terminar la jornada laboral.

Con el alborozo de la cháchara y el rico condumio, el reloj había corrido. No podían arriesgarse a tener que tomar los autobuses nocturnos, que circulaban con menor frecuencia que los diurnos. De forma que, finalmente, recogieron los platos, las empanadas, las botellas, la tarta y todo lo que había quedado y lo metieron en bolsas de plástico que cuidadosamente colocaron en el alféizar de la ventana abierta, al frío, para el aperitivo del día siguiente.

¡Ahora venían Navidad y el cumpleaños de Viorica! La fiesta de esta última se había programado en dos etapas; la primera sería en la pausa del mediodía, una hora, de una y media a dos y media. Los preparativos y el pisolabis habían empezado a las doce y media. Un murmullo general de admiración unió de pronto al colectivo ante la vista de los tentadores manjares y las botellas, dispuestos en ingeniosa formación en las dos mesas del cuarto del fondo.

Ya habían empezado a picotear el bizcocho navideño y a meter el tenedor en la ensalada, la morcilla y los fiambres cuando se oyeron golpes en la puerta de entrada. La propia Viorica, intrigada por la inesperada intromisión, se apartó de los placenteros preliminares para ir a ver quién estaba dando la lata.

Tardó más de lo debido. Reapareció confusa, encantada y pronunciando unas frases misteriosas:

—¡Chicas, me ha felicitado! Incluso me ha traído un ramo de flores. Lo veo y no lo creo. Pero se ha excusado por no poder participar. Tiene que hablar de algo con Carmen. La está esperando allí, señora Petroianu. Tiene que hablar con usted de algo especial.

En cuanto desapareció Carmen, nerviosa y sin comprender quién era el intruso, Viorica, despejó la incógnita:

—¡Scarlat, chicas! Un poco alicaído, me ha pedido que le dijese a Carmen que fuera a verlo.

Se armó un pequeño revuelo y luego decidieron invitarlo, que una de ellas fuese a buscarlo.

Pero como la entrevista se prolongaba, desistieron. En opinión de Viorica no tenía sentido, en balde insistía Geta en que abrieran la puerta, en que se asomasen para que así el intruso terminara antes la visita.

De modo que el prelude fue deslucido e insípido, esperando que la tripulación estuviese al completo. De nada servía mirar continuamente los relojes, Carmen no reaparecía. Cuando por fin volvió, ni siquiera traspasó el umbral de la puerta.

—¡Hale, chicas, a trabajar! Todo el mundo a su sitio. Esta tarde seguiremos.

En efecto, eran más de las dos y media y tenían que volver a su asiento tras la ventanilla. Una a una, abandonaron de mala gana el cuarto de las exquisiteces. Scarlat ya no estaba allí, se había ido. Carmen respondió a la curiosidad general con una lacónica explicación:

—¿Qué queréis? Son cosas suyas.

Lo cual, ni que decir tiene, acrecentó el interés y las sospechas.

Pero tampoco aquella tarde, cuando se cerró la oficina y volvieron todas —si bien algunas no con la misma convicción— al cuarto secreto, se habló más del asunto. Se pasaron el rato hablando de la calidad del vino, de si puede aceptarse honradamente que haya personas que se enfermen por tomar vino peleón, oye, mira esta ensalada, la mayonesa huele por el aceite, nos traen gallinas sifilíticas, qué le vamos a hacer, chicas... Y así siguieron refunfuñando porque se achisparon, perdieron el candado del pico, eso dijo la jefa cuando llegaron tiritando, ya tarde, a la parada del autobús, eso dijo la camarada Carmen, la jefa de la sucursal número 46.

III.4

El camarada propone que los ganadores de los sorteos entre impositores de la Caja de Ahorros, así como de otros sorteos como la lotería, las quinielas o los de ADAS, no sean agraciados por la suerte sino elegidos entre los ciudadanos que lo merezcan. De esta manera, se evita la injusticia que tantas veces comete la suerte, que favorece a quien no lo necesita o a quien, aun cuando lo necesite, no lo merece. Hay numerosos casos en que las ganancias

inesperadas llegan a bolsillos repletos de dinero sucio procedente de elementos depravados, estraperlistas y bergantes que ya tienen demasiado, o van a parar a la alcancía de alguna vieja avara que está con un pie en el hoyo. El dinero o los bienes ofrecidos en esta clase de juegos de azar deberían recompensar a los obreros, campesinos e intelectuales más diligentes y honrados. De esta forma se obtendría una nueva palanca para estimular los esfuerzos en la producción, la agricultura, la creación técnico-científica y para elevar el nivel cualitativo en la fase actual de la revolución multilateral. Ello se ajustaría a la concepción dialéctica y materialista del mundo y de la vida y del papel activo del hombre, el cual no está sujeto a la fatalidad sino que es el dueño, el creador de los acontecimientos.

III.5

El camarada considera que las condiciones de sorteo para titulares de cartillas de ahorro y la lotería han de seguir siendo, aparentemente, las mismas en cuanto a periodicidad, forma de llevarlo a cabo y cantidades destinadas a los agraciados. La selección de éstos es menester hacerla con tiempo, pero no mucho antes de la fecha del sorteo, por una comisión competente y estrictamente secreta. Hay que estudiar de antemano la manera de conservar en absoluto secreto el nombre de los ganadores designados para que nadie pueda albergar la menor sospecha con respecto a las nuevas técnicas de selección empleadas. El camarada propone que se analice, con sumo cuidado, la posibilidad de que los recompensados sientan que, no obstante, su éxito se debe, en realidad, a su comportamiento ejemplar y a la confianza que depositan en ellos los foros dirigentes. Sólo camaradas de una moralidad irreprochable y una entrega demostrada a lo largo de los años comprenderían la alta motivación de tales medidas y guardarían con todo rigor el secreto de Estado, el cual no se confía más que a los mejores de los mejores.

II.4

El insomnio duraba varias semanas, lo torturaba noche tras noche. La dulzura de los amaneceres lo encontraba acurrucado en la alcoba, aturdido de cansancio.

Las pastillas no hacían efecto, apenas si cabeceaba una hora. Permanecía con la mirada perdida en la mancha blanca que palpitaba en el techo, como si velase por momentos la superficie y los rincones. Abría y cerraba los ojos, se revolvía a derecha e izquierda, se colocaba boca abajo; era inútil. Cuando despuntaba el alba, apenas un temblor violeta en la ventana, bajaba de la cama y se sentaba encogido de frío al borde del lecho esperando, impotente, que lo envolviese el silencio límpido del día.

No era sólo la soledad debida a la edad, acentuada por la marcha de su esposa al extranjero a causa del embarazo de la hija. Al contrario, se había adaptado rápidamente a la vida de soltero, la soledad parecía haberle aportado una percepción más libre de la realidad, de la cual lo había alejado la rutina doméstica, trozos perfectamente ordenados de un guión repetido hasta la inconsciencia, la comodidad aparente de los tics que resuelven, que resuelven repetidamente, las pequeñas trastadas y enredos del día, como si abriera de par en par el portón cuya existencia se ha olvidado, por haberse interpuesto una espesa capa de vapor y de fango. Entre el punto de partida y ese cada vez más lejano horizonte brumoso, espeso y ondulante, esa fumata perezosa, uno deambula avanzando sin provecho, entre las arenas revueltas de un desierto, hasta el abismo. Entraba en las tiendas, vagaba por los parques, se abalanzaba a los tranvías para ir a los barrios de las afueras a ver alguna película estúpida de policías y ladrones. Cada día, sí, descubría algo nuevo que lo asfixiaba por completo. Todavía no lograba articular las sensaciones, entrelazarlas, pero sentía algo pesado, viscoso y difuso avanzando por todas partes.

Como si la atmósfera se hubiese llenado de millares de invisibles langostas venenosas que impidiesen a los hombres mirar y mover los brazos. Jadeaban agotados antes de iniciar el trabajo, se miraban con acritud, recelosos, irritados, deseosos solamente de que los dejaran en paz. Qué pasaba, qué pasaba... Sólo le salían débiles palabras... En nuestros tiempos... no era así... De modo que estaba envejeciendo, esos lamentos son siempre la levadura con la que los viejos decrepitos hinchán su nostalgia e impotencia.

Imposible decir cuándo y cómo había acontecido, así pasan los años, sin darse uno cuenta, así, de esa forma tan imperceptible, se sedimenta el polvo venenoso y pérfido que contamina los pulmones y el cielo. Porque parecía haberse oscurecido el cielo y no sólo los pulmones, no era su propia fortaleza la que sufría algo irracional e inevitable, sino la de todos. La energía e inteligencia de los granujas se había incrementado, sí, se habían vuelto más vivos, más ingeniosos, chistosos y emprendedores, se habían multiplicado, iban cubriendo zonas cada vez más extensas, circulaban velozmente, por debajo de la tierra, por los pasajes de vecindad, por los tejados. Seguía pensando en los demás, en otros como él, no necesariamente gentes con preocupaciones superiores, ya no tenía esa pretensión, le repugnaba oír a sus antiguos amigos perorando sobre lo que habían creído y las preguntas que se habían formulado, ¡apaga y vámonos!, ¡a otro perro con ese hueso!, ¡ni hablar!... Habían sido como él hombres del montón, de esos que se habían dejado llevar por la corriente, un poco de escuela, un poco de idiotez, un poco de entusiasmo y algo de ambición, eso era todo. Hombres corrientes pero que porfiaban, sí, porfiaban, no era esa dejadez lamentable y desesperada que descubría en los cuchicheos y la encorvadura prematura que había a su alrededor.

¡Como si nada dependiese ya de ellos!... Como si no pudiesen hacer ya nada por sí solos: otro, en otra parte, decidía por ellos y alteraba sus planes, impidiéndoles proponer y emprender los suyos; los ninguneaban, no los reconocían, despojándolos de su responsabilidad y de su personalidad, sólo asumían, con indiferencia, parcelas establecidas de antemano, que les eran ajenas y hostiles; fuera cual fuese la redistribución, nada iba a cambiar...

Necesitarían una fe fanática o el miedo al castigo: ¡rozar la locura! Si no les ofrecen la alegría inmediata de los frutos del trabajo bien hecho, si todo les importa un rábano, si acumulan en su interior asco, maldad, apatía...

En efecto, no sólo envejecían la mente y el cuerpo de una persona, sino que eran los prolegómenos de una desastrosa y generalizada incubación de vejez que afectaba a toda la población. Más que una edad, era un estado, un abandono, un reposado encogimiento..., una labor diabólica, la encarnación del mal, con bocas y brazos invisibles que se abren sobre nuestros días estúpidos y saquean la esperanza y el valor.

Una tarde serena y de tintes rosáceos, todos esos extraños pensamientos se retorcían en su cerebro como un torbellino, sin darle tregua. Sólo habían pasado dos semanas desde que su esposa se había ido al extranjero. Titubeaba el ocaso, lívido y suave, estaba solo, era un largo atardecer. Sin darse cuenta había apretado el botón del televisor, se sucedían los cuartos y las medias horas, se había quedado clavado frente al rostro habitual de la pantalla... No se oía ni una palabra, no había accionado el botón del sonido. Ya no tenía ganas de nada, pensamientos, lágrimas y pereza, todo mezclado, la casa y la cama... Volvió en sí balbuceando, el botón del televisor saltó a la alfombra de tan fuerte como lo había apretado para apagarlo.

La imagen desapareció, ciertamente, la oscuridad había engullido toda la habitación. El hombre, empapado en sudor, se desabrochó el cuello de la camisa. Fue a tientas hacia el teléfono, no, al interruptor de la luz, no, lo pensó mejor, dio con la puerta del baño. Metió la peluda cabeza bajo el grifo.

No tenía fuerzas para permanecer solo en casa, necesitaba salir, a toda costa, olvidar aquella tarde estúpida.

No se acordaba de si aquella misma tarde había ido a casa de su antiguo compañero, quien desde hacía un tiempo lo invitaba con insistencia. En realidad, no tenía ningunas ganas de que lo recibiera con afecto y con aquel brillo de alegría en los ojos aquel hombre con el que, hay que reconocerlo, en otro tiempo se había portado mal o, más exactamente, aquel hombre al que no había defendido contra la injusticia, aunque tampoco habría podido, pensándolo bien, ni habría servido de nada... Ni la menor huella de reproche, nunca, ni siquiera una comprensible tirantez ni nada por el estilo, ni un gesto tieso, ¡nada de nada! Sólo afecto y charla... Se había idiotizado, eso era, ya ves... La injusticia no siempre fortifica y provoca tesón. O, en el fondo, tal vez sí, en definitiva, así fuese. Era un hombre inteligente, tenaz y de los que no doblaban la cerviz. Y he aquí que acabaron por rehabilitarlo. Probablemente, entonces, cuando le devolvieron sus derechos, la casa, la antigüedad y la pensión, se ablandase de repente, como si, de sopetón, se hubiese idiotizado. Si no, ¿cómo entender que el camarada Fulano, en otro tiempo gran orador dialéctico, hiciera de extra, literalmente de extra, en una película histórica junto a toda esa hez de arpías, vejestorios, putas, trileros y basureros? «¡Qué remedio! Es para matar el tiempo», dijo el infeliz, contando cómo había

convencido también a un antiguo subordinado suyo. Estúpida posibilidad de observar cómo cambian, eso dicen, las relaciones poco a poco: «Claro que cambian. Auricañ hace el papel de un general, yo sólo soy comandante. En las pausas del rodaje, mientras nos fumamos un cigarro o nos atizamos una cerveza, tendrías que ver con qué laconismo contesta, apenas si masculla una palabra, seco y tieso; porque así es el uniforme, cambia a la persona», continuaba el listo soltando sus idioteces.

II.5

Una tarde insípida y desapacible, quizá la misma en que estuvo a punto de romper el televisor, se encontró tocando el timbre en la hermosa villa de Calea Dorobanților. Enseguida se repantigó en un sillón y forcejeó con firmeza ante el ataque de verborrea, como las moscas que se quedan pegadas en el engrudo. Hasta que se dejó llevar por la ola, el enjambre y el zumbido. Es decir, que se opuso; es decir, que explotó, nervioso. Iba a decir él allí algo diferente, a contrapelo, algo que contrariase, que detuviese las palabras almibaradas y los tiernos jeremiqueos que soltaba el dueño de la casa. Y en ese instante entró su señor hijo, el vástago director, el señorito ante cuya presencia, querido señor, uno se pone de pie, esboza una sonrisa tonta y asiente tímidamente, como los viejos, con la cabeza, como un empleado amenazado con el despido. Como si él no hubiese visto al criajo aquel apestando en el cochecito, enfermo de sarampión, expulsado del instituto porque lo pillaron en el váter de las chicas y hospitalizado durante un semestre universitario porque le sacudieron con el palo de hockey... Ahora te daba, protector, palmaditas en la espalda, «qué tal la salud, tío Sile, cómo va todo, cómo va todo, me han dicho que los papeles zumban en la mano del amigo Victoras,, eso dicen sus compañeras, qué le vamos a hacer, eso cuentan ellas. Interesante, interesante, es muy interesante lo que me han dicho, explíquemelo a mí en vez de a mi padre, a mí incluso me interesa, en serio, en serio, eso tiene miga, ¿verdad?, ¿verdad que sí?, tiene miga». Unas veces Sile y otras Victoras,, para demostrarle que se conocían desde antes de la legalización del seudónimo.

Sí, ¡tenía miga! El diablo había prendido la mecha de esa maldita tarde. De manera que repitió, de forma drástica y convincente, la peregrina idea. ¡De acuerdo, que lo ponga por escrito! ¿Qué te parece? Que lo ponga por escrito... Para que lo estudien el presumido ese y otros de su calaña, para que digan con una mueca de desprecio: «Al diablo con ese pedazo de alcornoque de Victoras., mira lo que se le ha pasado por la chola al caduco de Sile, pues sí que son agresivos estos veteranos, piensan demasiado, que se vaya a hacer gárgaras...».

Una tarde torcida, retorcida, un panal de avispas en un corazón lisiado y feo, la furia le había provocado esa loca agitación.. Es como si el pensamiento hubiese estado escondido siempre, esperando salir así, tenue, sinuoso, un rabito, un hilo rojo, candente, papanatas transistor borracho vagabundo que emite códigos extra y guirigay para los veraneantes del manicomio.

Quizá fuera eso, un vértigo venenoso y rebelde que había desviado la ola de la furia, haciéndola brotar en otra parte, en forma de paradojas pueriles que trastornan la mente de los espectadores y los dejan con la boca abierta, como si estuvieran delante de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Vaya, vaya, vaya, amigo mío, la verdad es que no habíamos pensado nunca en semejante posibilidad, sí, sí, ¡es un asunto que merece toda la atención!

Por supuesto, todo el mérito, toda la atención, aunque no fuese más que una imprevisible distorsión, un estado de tedio que se había convertido en pensamiento y provocación... ¡Cualquiera sabe cuánto tiempo habrá llevado escondida esa dinamita fermentada y fétida con la que se podrían alimentar aún muchos años de rencor y de querellas de modo que nadie encuentre tiempo para aburrirse! En definitiva, la verdad es que esa broma, esa idiotez, esa bola no era tan gratuita ni escandalosa... ¡En absoluto! O sea, que esos farsantes y esos charlatanes se merecían una mucho más gorda, ¡palabra de honor! ¡Con el cañón y con el hacha! No una ingenua toma de contacto, una válvula de regulación sobre un pobre empalme secundario, en modo alguno sobre el colector principal de escándalos políticos y chanchullos... Sólo un artificio secreto y bien localizado, un tamiz cualquiera, una pequeña racionalización, y limitamos algo el caos, recompensamos merecidamente, aplicamos los

principios que en otro tiempo nos parecieron correctos y con los que engalanamos todavía los días de bronca y de trompeta, herrumbrosos púlpitos y escenarios.

De manera que el caballerito invitado había apretado hasta el fondo el acelerador de su energía combativa y la hélice giró impulsando la idea a toda velocidad. Una idea que, por lo visto, había atisbado por casualidad, cuando se hallaba bajo los efectos de la furia o de alguna resaca, o que quizás había estado incubando sin saberlo, había estado latente, durante años de espera y de asco. Ahora estallaba como pompas de jabón formando un mosaico multicolor, hasta el punto de que el director se mareó, se le fueron la sonrisa y la jovialidad, cegado por el precipicio sin fondo de las posibilidades que se abrían, como si fueran gangas a mansalva.

No era ningún antojo momentáneo desde el instante en que el empleado había aceptado argumentar su proposición por escrito... ¿Cómo iba a saber que el camarada director quería envolver con su escrito al camarada director general y cavarle la fosa? Pero no era ningún antojo, porque el informante había aceptado renovar sus memoriales y peticiones de audiencia. Antojo habría podido ser si la perseverancia se hubiese prolongado en exceso, hasta producir dolor de cabeza. En absoluto, Victoras, había insistido sólo mientras le pidieron aclaraciones y argumentos, ni más ni menos; se hubiese detenido en cualquier momento.

No sospechaba que estos tipos de hoy no se paran ni ante su madre, ni ante Dios, y menos aún ante los principios. Fulano urde le mueve la silla a Mengano le ríe las gracias a Zutano escala se resbala se rompe la crisma, hala, te has caído con todo el equipo.

Pobre hombre, pese a sus ideas y su preparación política, tuvo que dar marcha atrás, dispuesto a abandonar... Ni siquiera había sido un antojo, sencillamente había sido algo inexplicable, surgido por casualidad, de lo desconocido, quizá también de las profundidades, como acontece con todo lo que parece extraño y es uno mismo el extraño que de repente se ve dando vueltas como un ratón borracho y furioso, una tarde de invierno, manicomio televisor desastre hastío, es menester algo algo otra cosa, lo que sea, conque has mostrado, les has mostrado cómo podrían vengarse... ¡Juntando, incitando y azuzando todavía más las jaurías de perros rabiosos! Que se revuelvan, que

echen espumarajos por la boca mientras les mides los pasos y la ración, ¡toma ya! Disciplina, orden, bien merecido lo tenemos, seamos, hagamos, vigilemos, ojo que ya no se va a escapar ningún chiflado, no se va a colar ningún error, ninguna pausa, ningún contratiempo, ninguna alegría espontánea y alocada. Lo filtraremos todo, los volveremos locos, chillaremos, acorralados, igual que ellos me enseñaban los dientes aquella noche cuando volvía de la villa de Dorobanți, mientras los míos crujían de maldad y de energía. Resucitaba excitado, vigoroso y enrabiado inventando continuamente más filtros, enchufes y llaves de paso, y la nieve crujía blanca y helada: las sábanas estaban frías y rasposas, me dormí enseguida, como no me había sucedido desde hacía mucho, cerré los ojos para no ver aquel rostro familiar, pegado al televisor, al techo y a la ventana de la alcoba, abrí los ojos. Aquél estaba todavía allí, volví a cerrarlos, me dormí, sí, como un niño después de cometer una travesura que es como un premio a todo un día de rabieta y juegos.

Y la noche hilaba el sueño compacto y gris, madeja a madeja, espeso y hediondo. En el mundo sólo existía aquel sueño negro y denso, el pensamiento había muerto, borrado a la vez que la inquietud y la mismísima Tierra, una Tierra que arrojaba olas viscosas de sueño y olvido, balbuceando, entre espumas rojas, palabras incomprensibles, ronquidos de fiera enferma revolcándose en el fuego y la pereza: si los coches funcionaran con sangre, ojalá encontrásemos otro combustible para los coches, camarada Sile, ¿cuándo sustituirán la gasolina por sangre, viejo Victoras,?... Eso musitaba gruñía la noche cansada, alquitrán hirviendo amazacotado y granuloso.

Pesadilla de palabras repetidas, largos, alargados intervalos... El pecho se levantaba, agotado por el peso, cadencias cónicas, castigo, imaginémos la Sangre, nuevo combustible, piensa, en cuanto empezaran a funcionar los motores comenzaría la matanza, la inevitable tremolina, el tenderete trepidaría, tarantela, tromba de truenos tabernas, gallinas, gatos, gorriones y potros, peces y puercos y personas, sí, sí, hombre, descuartizamiento en toda regla, la historia esa de la suerte y la lotería y los premios asignados de antemano, según el mérito de una persona evaluado por otra, una tarde de invierno, manicomio televisor desastre, hastío, era menester otra cosa, ¿verdad?, el asunto de verdad, la Sangre de ave de cerdo de ballena, luego de hombre, por supuesto, llegamos también al espejo, por supuesto. Primero los

asesinos, los locos, los tullidos, los enfermos incurables, después los viejos, los adversarios, los reincidentes, después el tío, después la vecina, después después después, eh amiguito, el control del azar: la manipulación de las ocasiones, la selección la asignación de las recompensas, de las sorpresas. ¡Nada de nada, patrañas, disparates de jubilados! Los grandes problemas del siglo son la energía, Oriente Próximo, los petrodólares, el islam, los muros sagrados, ¡el más terrible de los descubrimientos! ¡El combustible del futuro! Ya veréis adónde llegan la disciplina y el miedo, la humillación, la sumisión y la esquizofrenia de que es capaz la clase superior de los mamíferos-ordenadores... Y contribuiremos todos y tendremos, finalmente, el retrato colectivo, el retrato robot donde poder rastrear el tiempo, el lugar y al individuo.

Por consiguiente, será una noche espesa y gélida. Entre las sábanas mojadas de sudor, la frágil Pitusa, asaeteada por los dolores del niño monstruo que le hinchaba el vientre, se acurrucará atemorizada y alzará los brazos al aire pidiendo ayuda; en una cabaña de montaña, deshabitada, el viajero con rostro y palabras de adolescente, súbitamente despertado de una mala pesadilla nocturna, se verá proyectado ante las ventanas repentinamente abiertas, cegado por el frío farol de la luna, petrificada en su mutismo; el armario de hierro con los expedientes policiales de las biografías crujirá de pronto, haciendo temblar las paredes de los míseros despachos como si, en un instante, se hubiesen hinchado de gemidos y basura; en la parada del tranvía del Matadero el triste funcionario errante se encogerá de frío y terror, asustado por las tremendas dimensiones que cobraba, desde hacía varias horas, su proyecto demencial, ese proyecto que lo iluminaba, lo aterrorizaba y lo torturaba, presa de una exaltación viril e impotente, como si hubiese recobrado instantáneamente el delirio de la infancia trastornada, en la cual ya no tenía fuerzas para reconocerse...

Y sólo habrá unos turbios vértigos de color violeta, pocas horas antes de un día sereno y modesto que nos enlazará de nuevo con las líneas saltarinas e ilegibles de un párrafo equívoco de una canción cuartelera, en el que cotizamos, solidarios y en secreto, nuestra parte alícuota de esperanza siempre desplazada y aplazada, pobre contribución personal olvidada. ¡El anónimo y efímero parte meteorológico de la colectividad! Melómanos aficionados,

clasificados en la confusión de la pulsación robotizada, desajustada e incesante. Nuestro desconcierto puntual, palpitación impulso de un instante, ensordecedora, antes del tamtam del silencio.

IV

Recuperado tras una breve convalecencia en la montaña, bajará de nuevo a la gran ciudad roma y andrajosa, durante un tiempo caminará a tientas, al amanecer, por sus calles intransitables y sin luz. Desde la estación hasta las nuevas cajas de cemento de la periferia, donde buscará su antiguo domicilio, irá andando con la raída mochila a la espalda mientras se alce sobre los charcos del barrio una mañana despejada de invierno.

Será una dulce mañana de sol cuando se detenga en el ruidoso cruce de calles atestadas de autobuses y tranvías, delante de una antigua tienda de barrio, en la actualidad sucursal de la Caja de Ahorros. Se quitará el macuto de la espalda y se enrollará la correa al brazo. Asirá con fuerza la manija y empujará ligeramente la puerta, repentinamente despierto por el sonido que le confirmará su extraña peripecia. Había sonado la campanilla encima de la puerta, como era costumbre en las antiguas tiendas. Las señoras de la Caja de Ahorros no la habían desmontado, seguramente al principio les habría divertido oír ese sonido festivo y de compras de la campanilla que desde hacía un tiempo ya no oían.

Un caballero corriente, un poco pasmado, educado, que observaba sin prisas y con tierna curiosidad a quienes lo rodeaban, tal era el aspecto del extraño con rostro de adolescente. El estudiante de secundaria, universitario, erudito de edad imprecisa, anacoreta, alpinista o lo que diablos fuese, dejó el macuto en una silla al lado de la que se había sentado.

Miraba escuchaba rememoraba las palabras, los movimientos del cuarteto reunido en torno a una joven pálida y elegante a la que le decían Pitusa y que estaba contando algo con fluidez y de forma reposada.

—He pasado una mala noche, estaba sola en casa. El teléfono me asustó, todavía no se había hecho de día. Me dijo que la idea había sido suya, pero que jamás se le hubiera ocurrido ponerla en práctica. Le vino así, de sopetón,

pero le dio la impresión de que era algo interesante, fuera de lo normal. No habría insistido si no le hubiese interesado al jefe, pero se empeñó cuando cayó en la cuenta de que el jefe quería quedarse con ella, hacerla pasar por suya. Y conocía al jefe desde hace mucho tiempo, desde que era niño. Pero se asustó cuando, de golpe y porrazo, vio que el jefe le encargaba una vez más que defendiese él mismo la propuesta. Pero no se prestó, nunca habría permitido que el jefe la utilizara. Incluso le metieron una bronca, pero a él no podían hacerle nada. Ya no pueden hacerle nada... Pero no pudo soportar que el jefe pareciera reírse de él cuando vio que no podría utilizar su idea para sus propios tejemanejes, que lo mirara por encima del hombro. En un comienzo estaba entusiasmado, lo obligó a insistir con aclaraciones y justificaciones de principio, citas de fulano y mengano, pero él aún no estaba seguro de si eso sería una maniobra para desanimarlo durante un tiempo para después, el día menos pensado, cogerla él por su cuenta en el momento propicio, pero yo he estado mala y con náuseas toda la noche, no entendía lo que me estaba contando. Estaba solo en casa, parecía enfermo. Más que nada por lástima, lo dejé hablar hasta el final. Se había pasado horas enteras en la parada del tranvía, junto al Matadero, acababa de llegar a su casa. Pero a mí todo me daba vueltas y apenas si lo oía.

Las compañeras parecían más asombradas de la locuacidad de la joven enferma que de las noticias que les suministraba. Conque, al rato, cada cual se fue a su sitio. No había mucha gente en la oficina. Una oficina periférica que el extraño daba la impresión de conocer hacía ya tiempo. La campanilla de la puerta le recordaba algo sin saber bien qué... Las empleadas lo dejaban en paz, que se quedase allí sentado, para recuperarse, en aquella silla junto a la entrada. Le sobraría tiempo para pensar en que un superviviente que acababa de llegar de los hornos todavía humeantes de la guerra, sin más recursos identidad biografía que el carné de miembro de la Asociación de Ex Presos y Desaparecidos, tenía que encontrar a algún tío lejano o a algún primo segundo o tercero del vecino que vivía en la casa de al lado, de donde se lo habían llevado mucho tiempo atrás, desde siempre... Se habría enterado de lo que *había acaecido en todos aquellos años en la mente y en los brazos*, las sendas los vericuetos el ascenso la caída, de qué manera se fijó aquella idea, qué relación había entre un hipotético vecino, un tío o un instructor y aquel

niño hombre que tenía que hablar por la tarde en el Instituto de Futurología sobre *Lo condicional reflejado en la biografía de los términos de extrapolación*, título algo pretencioso para el ex miembro, un ex socio como él, un niño-testigo cualquiera, combustible él mismo, el combustible del siglo sangre, al que también el directorcito de Futurología quería en «índices de octano»... Esa estrella telegénica, servil, políglota, infame y perfumada, que siempre estaba haciendo chistes y paradojas: ¡*el prototipo de retrato robot!* El anuncio de una institución inútil y embustera, hatajo de fracasados dispuestos a glorificar la pérdida de tiempo y a superarse en empresas péfidas y licenciosas.

Derrumbado y con la mente en blanco en aquella silla de la entrada de la sucursal, reparé en que no podía omitir, en la ficha personal que tenía que acompañar a la descripción de los síntomas que habían trastornado mis últimos años, ni los chistes de mucho efecto que conmigo compartían las saltarinas gorrioncitas de la ventanilla, ni el escándalo que estalló en la tienda de enfrente, donde los que hacían la cola para el queso armaron una tremenda barahúnda, ni la avería en el suministro eléctrico que paralizó todos los tranvías por falta de corriente. O sea, *el nuevo combustible que podría modificar movilizar aniquilarlo todo, todo, absolutamente todo...* ¡Hay que tenerlo en cuenta y establecer las relaciones pertinentes! Estratificado, relacionado, habrá de aparecer como un todo en el que quepa cuanto afecte a la vida y a la población..., como decía el borracho aquel del que las empleadas comentaban que se sabía de memoria cientos de páginas de autobiografías y de informes, que en otro tiempo se había dedicado sólo a eso, que sólo sabía hablar en el lenguaje estereotipado propio de aquéllos, eso tenía que detallar durante mi exposición, mencionando las fuentes que fundamentan tan docta elaboración descriptiva, tan endeble atrevimiento analítico..., ambigua solución de continuidad, como dicen los especialistas.

No existe otra solución de continuidad que la mañana trivial y luminosa, de manera que tendré la imagen pánfila y los ademanes anárquicos de un brillante estudiante de cualquier cosa. Decididamente, me ocuparé de recoger mi premio olvidado antaño, antes de la guerra, antes de la crisis, cuando había grandes premios consistentes en objetos, en viajes, en casas y no recuerdo en qué más, ni siquiera sabía de qué color era la cartilla.

Pero no habrá sorpresa ni enfado, quizá sólo haya sido un malentendido, un descuido, porque aquella empleada delgada y rubia sólo chapurreaba el rumano. Y, sin embargo, se dio cuenta del error. Hubo de admitir que, en efecto, la dirección ya no valía, era mi antigua dirección, había que renovar necesariamente el boletín de identidad caducado para que apareciera el nuevo domicilio estable y los cuños de rigor.

Sin embargo, tenía sentido del humor, era graciosa, como aquella suave y desmadejada mañana de invierno. No se oponía a que lo consignásemos por escrito, a que levantásemos un acta. Pero que lo hiciésemos de forma verbal antes de escribirla, los dos, uno después de otro, musitando con los labios las palabras, una tras otra... Un ejercicio preliminar que teníamos que completar, consagrar y rematar los dos juntos por escrito en el presente. Sólo *así podríamos tener una prueba, es decir, preservar, prolongar el presente...* De forma que empezáramos la transcripción con mano trémula, deteniéndonos tras cada palabra para dar con la más idónea, la que abarcase todos los estratos de una mañana, el historiador del acontecimiento, el personaje, el día, si lo prefieren, algo que pudiese ser día siglo o semana, siempre, siempre *presente, porque consta por escrito*: «certificamos que hoy, fulano de tal, en el día cual, ha venido a retirar de nuestra oficina..., el susodicho demuestra que de hecho y de derecho»... Lo cual puede significar: en esta mañana mediocre, fría y permisiva, adelantamos, con todo lo que llevamos a nuestras espaldas, calendario, certificados, cartogramas, peligros, historias, barrabasadas, adornos, la espera fría del día, nuestro castigo, alegría desesperanza, la alforja de cada uno.

Una ventana a la clase trabajadora

El domingo estira los brazos... Miriápodo pegajoso y hambriento. Red fina como un cabello. Edredón y nubes, lecho pérfido bajo el océano espeso e infinito de la noche.

Pacificación bendita y maldita... Ojalá se pudiera prolongar mucho, hasta donde fuera posible, y anular los ruidos, el pensamiento, el veneno del cansancio, la pesadilla de las edades anudadas, la cercanía y la lejanía, el pasado congelado en un cielo denso e ilegible y el futuro encerrado en el atroz reloj. Tic tac, el futuro ya es pasado. El caparazón oxidado devora a granel instantes, células, cuerpos y sueños, tic tac, no hay escapatoria.

La luz envía su primera saeta, su primera flecha oblicua, y la clava en el cuerpo encogido. El cuerpo se estira perezosamente: dos cuerpos que se deslizan con suavidad, el uno a la izquierda y el otro a la derecha. La placenta del sueño agitado por oscuras tormentas se rompe en un instante, aniquilada por un solo movimiento: la crueldad del día que llama a sus huérfanos.

La mujer se desliza ligeramente a la derecha, el hombre se gira pesadamente hacia la izquierda, la luz crece entre los barrotes de la madrugada.

Luego, un susurro: «Mira, otra vez esta luz... Te lo había pedido, te lo he pedido tantas veces...». El vaho de la respiración infantil arrullando las palabras. «Esta... luz..., había pedido..., lo sabías..., una y otra vez..., suplicio, el mismo suplicio.»

Otra vez, en efecto, como en las últimas semanas, el domingo recupera a sus cautivos. ¡Había que reparar esa maldita persiana, en efecto!

–Otra vez la ventana esta... Pero si te lo había pedido. Todos los días te lo he recordado. Sabes cuantísimo me molesta, te había pedido que buscaras a alguien que la reparase. Sólo es una simple persiana. No debe de ser tan complicado. Se puede encontrar a alguien que la arregle.

Se mueven a tientas, medio dormidos, en la marisma del cansancio bajo el terror de la noche. La ducha, el café. Despiertos del todo, pesados, la cabeza despejada, malhumorados, ante las negras tazas. Ya pertenecen al nuevo día, no tienen escapatoria, ninguna.

Los tranvías traquetean por alguna parte, lejos, cerca, por debajo, por encima, los autobuses los trolebuses los obuses, imposible percibir el sarcástico tictac de la tortuga gordinflona en el dormitorio. Acechan el reloj, no lo oyen. Pero saben que el metrónomo va royendo escrupulosamente el veneno del calendario.

Frente a frente, hundidos en los dos viejos sillones de terciopelo, miran el círculo negro de las tazas colocadas simétricamente sobre la mesita negra y brillante. La mano blanca y larga pasa un dedo largo y pálido por el borde negro. El camisón transparente se desliza por la espalda con un breve murmullo gatuno. El brazo largo y blanco detiene la caricia de la seda. El brazo vacila en el aire, baja, y la mano abarca el cilindro de la taza de café.

—No he dormido todo lo que quería... Otra vez esta larga mañana. Voy a ir al cementerio. Pero no me quedará mucho tiempo. Dentro de una hora estaré de vuelta.

Es la mujer quien habla de nuevo, luego enmudece. Mira al hombre, que está en silencio. Sorben al mismo tiempo el café y se miran. La mañana permite tales preliminares. Autobuses trolebuses tanques y tranvías enmudecen por un instante. Se oye el pulso mesurado de la tortuga cronómetro que se traga rítmica y uniformemente las esperanzas.

—Ordena esos cuadernos. Hay que buscarles otro sitio. Aquí en casa son fáciles de encontrar... Quizás aquella noche fuera eso lo que querían de él, los cuadernos. Quién sabe si no murió precisamente a causa de ellos...

El hombre calla, cierra los ojos y espera la continuación. Los abre y espera.

—Lo más urgente son los cuadernos. Hay que ordenarlos y ponerlos en sitio seguro. Es todo lo que nos ha quedado de él. Y no hay sólo poesías, ya lo sabes...

La barbarie de la calle irrumpe por todas partes cercando la jaula.

De pronto, una misma alarma los sobresalta. El timbre. Primero, un timbrazo largo. Luego, una pausa larga. Otra vez, breve, tímido.

—¿Quién será? Un domingo por la mañana..., parece que no tiene uno derecho a descansar... ¿Quién será a estas horas?

Delante de la puerta de entrada, no, a cierta distancia de la puerta, casi pegado a la pared del pasillo, una especie de gabán gris que llega hasta el suelo. Del cuello estrecho sale un rostro chupado y pálido. Los ojos grandes, brillantes e inquietos.

–Perdonen si... A lo mejor molesto. –El tono bajo de la voz acentúa la impresión de timidez y humildad. Pero no espera a que le pidan explicaciones—. Tienen la persiana estropeada. Si quieren, se la arreglo.

Impacto seco y preciso, en el centro de la diana. Una sorpresa con efecto seguro.

–Pues sí, sí, pero ¿cómo lo sabe?

–Se ve desde la calle. Se ha roto la cuerda, o sea, la cinta. Eso de donde se tira. Se ha bloqueado por dentro, lo sé. Por eso está la persiana así, caída por un lado. Ni subida ni bajada. Eso, las tablillas, o como se diga, caen de un lado.

–¡Así es! Tiene razón... Pero ¿cómo sabía el piso que era? ¿Cómo nos ha encontrado?

–Lo calculé mirando la fachada. Tercer piso, izquierda... Era fácil.

–Hum, sí, no hablemos más. Entre, entre, por favor.

La puerta se abre. El hombrecillo se acerca y luego da un paso atrás. Levanta del suelo un maletín viejo, abultado y pesado.

–Entre, entre, vamos. Déjelo, no se quite los zapatos, no, no hace falta...

Pero se descalza en un abrir y cerrar de ojos y se queda en calcetines. Cuelga el gabán en el perchero y deja el maletín, ya abierto, en el suelo junto a los zapatos. Se ven tornillos, destornilladores, alicates, tuercas, llaves, clavos, cuerdas... Todos los instrumentos del juego.

Se detiene un momento en el recibidor y pasa al dormitorio. Menudo, encorvado, huesudo, dueño de la situación. Mira la ventana de un lado a otro. Sus gestos son firmes y libres, sin rastro de la prudencia inicial.

–Les costará cien leus. Si quieren, empezamos. Cien leus.

Encoge, indolente, sus hombros flacos. Manos grandes, brazos demasiado largos cayéndole por un cuerpo pequeño y huesudo. Se vuelve nervioso, y se pasa la mano por el pelo cortado a cepillo. Los brazos en jarras, en actitud de espera.

–En una hora está lista. Lo que le he dicho, cien.

–Es mucho. ¿Por qué cien?

–Lo que vale. Cien. Lo que arreglo yo, dura. La cinta fuerte dura toda la vida. El cordón, o sea, la cuerda de donde tiran. Tengo de las antiguas, de las que no se rompen.

–Bien, bien, pero cien es mucho... Ya hablaremos luego, usted empiece a trabajar y después sacaremos cuentas. Nos entenderemos, pierda cuidado.

–No, no. Tengo que saberlo de antemano. Ya se lo he dicho, cien.

–Déjelo, ya veremos. Entre, entre, mire, todavía no hemos tenido tiempo de hacer la cama.

–¿Tienen una escalera? Hace falta una escalera. Y periódicos, para el suelo, para que no se ensucie.

Le traen la escalera de la biblioteca. La ajusta y la coloca sobre los periódicos traídos del recibidor.

En ese momento sale la señora del baño, lista para marcharse. Se detiene en el umbral del dormitorio. Mira con desconfianza al pequeño menestral subido en la escalera. Rubia, delicada y con aire preocupado. Cierra con cuidado la puerta del dormitorio. Se oyen susurros en el recibidor. Luego, rumor de ropas. Seguidamente, la puerta de la calle.

–¿Qué tal va eso? ¿Lo consigue?

–En eso estamos. Se ha roto la cinta por dentro, ya se lo he dicho. Tengo de las antiguas, fuertes, no volverá a romperse...

El señor en vaqueros y un jersey de estar por casa se retira. Un cuarto de hora después, el artesano se dirige hacia el salón, donde el dueño de la casa está leyendo una revista. Se detiene junto a la puerta de cristales, abierta. Mira la habitación, los sillones, el escritorio y la biblioteca.

–¡Cuántos libros! Libros y más libros, por todas partes.

El señor levanta la mirada de la revista y hace un signo de aprobación.

–Muchos libros, tiene muchos libros. Lo vi enseguida, noté que aquí había algo especial.

El dueño de la casa sonríe y pone la revista a un lado. Espera. El momento como una astilla se lo ha tragado ya el cronómetro, jap, oac, murmura el viejo batracio.

–Está ocupado. Veo que está ocupado y que no...

–Estaba leyendo una revista. Nada importante, puede entrar.

–Pues si se dedica a esto... Quiero decir, a los libros. Lee, ya veo a qué se dedica. A leer y leer.

–No molesta, puede entrar.

–¿Se ha marchado la señora? Bueno, si se ha marchado... Quizás ahora podría pedirle..., ya que ahora podemos hablar... En caso contrario, yo no habría...

–Diga, diga lo que tenga que decir. Venga, oigamos, diga, adelante.

–He visto los libros y se me ha ocurrido... Quizá podría ayudarme... a escribir algo.

Rostro huesudo, con el ceño fruncido. Los pantalones colgando de una correa gastada, camisa fina, muy limpia y de manga corta, de niño. Ojos vivos y rápidos.

–¿Tiene algún contratiempo? ¿Quiere que le haga una instancia? ¿Es eso lo que quiere?

–Tengo algún contratiempo, sí. Pero ya volveré en otra ocasión, cuando esté menos ocupado. Por la tarde. Eso es, una tarde, después de la siesta...

–Está bien, venga cuando quiera. Por las mañanas también estoy en casa.

–¿Ah, sí? O sea, ¿trabaja usted en casa? Mejor por la mañana, claro. Puede que venga una mañana, cuando esté solo...

Se retira con pasos menudos, balanceando sus cortas piernas sobre sus anchas plantas de los pies envueltos en calcetines anchos.

Acaba el trabajo en el tiempo previsto, recoge los tornillos clavos alicates rollos de cuerda y lo arroja todo en el viejo maletín. En ese momento reaparece la señora de la casa. Entonces da la sensación de empequeñecerse y acelera sus movimientos. El hombre pide una escoba, recoge cuidadosamente los residuos, le dice al dueño que compruebe el funcionamiento de la persiana, que le confirme si todo está en regla y pide permiso para lavarse las manos. Envuelve el billete de cien leus en el pañuelo y se marcha.

Mañana lluviosa y templada. El timbre. Una vez, largo. Pausa larga. Otra vez, corto y tímido. Otra pausa. El inquilino todavía está aturdido por el sueño y el insomnio. Apenas si distingue al desconocido que se mantiene, hecho un ovillo, a gran distancia de la puerta.

–Ah, es usted... Está bien, pase.

La visión se desprende de la pared del pasillo. Se acerca, entra, se ha descalzado, tiene ya los zapatos en la mano izquierda.

–No era menester, no hacía falta. En fin... Entre, entre. Deje el maletín aquí, en el recibidor, y pase. Pase, no me molesta, no, no, no molesta. Siéntese. Voy a hacer un café y vuelvo. Le hago otro a usted, vuelvo enseguida.

En efecto, vuelve enseguida con la bandeja y las tazas. El visitante tieso y cohibido en el sillón. Después de media hora de respuestas lacónicas, se distiende, finalmente.

–Ya lo he visto... Usted es distinto, puedo tener confianza. Sólo hay dos personas en este país que puedan ayudarme. El mandamás, pero yo no puedo llegar tan alto. O el gordo ese del periódico y de la televisión, el listo ese que lía a todo el mundo como quiere.

–Bébase el café, bébaselo que se enfría.

–Antiguamente sí que sabía cómo apañármelas. Antiguamente se podía. Éramos ocho hermanos en casa. Casa de campesinos pobres, era duro de verdad. Huí de la aldea a los doce años. Me fui a la ciudad, sabía adónde ir. Estuve varias horas delante de la puerta. Pero al final me dejaron entrar y me escucharon. Me metieron en una escuela de aprendices. Así aprendí el oficio. Entonces aún había puertas donde llamar, te escuchaban...

–Bébase el café, veo que ni lo ha probado...

–Preocupaciones, disgustos... Me han fastidiado mucho... He ido al médico. No bebo café, es mejor que no beba. Todo ha cambiado... Nadie presta atención a un hombre amargado. Ahora todo se hace bajo cuerda. Uno tiene que tener parientes o contactos allá arriba, donde a cada uno le dan el pan. Hace diez o quince años las cosas eran de otra manera. Yo vivía con mi mujer y dos hijos en una habitación de servicio de dos por dos, y nos ahogábamos. Un día me fui al parque. Me acerqué al fotógrafo. Uno de esos fotógrafos que hay en los parques. Le dije lo que quería. Se me quedó mirando. Me dijo que no lo haría. «Yo no hago eso, sé lo que quieres, saldrá mal, no lo hago.» Le puse en la mano quinientos leus. ¡Quinientos leus! El pobre se asustó. Creyó que yo estaba loco. Se asustó y rechazó el dinero. Al final, cedió. Hizo las fotos pero le juré que no diría nunca quién las había hecho...

–¿Quiere un té? ¿Un tentempié?

No oye. La firmeza de la voz y la arruga de concentración a la izquierda de la frente son como las de aquel domingo por la mañana cuando advertí desde la calle la persiana estropeada que tenía que reparar él y no otro y a un precio fijado de antemano. Ni rastro alguno de la vacilación y humilde timidez con que ha aparecido antes en la puerta, lejos del umbral, pegado a la pared opuesta del pasillo.

—Una mañana salté delante del coche oficial. Al lado mismo de la villa..., lo había averiguado todo: la hora, el itinerario, el momento adecuado. ¿Cómo? Bueno, es una larga historia... Intenté hacer reparaciones en casa de los peces gordos. Busqué la forma de entrar allí, en ese barrio especial. Alguien me metió en casa de un jefe de segunda fila. Para arreglarle esto y lo otro. Me traje frito meses enteros. Poco dinero, pero no regateé, le hice de todo. Yo lo sé reparar todo, cerraduras, los fogones de la cocina, el lavabo, armarios, todo. Al final le dije: «Mire, he estado trabajando por la cara, así de simple, ahora ayúdeme a mí. Un consejo nada más». Yo trabajaba después de salir de la fábrica, todos los días, hasta bien entrada la noche, le puse toda la casa a punto por cuatro perras. No se podía negar. Me explicó que en la calle de al lado, en el número tal, vivía el camarada... Uno de los grandes, un peso pesado. No importa quién sea, un nombre importante que ahora ha caído en desgracia, los cambian continuamente, no sea que vayan a hacerse con algo de poder. Estuve varios días acechando... y me tiré delante del coche. Salieron de todas partes, ya sabe usted lo que pasa... Hay guardias en todas partes y en un santiamén te liquidan. Pero el jefe hizo un ademán para que me soltaran. «¿Qué es eso? ¿Qué ha ocurrido? Acércate.» Y le tendí las fotos. Un memorial entero, con fotografías y todo. Me lo había enseñado aquel, el tuerto con el que había estado trabajando. El jefe este me miró a mí, miró los papeles, otra vez los papeles y luego a mí. «Vale, si es verdad lo que dices aquí..., lo comprobaremos y ya veremos.» Dos días después me mudaba. Me dieron un piso. Eran otros tiempos... No digo que fueran buenos, ay de mí. Pero uno podía ir aquí y allá, pedir y armar bulla. Ahora, sólo se consigue con dinero, mentiras, parientes y rodeos. —Levanta un rollo de papeles envuelto en un periódico. Lo tenía entre las rodillas y lo sostuvo como arma amenazadora—.

Hoy, llegar hasta el mandamás no es posible. Y los otros ya no pueden hacer nada. Muchos han tenido suerte gracias al gordo de la revista, que sale también en la televisión. Imagino que lo conocerá, ha de conocerlo.

–Lo conozco igual que lo conoce todo el país. O sea, no lo conozco, pero le redactaré la carta, si lo desea. Quizá tenga suerte. Si a él le conviene el asunto, ayudará. Sólo si le conviene a él, si puede sacar algún provecho. A lo mejor tiene suerte y lo ayuda a usted...

Abre el rollo, coloca sobre la mesa un tocho de hojas de papel escritas por completo con letra grande e infantil inclinada a la izquierda.

–Aquí está todo escrito. Pero se lo cuento yo primero. Tengo la categoría ocho. En nuestra sección, en calderas, soy de los más antiguos. Mientras el capataz estuvo en activo las cosas marchaban, no tenía problemas. Hace dos años trajeron a uno nuevo de provincias. Le dieron casa, de todo. Tenía buenas agarraderas, eso estaba más claro que el agua. Se pasaba más tiempo en reuniones que en la nave. Si uno no se ponía en contra suya, no era malo. Bromista, se llevaba bien con el director y con los otros, sabía cómo llevar la cosa. Yo no tenía nada contra él, me dejaba en paz. Pero yo no iba a beber. Él fue quien introdujo esa costumbre. El día de paga, todo el mundo a empinar el codo. Todos, el equipo entero. Sin falta, todos. Yo no bebo, ¿sabe?, y además reparo cosas fuera de las horas de trabajo, es cierto. Tengo cuatro hijos, no es fácil. Mi mujer no trabaja, no era posible, cuatro hijos... Le dije que se quedara en casa, con los niños.

El dueño de la casa se inclina sobre la mesita de cristal y coge las hojas. Las hojea, mueve la cabeza, diríase que ha encontrado exactamente lo que esperaba.

–No iba a beber pero al final acabé yendo. Era imposible negarse, no fuese a creer que tenía algo contra él... Iban siempre al mismo sitio. EL PRESIDENTE, así le decían, aunque se llamaba de otra manera, no me acuerdo cómo. Un local pequeño y sucio, lleno de humo, todo apreturas, pero con asientos de terciopelo rojo y precios altos. Empezaban poco a poco hasta que se emborrachaban todos. Ésa era la regla, no admitían que nadie se apartara de ella. Horas y horas, toda la noche. Al final, la cuenta... Pero, ay, el jefe no pagaba. Los otros lo invitaban. No dije nada y di mi parte. Pero no volví más.

Después ellos me pidieron que diera mi parte para el jefe. No quise y no la di. «Da tú también algo, lo que sea», decían. No quise, yo fui el único que no dio. Ay, así empezó...

El oyente asiente, comprensivo, con la cabeza, pone la pila de hojas a un lado y mira con creciente atención al personaje que tiene delante. El silencio se prolonga, las hojas permanecen en su sitio tranquilamente durante horas. El atardecer las saca de su tranquilidad... La mano apresurada del hombre cansado las toca de nuevo, saca unas cuantas, las separa y se pasea con ellas en la mano por la habitación. Está solo, unos paños violeta y gris cubren la ventana, el susurro nocturno interfiere el cronómetro.

«¿Acaso no se sabe que este obrero no se ha retrasado nunca, en veinticinco años de trabajo en esta empresa, y que el día que sucedió estaba bloqueada toda la circulación de la ciudad?» La frase impone su ritmo, su tonalidad... «¿Por qué han quitado a este obrero de la sección de calderas y lo han trasladado al equipo de mantenimiento de la empresa, perdiendo así cuatrocientos leus al mes?»

—En estos folios estaban las preguntas preparadas para el tribunal —le explica por la noche el marido a su mujer. Tiene en la mano el mamotreto de folios, que tiemblan por la excitación del lector—. Expresado de forma simple e inteligente. Se entiende perfectamente la historia... ¿En qué se basó el camarada capataz para trasladar al obrero al turno de noche, aunque se había establecido que quienes tuviesen familia numerosa y muchos años de antigüedad estaban excluidos de ese turno? ¿Por qué le daban a él los trabajos más duros y urgentes y no le pagaban acorde a esos trabajos? ¿Por qué motivo quitaron a este obrero de la sección de calderas? ¿Por qué cuando estuvo enfermo le dijeron que los enfermos no tenían sitio en la empresa? ¿Por qué le descontaron a este obrero un día de trabajo por llegar media hora tarde? ¿Por qué cuando pidió ser recibido por el director, o en el sindicato o en el Ministerio, le advirtieron que se portase bien y se quedase en su sitio si no quería pasarlo aún peor?

—¿Pero al final ha arreglado los fuegos de la cocina u os habéis pasado las horas muertas de charla y no ha tenido tiempo? —pregunta sonriendo la esposa.

–Los ha arreglado. Los arregló mientras yo le escribía la carta a la revista. Cree que el puerco ese le va a resolver algo... Una especie de segundo de a bordo en el Estado, eso cree la gente. Saben que antes juega sus propias cartas, pero no tienen otro a quien dirigirse y acuden a él como si fuera un brujo. Para que los saque en sus páginas, para que vuelvan a ser seres humanos y alguien los tome en serio. Eso esperan todos, en realidad, una legitimación. Recobrar la confianza, eso quieren. Abrumados de problemas y rodeados de trampas, ya no saben qué hacer ni cómo... Le he escrito la carta con sumo cuidado, para que emocione al payaso ese. Pero todos mis intentos de convencerlo para que acepte un compromiso con los de la fábrica no han tenido ningún eco. Le he explicado que un hombre solo no puede enfrentarse a un sistema tan corrupto, que lo van a destruir. Ni me oía... Hay una tenacidad tremenda en este hombrecillo. Ya lo has visto, ¡un chiquilicuatro! Diligente, honrado y vanidoso. Que entiende de todo y recibe bofetadas por todos lados.

–¿Y cuánto te ha cobrado? ¿Otra vez cien leus? ¿Fijo, cien?

–No, esta vez no. Ha reparado la cocina, la puerta del baño y las ruedas de la maleta. Cuando iba a pagarle, me dijo que no hacía falta... Insistí pero no quiso. Que el tiempo que había perdido él era el que había perdido yo con la carta, que no hacía falta, que no le diera nada.

Vienen los calores, se estropea la ducha. Telefonean al menestral y el menestral que vuelve a la mañana siguiente.

El timbre suena tímidamente, apenas lo roza. Como de costumbre, se mantiene lejos de la puerta. Habitado ya a él, a la aparición de este hombre aññado, soñoliento, con los vaqueros colgando y camisa gruesa a cuadros con los faldones fuera.

–Perdone la molestia, pero creía que... Me dijo mi mujer que había telefoneado.

–Entre, entre, por favor. Enseguida preparo café. Ah, se me olvidaba que usted no toma café. Le haré un té, ¿vale? Un momento, sólo un momento. No se descalce, no vale la pena..., de verdad, no se descalce.

El visitante ya tiene los zapatos en la mano, el maletín ya está abierto junto al perchero, el menestral hurga dentro del viejo y abultado maletín, entre tornillos, grifos, tuercas, frasquitos, alambres, cuerdas y Dios sabe qué más.

El señor se retira a tomarse el café. Regresa luego con una bandeja sobre la que hay una taza de té y un trozo de bizcocho. El menestral lo rehúsa. El dueño de la casa vuelve instantes después y se queda junto a la puerta, sin saber qué decir.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo marcha el proceso?

—¡Ah! He ganado. He ganado pero no me han dado los catorce mil que pedí; me dan sólo seis mil leus.

—¿Ha ganado? ¡Jamás lo habría creído! ¡Formidable, hombre! Nunca había oído decir que nadie le ganase un juicio a una empresa, al Estado. ¡Chapó! ¡Es inaudito! Y sin abogado, ¡eso es el colmo! Decía que no quería abogado, que usted sabía la verdad y que la diría usted solo.

—He recurrido. No acepto que me tiren dinero así, por lástima. Quiero lo que me corresponde. No tienen alternativa... Han de darme lo que me corresponde. Catorce mil, lo que calculé. Los descuentos por bajarme de categoría, las bajas médicas y primas correspondientes.

—¡Mándelo a hacer gárgaras, hombre! Se va a dejar la salud en los tribunales. Si han perdido el pleito y lo readmiten en su puesto de trabajo, se acabó la historia. Tranquilícese y deje de ir de acá para allá.

—Deje usted, que el pan me lo gano yo... Ése no es el problema. Quiero lo que me corresponde. Mi sitio. Porque si no, el mundo se va a hacer puñetas, se lo digo yo. Nadie cree ya en nada. Han desaparecido el honor, la fe y la palabra de un hombre. Si las cosas son así, no vale la pena vivir. Para vivir sin alma y sin ley, mejor sin nada. ¿Puedo lavarme las manos?

—Claro que sí. Utilice esa toalla.

Se lava cuidadosamente las manos ennegrecidas. Duda en secarse con la toalla del lavabo. Se queda con las manos mojadas en el aire. Finalmente, coge la toalla con un movimiento rápido y torpe. Recoge los tornillos, los grifos y las tuercas, pide una escoba, lo barre todo minuciosamente y se dispone a marcharse.

—¿Cuánto le debo?

—Pues cien leus.

Es difícil reprimir una sonrisa.

–¿Cómo es eso? ¿Acaso tiene usted un precio fijo para todo?

–Cien leus ya no son nada hoy en día. Le he cambiado el tubo de la ducha. En una tienda cuesta treinta y dos leus y es malo, se oxida enseguida. He puesto uno bueno, de los que duran. También he arreglado los grifos para que no pierdan agua. Le he quitado toda la suciedad al sifón del váter para que no se emboce. Deme cien leus y aún queda algo para la próxima vez. Yo llevo la cuenta, no se preocupe.

–Significa que nos volveremos a ver... –El inquilino esboza una sonrisa que debe acabar en risa.

–Pues claro. Adiós, que el Señor le dé salud.

O sea, que el verano dure mucho... Vuelve a tener noticias del luchador solitario, en forma de resumen retrospectivo, una fría noche de diciembre.

Grupos numerosos y compactos de gente se apiñan en la parada del autobús. No es la primera vez que el transporte público se convierte en blanco de las maldiciones y denuestos de la población. Amargos balbuceos concentran el odio y la desesperación de los pobres pasajeros. Se dan la vuelta, chocan unos con otros, de vez en cuando otean el horizonte con la esperanza de ver aparecer, por fin, al monstruo que los lleve a casa. Aturdidos por el frío y el cansancio, se desahogan con estrépito. Quien recogiese sus frases sincopadas creería que su indignación va a transformarse en un estallido generalizado en las próximas horas. Pero quien ha oído con frecuencia a estos oprimidos de lo cotidiano repetir los mismos vituperios desesperados en las colas diarias para la carne, el jabón, las chinchetas, el papel higiénico, los autobuses, el tabaco o los gorros, las colas de un interminable coro de la humillación y el furor..., quien los ha oído todos los días ya se ha acostumbrado a no esperar más de esos cíclicos estallidos.

Mucha gente en la parada de autobús en esta fría y oscura noche de diciembre. Mujeres encorvadas sobre bolsas y capazos, niños tiritando, pero también bastantes hombres pateando y amplificando las invectivas.

Es fácil reconocerlo entre ellos. Pequeño, taciturno, cargado de bolsas de plástico abarrotadas, tres en cada mano. A diferencia de los otros, está parado, inmóvil y callado. No da un paso ni dice una palabra. Lleva la cabeza descubierta, una cazadora vieja y fina, pero da la impresión de no sentir el

frío. Recién afeitado, el pelo a cepillo y perfectamente arreglado, espaldas estrechas pero sólidas, con los brazos colgándole, demasiado largos, por el cuerpo canijo. Las bolsas distribuidas de forma simétrica a izquierda y derecha. Mira indolente el cielo negro del invierno. Parece un adolescente que se ha perdido camino del internado donde jóvenes pobres y orgullosos, como él, comparten sus confusiones y ambiciones.

El caballero que se acerca duda un rato antes de abordarlo. Lo mira primero con atención, a unos pasos de distancia, como si quisiera estar seguro de que se trata de él. Luego da unas vueltas a su alrededor antes de aproximarse. Le da unos golpecitos en el hombro para sacarlo de su ensimismamiento. Se reconocen, querrían darse un apretón de manos pero las bolsas de plástico impiden el gesto. Sin embargo, se inclinan el uno hacia el otro y surge el diálogo.

«El obrero Valentin Nanu ha sido oído en juicio por el Tribunal Supremo de Bucarest el 8 de junio de 1982. El citado había presentado al juez de guardia un dossier voluminoso con declaraciones, comprobantes y certificados médicos. Estos últimos se referían no sólo a su estado de salud, que en el último año ha sido precario desde el punto de vista psíquico, a causa de los conflictos en su centro de trabajo, sino también a todos sus hijos: Maria, de diecinueve años (anemia generalizada y perturbaciones de la glándula tiroides); Angela, de dieciséis años (asma y desviación grave de la columna vertebral); Mihaela, de trece años (reumatismo poliarticular e insuficiencia mitral) y Marian, de diez años (reumatismo poliarticular y falta de calcio). Aproximadamente dos meses después de esa audiencia, Valentin Nanu recibió por correo la sentencia del Presidente del Tribunal Supremo de la República Socialista de Rumania sobre la revisión de su pleito contra la empresa República, de Bucarest. El tribunal dispuso, el 26 de septiembre de 1982, que el obrero Valentin Nanu fuese readmitido en su puesto de trabajo, correspondiente a su categoría profesional, y a que se le indemnizase por el periodo en que, injustamente, estuvo en otro de categoría inferior, trasladado de la sección de calderas, así como las bajas médicas legales que, de forma abusiva, no fueron abonadas. En total, 8.750 leus. El recurrente no estuvo conforme con la decisión de instancia porque ésta no

preveía sanciones para los causantes de los abusos cometidos contra él y porque las indemnizaciones señaladas eran inferiores a las que le correspondían.»

La ciudad aplastada por la fuerza todopoderosa de la noche. Las calles de alrededor de la parada parecen las galerías de una caverna excavada en lo profundo de la Tierra. Oscuridad densa en las grandes arterias de la metrópoli, como en una aldea infinita y perdida. Sólo los faros de los escasos turismos que pasan por la avenida desierta iluminan brevemente la gigantesca masa de hormigas negras, apretadas unas contra otras, gigantesco cuerpo de dragón que gime de vez en cuando, abriendo unas fauces tan hondas como una sima. Crece el veneno de las maldiciones. Un zumbido tenebroso y frío. La sordina del odio y la desesperación.

Pero los dos interlocutores no prestan atención a quienes los rodean. Parecen totalmente absortos en su diálogo.

«Valentin Nanu se presentó el 27 de septiembre de 1982 en el departamento de personal de la empresa República para rellenar el formulario de reincorporación a su puesto de trabajo y la liquidación de las indemnizaciones conforme a la sentencia del tribunal. Aunque los responsables políticos de la empresa trataron de convencerlo para que se reincorporase enseguida a su puesto de trabajo y le explicaron que la sentencia se le notificaría a la empresa en el plazo de un mes desde la conclusión del pleito, el demandante se negó a aceptar esa solución. Declaró que no volvía como un mendigo a la empresa en la que había trabajado cumpliendo bien durante veinticinco años, sino que esperaría hasta tener todos los papeles en regla. De igual forma, adujo que eso no significaba aceptar en su totalidad el fallo del tribunal sino que seguiría luchando, conforme a la Ley, para lograr todos los derechos que le correspondían. Finalmente, se le propuso un permiso sin sueldo hasta que se completase la documentación, a lo que, tras mucha insistencia, accedió. La documentación se completó el 23 de octubre de 1982. El obrero Valentin Nanu se presentó al trabajo el lunes 25 de octubre de 1982 y el viernes, 29 de octubre, faltó por motivos de enfermedad. El 8 de noviembre de 1982, al

recibir el alta médica, el obrero Valentin Nanu se personó de nuevo en la sección de calderas de la empresa República. El 11 de noviembre de 1982 le liquidaron en caja la cantidad de 8.750 leus, que le correspondía según la sentencia judicial 444 del 26 de septiembre de 1982. El 28 de octubre, el recurrente Valentin Nanu se dirigió por escrito al Fiscal General solicitando la revisión de su proceso con la empresa República y de la sentencia dictada por la última instancia judicial. El 18 de diciembre de 1982, la Fiscalía General de la República Socialista de Rumania, en carta 567132, comunicó al obrero Valentin Nanu que apoyaba la sentencia del Tribunal Supremo y que la consideraba firme.»

Una hora más tarde, el esposo intenta relatar a su esposa su encuentro con el obrero Valentin Nanu. La mujer esboza un apresurado gesto de rechazo. Es el efecto de una concentración dolorosa que no acepta que turben.

–Otra vez has estado allí... Lo noto. Cada vez que vas, parece que entras en trance.

–En absoluto. De repente, cuando tengo un día bueno, me acuerdo. Pero también cuando estoy disgustada. Sí... Vuelvo otra vez. Y me acuerdo de que existe algo peor. Es como si me fortificase.

–Espero que no vayas allí... para recordar lo vulnerable que soy.

–No, pero lo que recuerdo..., te implica. Vengo a casa aterrada de que, entretanto, haya podido pasarte algo.

–Es absurdo, no se puede vivir así.

–No más absurdo que lo absurdo de cualquier desgracia. Real, concreta o incluso absurda. Ni siquiera absurda. Misteriosa. Incomprensible. Por ahora. Porque no se conocen todos los detalles. Es posible que algún día se conozcan. Y que todo se vuelva lógico, demasiado lógico...

–Llevo una vida muy retraída. No veo qué podría hacer para protegerme.

–También tu amigo llevaba una vida retraída.

–No tanto, era soltero. Eso supone relaciones... Además, ¿qué se puede hacer? ¿No permitirnos ni los gestos más simples y naturales? ¡Más vale aceptar e incluso provocar el peligro! Morir, sólo se muere una vez. Es más fácil que morir mil veces cada día.

–¿Lo ves? Eso es... Tú puedes vivir en la desesperación. Eso te da cierta tenacidad. Yo no puedo. Necesito la estabilidad. Y una mínima esperanza...

Ella enciende un cigarrillo pero lo apaga inmediatamente. Se desabrocha la blusa de seda. Sus hermosos y largos dedos brillan sobre el fondo índigo de la seda. El cuello se ondula un instante bajo el reflejo metálico. Baja la mirada. El azul cansado se cierra y se oscurece.

–Sí, ahora estoy nerviosa. Pero ese, el obrero Valentin Nanu, cómo tú lo llamas, me irrita. Parece que trae la negra.

–¿Qué negra ni qué ocho cuartos? Reparó la persiana, una auténtica suerte. Habría estado bloqueada mucho tiempo más y eso te habría irritado mucho más que su inesperada aparición.

–No tengo nada contra él. He dicho sólo lo que siento... Demasiadas desgracias a su alrededor, parece que las atraiga.

–¿Es que hay que sospechar de todo el mundo? ¿Tener miedo de todo lo desconocido? ¡También es necesaria un poco de imprudencia! Abrir de vez en cuando la herida. Un contacto insalubre. Con el polvo, con la brutalidad, con la simplicidad áspera. Basura, microbios y el llanto ese de la vulgaridad. Anticuerpos adquiridos por la contaminación, por los microbios y la suciedad. No obstante, regeneración sin la que...

–Tal vez, pero para eso hay que poder. A mí me crispa. Por no decir otra cosa...

Largo silencio; se han acercado demasiado a la zona peligrosa de la verdad. Están en un tris de caer en la agresividad. La fidelidad y la discreción de su compañera lo inquietan una vez más... Noble enigma del orgullo definitivamente comprometido, ¿código honesto y severo? Pero las neurosis siguen siendo diferentes, su fisura exige, al contrario, el estímulo de la ruptura, un desahogo alternativo y rápido.

–Lo observo con el máximo interés, pese a todos sus defectos y pecados. Tal vez precisamente por eso. Me comunico sólo parcialmente con personas como él. Pero en mí persiste algo cálido y purulento, algo menudo y resignado, algo rebelde y doloroso que se solidariza con ellos. Aunque sólo sea de manera instantánea...

—¿Acaso vas a echarme en cara otra vez mi falta de aptitud para las relaciones sociales? ¿Que no esté dispuesta a hacer confidencias, que me horrorice la humillación, que el sufrimiento no despierte mi interés, sino que me hiera? No quiero sentir compasión si no puedo hacer nada. ¡Y no puedo, porque apenas si puedo sostenerme yo misma! Aterrada por mi propia debilidad...

El marido se retira, se queda entre libros hasta tarde. A medianoche sale al balcón. Permanece largo rato contemplando el cielo negro. Vuelve al dormitorio. Escruta, ensimismado, el techo del cuarto, las paredes y la oscuridad. Vacilación caótica de pensamientos. Imágenes enmarañadas, pantalla de fieltro fosforescente.

El cronómetro, tic tac, se traga el sueño, el insomnio. Un sapo siempre hambriento e implacable. Tic tac, oac oac... Ahí está ahora, subido a la pared. Frágiles patas verdes. Ojos grandes, saltones, húmedos, que se abren y se cierran rápidamente, tac oac, tac oac. Boca de pinza, de ritmo uniforme, tac pac, tac tac. Hay muchos, se han multiplicado, han cubierto totalmente la pared con su agitación viscosa y fosforescente, una pared de fieltro fosforescente, decenas de lentes gruesas y escudriñadoras marcando la misma cadencia acuática e infernal.

Cabezas pequeñas, una junto a otra. Cabezas idénticas, burlonas. Saca la lengua, oh, esto es demasiado... ¿Cómo te permites? ¿Qué andas buscando entre...? Sólo un instante, tic tac, es todo lo que se vio. Ese rostro ceñudo y grisáceo. ¡Sacaba la lengua el muy desvergonzado! Los pérfidos batracios no hacían el menor caso, habían desaparecido, ¿qué te parece?..., les importaba un bledo.

Pantalla espesa y verduzca. Relámpagos caóticos, burbujas blancas y rojas. Aquellas cabezas de cronómetro ya no se ven. Tampoco el inesperado visitante. Un vacío pantanoso hirviendo del que salen vapores espesos y verduzcos.

Un instante sólo, tic, aquí está otra vez. De sopetón, cara a cara otra vez con el extraño visitante...

De punta en blanco. Traje de paño fino, azul marino, cortado según el modelo chino, con guerrera cerrada hasta el cuello. Recién afeitado, el pelo cortado a cepillo. Parecía haberse arreglado para una gran fiesta... aunque

tenía las manos llenas del lodo apestoso que sacaba del sumidero.

Se inclinaba y se metía hasta muy dentro en el pozo oscuro. Después salía siempre con otra porción de excrementos. Los arrojaba con cuidado al borde de la acera, sin rozar su impecable traje. No parecía azorado por la mirada sorprendida del peatón que había aparecido junto a él. Un gesto de fastidio pero decidido..., aún le quedaba un poco de faena, vamos, que no se podía entretener con nada más.

Se inclinaba mucho y casi se metía en el pozo. Luego enderezaba el espinazo y le presentaba a nadie una nueva porción, para que la examinara, antes de arrojarla con cuidado al borde de la acera. Una vez, diez veces, innumerables veces. El mismo ritmo, robot animado por una gran mirada negra y reposada.

Movimientos precisos, ejecutados perfectamente sin que la elegancia del traje dominguero y el rostro fresco, cuidado para la fiesta, mostraran la menor perturbación. Una vez más, otra, hasta que el mirón se maree, alrededor desfallecimiento y vómito y la ciénaga de la pesadilla. La concentración agotaba, agotaba las fuerzas... Una pérdida de contacto, un deslizamiento en el fieltro y el vapor, el desmoronamiento.

–Diga, diga lo que tenga que decir –se oía la voz del obrero Valentin Nanu.

Una orden tímida, un intervalo de espera, y luego de forma entrecortada con una especie de irónica indulgencia: «Diga, oigamos, diga de una vez lo que tenga que decir, oigamos»...

El emplazado no acertaba a emitir ningún sonido. Ni una sílaba, nada, aunque en alguna parte recóndita de su interior las palabras pugnaban por salir, por volverse sonoras. Sonidos sofocados antes de surgir... Sin embargo, sí parecían haber surgido, Valentin Nanu las había percibido, incluso repetía fragmentos de frases no pronunciadas.

El rostro ya no se veía, sólo se oía la voz que asentía, sólo se veían sus grandes manos vaciando el pozo, y la voz seguía traduciendo palabras del que no había conseguido pronunciar nada.

–De modo que al poeta aquel, al señor aquel, al amigo de usted, lo encontraron muerto en su habitación. Tendido en la cama, desnudo. Sí, sí, en cueros vivos, lo he entendido. Lo he entendido, no hace falta que me lo repita

tantas veces. Desnudo y muerto, en la cama. Dos vasos en la mesa y una botella de vino tinto. Lo he entendido, no es tan complicado. Siga, veamos, va, diga lo que tenga que decir, oigámoslo de una vez, oigámoslo todo... Venga, oigámoslo.

El rostro no se veía. Sólo se veían sus manazas, se veía la ranita que había pescado en el cieno hediondo, sus manazas meciendo a la ranita atontada y maloliente.

—¿No iba a irse unos días más tarde a un congreso? Vale, lo habré entendido mal, no habrá sido un congreso. Ajajá, un encuentro... Un gran encuentro internacional de poetas, vamos. Entonces, tenía pasaporte, todo estaba preparado. Entendido, la puerta estaba cerrada por dentro. Los vecinos y la madre, sí, sí... Echaron la puerta abajo, los vecinos y la madre echaron la puerta abajo, lo entiendo. La pobre madre había venido de provincias a despedirse de su hijo que se iba al extranjero, ajajá, lo entiendo. Él no fue a esperarla a la estación, como de costumbre. Se sorprendió, naturalmente, se sorprendió de que nadie contestara cuando llamaba a la puerta y estuvo venga a llamar, sí, lo entiendo. Los vecinos, sí, luego los vecinos, el médico forense, el fiscal, sí, sí. ¿No quisieron hacerle la autopsia? La madre lo pidió pero no lo aceptaron, ya, ya. ¿Insistió o no insistió? Conviene aclararlo, decídase, vamos, dígalo, ¿insistió o no insistió?, es un detalle importante, dígalo, venga, oigamos todo lo que tenga usted que decir.

Así pues, interceptaba instantáneamente los pensamientos del que no lograba pronunciar una sola palabra. Sonorizaba instantáneamente los pensamientos del que se hallaba allí, aterrado, junto a él, y al mismo tiempo aquí, ¿dónde?... En alguna parte en alguna parte..., delante de esta pantalla de fieltro donde se está desarrollando la pesadilla. Estar aquí, no se sabe dónde, pero también allí, ¿dónde?, junto a la boca de la alcantarilla... No decir palabra alguna pero oír cómo van devanándose simultáneamente los pensamientos sonorizados... Lo sabía todo, sabía todos los pormenores... Los moratones del cuerpo, las huellas de cigarrillos apagados contra la piel, el vaso con huellas de carmín, todos los rumores... Seguro, seguro, un hombre retraído, taciturno, sí, sí, demasiado taciturno, sí, juicioso, muy juicioso. Solitario, seguro que sí, solitario. Sano, desde luego, completamente sano... Acoge y perdona a tu hijo muerto sin haber recibido los santos sacramentos...

Acoge y perdona a tu hijo que se nos ha ido sin haber recibido los santos sacramentos, repetía el cura en el entierro, sí, sí, poca gente en aquel entierro extraño, inútiles esas visitas al cementerio, la señora es demasiado emotiva, no tiene sentido que vaya allí. Nadie ha resuelto ese misterio, su esposa se atormenta sin sentido... Sin confesar ni comulgar, eso es. Desde luego, rumores y habladurías, así es la gente, miedosa y murmuradora. Y también está la botella, sí, claro, esa botella sospechosa, detalles liosos, para qué seguir...

Intentaba parar esa avalancha que se había desatado sin quererlo él. Sudor frío, bajaba lentamente tirado por hilos finos finos, impotencia y niebla. El tiempo detenido, desmembrado, el cuerpo se desmembraba, abandonaba..., hasta cuándo dónde cómo, la campanilla. Un gorjeo, una campanilla, el manantial de montaña, la campana del monasterio, los cencerros del aprisco, el trote de los caballos, la campanilla de la escuela, el carillón de la iglesia, las esquilas de las ovejas, el sonajero de los niños..., el timbre. Está sonando el timbre.

Silencio. Y... vuelve a sonar el timbre. Tímidamente, un susurro, el juguete sonajero.

Se agarra al borde de la cama, quiere sentir el borde de la cama. Un apoyo sólido, existes, no te arrancarán y te arrojarán luego al vacío. Palpa la pata de la cama, se pone los pantalones, se pone la camisa, da con las zapatillas. Se tambalea, atontado, hacia la puerta. Sí, ya ha amanecido, es de día, tic tac, el reloj de la mesilla de noche, tic tac, es de día, otro día, eso es.

El desconocido está, tímido, lejos del umbral. Cómo cómo..., si apenas... allí, qué hacías... y otra vez, tan rápido..., quién sabe si... El desconocido está en silencio lejos del umbral. Se inclina para coger el maletín viejo e hinchado, atestado de herramientas. Un cuarto de paso y ya está dentro, una pequeña sacudida con la cabeza a guisa de saludo, ya está dentro.

—¿Cómo es que...?, déjelo, no tiene sentido..., no se quite los zapatos..., deje el maletín..., la botella..., la botella de vino tinto, sí, estaba a medias, sólo medio llena, éste es el lío. Se había quedado destapada, así, no era posible..., él nunca lo habría hecho. Nunca, ¿me oye? Quien lo ha conocido lo sabe... No, no hace falta el maletín. Seguro, he escapado, acabo de escapar..., la ciénaga, el sueño, resbalado, sí, sí... Vale, entre, haremos el café. Un café, sí, se arregla...

El uno bebe café, el otro té. Se miran a hurtadillas, azorados. El operario contesta sin ganas a las preguntas sobre la salud, el juicio y los últimos decretos presidenciales que limitan la calefacción en las casas a doce grados. Saca del abultado maletín el mismo tocho de hojas y las pone en la mesa. Luego, repara el interruptor del escritorio y pega los azulejos del cuarto de baño.

–¿Desmontamos las cristaleras del balcón? ¿Qué dice?

–Vamos a esperar. He apelado al tribunal. Hay diez mil ciudadanos de Bucarest en esta situación. Se han acristalado los balcones para ganar espacio. Tenían permiso del ayuntamiento para ello. Ahora los han requerido para que lo quiten todo. Porque Alguien, ya sabemos quién, estuvo paseándose por la ciudad, estaba de mal humor e hizo un gesto con la mano: «Que desaparezcan las cristaleras de los balcones». Nosotros nos las encontramos ya puestas, hace ocho años, cuando nos mudamos, tenemos los papeles. ¡Que vengán los del ayuntamiento a quitarlas! Me han dicho que lo hacen así, después de haberse echado al bolsillo las multas, que llegan al importe de un sueldo.

El hombrecillo no parece prestar atención. Se lava las manos y las sacude al aire. No se percata de que le tienden un billete de cien leus. Pero lo coge enseguida, sin decir una palabra.

–Tengo prisa, me está esperando el fiscal.

–¿Qué fiscal?

–Pues éste, el del bloque. Vive justo debajo de ustedes, pero de dos pisos se ha hecho uno muy grande. Como el de ustedes y el del profesor juntos.

–Sí, lo sé, es el presidente de la junta de vecinos del bloque. Una persona educada...

–Pero tacaño, por si no lo sabe. Hace muchos años que trabajo en su casa. Fiscal... He pensado que, quién sabe, en caso de apuro... Siempre me toca regatear con él hasta cansarme. Él también se cansa, pero no cede...

El obrero Valentin Nanu desaparece de la misma forma que había aparecido, visto y no visto. Tampoco se lo puede encontrar por la noche allí, entre los vapores hediondos de la oscuridad que él intentaba vaciar.

De nuevo el invierno, primeras horas de la tarde, el timbre. Ha sonado, no ha sonado, diríase que alguien ha tocado... como si no se atreviese a tocar. Luego, a dos pasos de la puerta, retirado, pegado a la pared del pasillo. A través de la mirilla, la imagen reducida lo muestra perfectamente: chaqueta estrecha, gris, con las solapas estropeadas, camisa blanca y limpia, los pantalones colgando, como un par de canales, los brazos cayéndole a lo largo del cuerpo, demasiado largos para su cuerpo bajo y huesudo. Rostro chupado y ojos hundidos. El pelo a cepillo... y esos zapatos gruesos, viejos y bien lustrados. Sólo con chaqueta, sin abrigo.

Sabe que lo están mirando por la mirilla, se acerca y murmura:

–Soy yo.

La puerta se entreabre. La guapa mujer lo mira asustada.

–Ah, es usted... Lo siento, mi marido no está en casa.

El fantasma no se mueve, no emite ningún sonido.

–Lo siento, con este frío... Tendría que haber telefoneado, le habría dicho que viniese más tarde. Mi marido estará ausente hasta la noche, pero ya lo buscará. O llame usted mañana por la mañana.

–Pues yo quería..., quería hablar con usted.

–¿Connmigo? –La mujer vacila–. Bueno, entre. Entre, si quiere... –Las palabras son débiles, como si las lamentara en el mismo momento de haberlas pronunciado.

El hombre no se apresura. Espera en el umbral, luego se retira hacia la pared, levanta el maletín abultado, se acerca, está dentro, descalzo ya, con los zapatos en la mano.

–Entre, entre. Siéntese, vuelvo enseguida.

En efecto, vuelve enseguida, vestida con una bata de lana, larga y colorada. En la casa hace frío, en el sillón está la manta con la que se había envuelto antes de abrir la puerta.

–He estado pensando en usted... que trabaja. Que quizá podrían encontrarme algo en su empresa.

–¿Qué clase de...? Al fin y al cabo usted ya tiene trabajo. No veo cómo... Es decir...

–Es que no se trata de mí.

Se trata de su hija. Termina dentro de poco una escuela comercial o de finanzas, no está claro. Se trataría de encontrarle un sitio tranquilo, entre gente de confianza.

–En nuestra empresa no hay vacantes... Continuamente están reduciendo personal..., ya no saben qué excusa poner para echar a la gente. Primero eran los antecedentes personales, luego la situación económica, los que no tenían hijos, ahora... ya no sé. Pero a su hija le darán un destino, a todos los que acaban unos estudios les dan un empleo.

–Seguro, la enviarán a algún lugar de provincias, donde Cristo perdió el gorro. A alguna fábrica de mala muerte, a un albergue de obreras, si lo sabré yo. ¡Enseguida aparecerá alguno que la desgracie! Entre extraños, en estos trabajos, en estos tiempos... Es una niña, no sabe lo que le espera. Y muy sana tampoco está.

Silencio. La mujer se encoge, se aprieta las manos sobre el pecho.

–Si es necesario, yo... Quiero decir que daremos algo, si hace falta. Actualmente, las cosas funcionan así, ya lo sé. Estoy preparado. He ahorrado algún dinero para esto. Habría que encontrar uno de esos jefes de segunda fila que arreglase...

–Se lo digo francamente... –La voz de la mujer es ahora clara y amistosa–. Se lo digo francamente, no conozco a ninguno de éstos. Sí, es como usted dice, pero donde yo trabajo, no los conozco. Sin embargo, me voy a interesar, se lo prometo, sí, lo prometo, puede que me entere de algo. Llame dentro de unos días. O mejor, mi marido lo llamará si tenemos noticias.

Un miércoles de marzo, el obrero Valentin Nanu forcejea para desmontar las cristalerías del balcón del piso junto al Jardín Botánico. Un marco de metal y cristal muy pesado anclado profundamente en la pared. Enclenque pero infatigable, sudando durante horas seguidas entre martillos, tornillos, alicates y aparatos de soldadura. Incluso ya desmontadas, por fin, tras horas de penalidades, los restos parecen demasiado pesados para sus fuerzas. Pero no cede, encorvado bajo el peso y lleno de óxido.

–¡Acero del bueno y cristal grueso! Deberían salvar esta maravilla. Hoy no se hacen las cosas con esta solidez.

–No ha sido posible, ya lo sabe usted. Orden de arriba del todo. Hasta en los tribunales están asustados, no quieren oír hablar de recursos contra esto.

–¿Y para qué van a ir a los tribunales? Ya sabe que es inútil. Había que dar con alguien... que perdiese el papel. Lo untaban bien y él perdía el papel. Así se han librado muchos balcones...

–Lo sé, lo sé, pero éstos daban al patio interior, no a la calle.

–Tribunales, te ponen enfermo. No hay más que mentiras y dinero sucio.

–Sin embargo, usted también ha acudido a los tribunales. Le aconsejé que desistiera y no quiso. Suponía que no iba a sacar nada. Y sí que sacó. Y con todo y con eso no está contento. Ha vuelto a los tribunales.

–Bueno, cuando no se puede untar a toda la escalera, del primer escalón al último, uno se apaña así, con los pequeños. En mi caso no se podía... Ya se lo he contado... Cuando era joven, me peleaba con estos pequeños y luego llegaba a los grandes. No era pagando... Sólo había que tener buena lengua. Ahora, todo es pagando, por interés. La cosa marcha si tienes para dar. Marcha como marcha, hasta el piso en que..., hasta donde el dinero ya no cuenta. Es menester otra cosa..., es difícil dar con la solución. Uno siente que ha llegado a otra escalera. Así no marcha, paso a paso, es menester otra cosa.

–Cansado, encogido sobre el suelo lleno de restos de metal y vidrios habla muy deprisa, sin levantar la cabeza–. Ahí he llegado yo. Después de un sinfín de desgracias..., una vida entera de desgracias. Noto que ahí he llegado. Necesito un empujón, que me den un empujón. Pero no tengo quién, no tengo quién. Suerte que encima de todas estas escaleras hay otra... –Silencio prolongado. Pero como no está seguro de que lo hayan entendido bien, siente la necesidad de precisar–. En alguna parte hay que tener esperanza, ¿sabe? ¿Quién se va a acordar de nosotros? Todo se ha ido a pique, todo...

–¿Es usted creyente tal vez? No lo había pensado. Quiero decir que no había supuesto...

–Pues no sé..., de lo contrario, ¿qué nos quedaría? Ya no tenemos nada, usted ya sabe. Todo está sucio, eso es...

¡Acepta el café! Está quemando pero se lo toma rápidamente a pequeños sorbos.

–¿Ha conseguido arreglar algo para la chica? Para su hija, quiero decir. Se queda tieso, con la taza en el aire, pero se demora en contestar.

–O sea, si ha encontrado alguna solución. Estaba preocupado. Parecía muy preocupado.

Sale de su ensimismamiento y pone la taza en el suelo. Se levanta, recoge los trastos, se apresura, cambia de idea y se restriega las manos en los pantalones.

—¡Qué va, se ha casado! He querido evitar que lo hiciera, buscarle un camino. Es tonta, ¡qué le vamos a hacer! Ahora... la tonta con el tonto. Les ha faltado tiempo para demostrar lo tontos que son. Una pena. Ahora... con el agua al cuello. Ahora pronto se va a enterar..., pobreza, trabajo y marido. Una pena, me habría gustado otra cosa, una pena...

Acelera los movimientos. Recoge las herramientas, barre y se mete rápidamente en el bolsillo los doscientos leus. La chaqueta al hombro, un gesto con la cabeza y listo. Ha estado, ya no está. ¡No hay tiempo! El día pide lucha, no hay tiempo que perder.

...Sin embargo, vuelve por la noche. Cada vez más frecuentemente por las noches. Se acerca despacio, por un túnel de alquitrán y vapor. Crecía, se acercaba, se tornaba en el que ya conocía: pequeño, enclenque, brazos largos, pelo de corte juvenil y mirada cortante.

Los extravagantes encuentros nocturnos se producían bruscamente, pero tras confusas fases de incubación. Sueño, insomnio, tic tac, la mirada perdida en la pared frente a la cama. Cada vez más fieltro en la pantalla fosforescente. Se agrandaba lentamente, la imagen se agrandaba de forma lenta e incierta, necesitaba tiempo para estabilizarse.

...Mono blanco, de paracaidista. El casco blanco lo llevaba en la mano, en la mano derecha. Se estaba acercando..., el colmo, se estaba acercando a la tribuna. La gran plaza desierta se dilatava sin cesar.

En el podio negro, la silueta del pequeño orador se distinguía perfectamente. No hacía ningún gesto. Sólo se le veía la cabeza pequeña y la cara pálida, se le veían los labios resecos. Tieso, soltaba las palabras con un ritmo monótono. Voz monocorde y débil.

«¡Estamos hartos de vuestras lisonjas! ¡Dejaos ya de ponernos alas de ángel y galones dorados!»

La pantalla vibraba frenética al ritmo de las frases, pero la voz seguía siendo uniforme y débil. La pantalla se ondulaba, barro verduzco, espumas negras y aceitosas.

«¡Quemad nuestros galones, quemad las alas de ángel! ¡Los proletarios ya no quieren unirse, ya no quieren vengarse! Nos hemos hartado de la mascarada, dejadnos en paz... ¡Dejaos ya de promesas y de terror! ¡Decid la verdad sobre nosotros! ¡Nuestra pequeña verdad, como la de todos! ¡Débiles y extraviados! ¡No somos mejores! ¡Gruñimos igual que vosotros... y arrasamos la Tierra! Dejadnos en el infierno, dejadnos invadir la Tierra. Desnudos, sin uniformes, dejadnos solos...»

Los patéticos llamamientos eran amplificadas por cientos de altavoces. Una voz tímida y monótona en cientos de altavoces. Sólo los altavoces poblaban la plaza desierta. Inclina un poco la cabeza, se llevaba la mano a la boca y tosía. Una vez, dos veces... Los altavoces repetían una vez, dos. Una vez, otra más, cien veces, desde cientos de embudos metálicos colocados en cientos de postes.

Un momento de silencio. Las palabras volvían, poco a poco, un murmullo monótono. «Dejadnos solos, no queremos dominar el mundo, no queremos liberar al mundo... ¡Arrancadnos las alas del paraíso, quemad nuestros galones dorados! No os coléis entre nosotros... ¡Dejaos de promesas y de terror! Quitadnos los uniformes, la verdad es pequeña...»

La tos se prolongaba amplificadas. Los altavoces balbuceaban un estrépito tormentoso. La pantalla se oscureció, ya no se distinguía nada. Pero el orador seguía erre que erre... Ahora sentado en un taburete en mitad de la plaza.

«La cinta de la ventana está reparada. Bien reparada, pierda cuidado»...
Voz suave, humilde encadenamiento de palabras astutas y burlonas.

«¿He sido un caso interesante? Ustedes están dispuestos a escucharme, a entenderme... ¿Un experimento la voz que viene del subterráneo? ¿El topo para jugar un instante? Aburrido, aburrido... ¿Habéis empezado a rehuirme? No me podéis ayudar, no nos podemos ayudar. Hemos aprendido lo que es el miedo y el egoísmo, nos asfixiamos todos y cada uno.»

Se frotaba las manos, nervioso. Golpeaba con las zapatillas blancas, marca Adidas, el casco blanco que tenía a sus pies. Ahora sostenía en las manos una rana rechoncha y grande como un casco de paracaidista..., la tiró en

esa olla blanca y ¡chut!, un golpe rápido, sale el proyectil y desaparece. Parece que se había tranquilizado, ahora miraba fija, muy fijamente al auditorio, ocupaba toda la pantalla de la pesadilla.

Se pasaba las manos por el pelo a cepillo y se secaba las palmas en el peto del mono. «No tiene usted fuerzas para mi sepultura. Tampoco va a la de su amigo el poeta. Quizá me decida, quizá llame a la catástrofe. ¡Que se vaya todo al diablo! Todo, todo en nuestro cementerio...»

La pantalla se apagaba y se volvía a alumbrar. Se alumbraría también la noche venidera, seguro... El obrero Valentin Nanu ya no tiene tiempo que perder salvo en las noches. Los días están demasiado llenos: desgracias, trabajo, carreras. Sólo por la noche visitaba a los amigos y los sorprendía con sus extravagantes disfraces.

En efecto, las visitas nocturnas se volvían cada vez más frecuentes. Ningún medio preventivo, ni los somníferos, los tranquilizantes, la lectura o la bebida podían detenerlas.

En cambio, el día permitía olvido y paz. Incluso apenas si pronuncian su nombre. Cada vez es más raro oír una pregunta como: «¡Eh! ¿Qué tal tu obrero? ¿Nos ha olvidado definitivamente?». El marido no contesta. No quiere hablar de sus secretas visitas nocturnas, sabe que su compañera es demasiado frágil para este tipo de sucesos. Evita responder y evita volver a recurrir a los servicios del artesano. Cuando aparece alguna pequeña avería doméstica dice que no lo ha encontrado al teléfono. Su mujer no insiste... De todas formas, no le cae muy bien. De modo que, por el piso junto al Jardín Botánico, el obrero Valentin Nanu ya no aparece durante el día y su nombre tampoco se oye salvo en las inevitables tormentas nocturnas que, de forma regular, desencadena con cruel indiferencia.

Sin embargo... De pronto, como la primera vez, cuando nadie se lo esperaba, el timbre.

El timbre suena con timidez. Un sonido débil e inseguro apenas roza la película de la mañana. Toque imperceptible, como antes. Tras una larga espera, la llamada se repite. Algo alguien se mueve, finalmente, en la vivienda muda. Pasos que se arrastran y se tambalean hacia la puerta.

A cierta distancia del umbral, pegado a la pared del pasillo, un largo gabán gris. Del cuello estrecho sale un rostro chupado y pálido. Una barba negra y enmarañada. Sufrimiento reciente, los ojos brillan sombríos y duros.

Se miran durante un rato, siguen mirándose con prudencia, esperando cada uno que el otro reaccione.

–Han matado a mi mujer... –murmura el hombrecillo triste.

El silencio se espesa alrededor, un velo volátil sobre toda la tierra.

–Han matado a mi mujer. He querido... Quería decírselo.

–Entre, entre, por favor –balbucea el otro.

El gabán en el perchero, el maletín en el suelo, junto a la puerta, los zapatos en la mano. Las manos le tiemblan. La barba enmarañada... Su estrecho rostro está cubierto por la barba negra y salvaje. Sin esperar a que lo inviten se sienta inmediatamente. Habla rápido, de forma entrecortada, con frases inseguras. Voz ronca y distinta a la de las veces anteriores, las rupturas rasgan el silencio.

Es la mañana del martes 16 de marzo de 1985. La mujer había muerto en el hospital la semana anterior. Según los decretos presidenciales de los últimos años, con cuatro hijos y más de cuarenta años de edad, tenía derecho a un aborto legal. Los trámites legales tenían que llevar el visto bueno de un fiscal. Pero se fueron aplazando debido a nuevas disposiciones, todavía imprecisas, que al parecer iban a elevar el límite de edad necesario para la autorización del aborto. Finalmente, los papeles se firmaron un viernes. Los médicos consideraron que el estado de la paciente no revestía peligro y programaron la intervención para el lunes. El lunes a mediodía la mujer ya había muerto. Pero hasta el miércoles no le comunicaron al marido el trágico acontecimiento... «Le prometí dinero a aquel animal, claro que sí. Que yo sé cómo funcionan las cosas. Dinero, dinero y dinero. Pero al verme con esta pinta de pobre debió de pensar que un perdulario como yo no tendría nada que darle. ¡Fieras con bata blanca! ¿Qué quieren éstos? ¿Ayudar al hombre? ¡Pamplinas! Sacar pasta, eso es lo que quieren todos. ¡Una infección, oiga! Una infección imprevisible, eso dijeron aquellos cerdos. Se tapan unos a otros. La enfermera de guardia se fue el sábado más temprano, el médico de

guardia sólo atendió el domingo los casos graves, los cuentos de siempre. Estuve hablando con las mujeres de las camas de al lado, ellas sí que saben la verdad. He presentado una queja. Ésos no escapan, no escapan.»

El obrero Valentin Nanu saca del maletín una gruesa carpeta. El certificado médico y el de defunción. Las declaraciones de los médicos y de las enfermeras. Una nota sobre la conversación mantenida con las otras preñadas en la sala del hospital. Un escrito dirigido a la Dirección Sanitaria de la capital. Otro al Ministerio de Sanidad. Otro al Tribunal Supremo. Otro al Fiscal General. Otro a la Organización Mundial de la Salud. Otro al Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rumana. Otro al Secretario General de las Naciones Unidas...

Se deshace en excusas por la visita. No pensaba volver más a molestar... Sólo un ruego..., si no es atrevimiento..., para la señora..., si la señora..., si la señora va todavía al cementerio, a ver al poeta aquel, que pase también por la tumba de Valeria Nanu. Se alegrará la pobre, le había hablado muchas veces de esa señora tan guapa, de ese señor tan cabal.

El marido no soporta esas visitas al cementerio. Una mañana, no obstante, acompaña a su mujer. Deambulan un buen rato por los viales laterales antes de acercarse a las dos tumbas. Finalmente, coloca el ramo de flores en la modesta y desnuda lápida del amigo. Hacia el fondo, junto a la fuente, encuentran la otra. Una lápida gruesa de mármol negro, imponente, cubierta de velas y flores. Dejan apresuradamente el ramo de muguetes y se van.

Aquella misma noche reaparece el visitante. A una hora intempestiva, cuando la luz turbia del alba aún vacilaba en el cielo. Lleva traje y corbata. Recién afeitado, pocos gestos y mirada severa. Explica con detalle cómo quiere reorganizar el funcionamiento del cementerio. Limpieza, orden, control, precios fijos y horario limitado pero accesible. Servicios auxiliares y personal competente. Un proyecto riguroso y bien pensado...

Vuelve la noche siguiente con más detalles. Y la otra, y la siguiente, con explicaciones cada vez más completas.

El nerviosismo de la pareja crece. Una irritación enfermiza. Diríase que evitan mirarse, apenas se hablan, salvo lo estrictamente necesario. Sólo por las noches, a veces, se acurrucan el uno junto al otro unos instantes. Pero

enseguida se retiran, crispados, el uno a la derecha y el otro a la izquierda, al borde de la cama.

En cierta ocasión, el marido tomó la iniciativa. Un obligado acto de cortesía: devolver las visitas, ver a su visitante en su nuevo lugar de trabajo.

Por la noche, el cementerio está perfectamente iluminado. Orden total. Las parcelas cuidadas, planos claros para circular entre las tumbas, una numeración de las tumbas sencilla, de menor a mayor y guía para cada sector. La floristería, la cantina y el guardarropa impecables. Una organización eficaz, para el bien colectivo. Un horario razonable, sólo durante la noche, para que la gente no pierda tiempo de trabajo, para que no descuide ni el trabajo ni la familia. La tasa de entrada es alta, cien leus. Pero se justifica por la calidad del servicio. Además, se trata de una tarifa única, para todos, no hay excepciones, ni diferencias de edad, sexo ni posición social. Aquí los enchufes, las artimañas y los tejemanejes es imposible que proliferen; se cortan desde el principio. En definitiva, se trata de asegurar la rentabilidad, la autofinanciación y el interés general de vivos y muertos. En caso contrario, volvería el caos, iríamos a la quiebra y todo se iría al diablo.

Progresos destacables, en efecto, para tan poco tiempo. También está previsto un tiempo de ocio para conversaciones amistosas, como esta de ahora... Se puede hablar de todo, aquí el miedo no tiene sentido. Pero sin murmuraciones ni insensateces, que el tiempo apremia. Las obligaciones son continuas y variadas, explica el organizador, atusándose tímidamente el pelo a cepillo con su enorme mano. No se trata sólo del mantenimiento de las tumbas, sino del cuidado de quienes se encuentran en ellas. Lo uno sin lo otro no funciona. Hay que asegurar un reposo total. Silencio, regeneración. Una etapa de renovación, supongo que me entenderá. Renovación y preparación. Hablamos continuamente con ellos, los preparamos para el momento decisivo. Aquí tienen paz, pueden entender por qué han sido vencidos y cómo reconquistar el tiempo. Tienen mucho más tiempo que nosotros, tienen paz, recompensarán nuestros esfuerzos, eso seguro. Hablamos con todos y los ayudamos a todos. Estamos bien preparados, ya lo verá, cuando se pongan en marcha lo verá... Esta tranquilidad que tanto han ambicionado les asegura una perfecta renovación, ¿sabe?

Realmente, tenía un aspecto tranquilo. Todos los rasgos de su rostro eran claros y firmes. Llenaba toda la pantalla con su cara distendida, llena de la tranquilidad del futuro.

Una profunda tranquilidad, en efecto. La tranquilidad hervía a grandes borbotones, toda la pantalla se había llenado de sus vapores rojos, ya no se veía nada, la pantalla palpitaba bajo la intensa luz del incendio.

Pero la mañana surge nueva e ignorante por las grandes ventanas del calendario. Tic tac, rima la ranita de la mesilla de noche.

«Otra vez la persiana, otra ventana. Se ha roto otra persiana»..., la persiana, la persiana, el mismo susurro una y otra vez. Voz cansada, soñolienta.

Un murmullo infantil, el latido que pone en marcha, de nuevo, la gran rueda del día.

La gabardina

«Ahora los informes ya no se presentan en un despacho oficial. Han cambiado el procedimiento, han encontrado una solución más original», explicaría semanas después Alexandru I. Stoian a su amigo el Inocente.

«¿En viviendas particulares? ¿Informadores y conversaciones particulares? ¿Qué quiere decir eso? ¿Que la conversación discurre con menos crispación?», preguntaría, inocente, la esposa del Inocente.

Confusión... La voz confusa del tiempo confuso, la mezcla turbia de voces, la sordina del tiempo. El jadeo, el chiquichaque y el tartamudeo llamado tiempo.

«Con la anuencia de los inquilinos, claro está. Personas de confianza u obligadas a serlo. Llaves dobles y citas programadas», precisaría, con el estilo lapidario del código, Al. I. Stoian, alias Ali.

¿La voz del tiempo, elevándose desde voces entrecruzadas, en la cacofonía sonora del presente, cuyo timbre y confuso rumor acecha el Narrador?

«Sí, sería posible utilizar estas viviendas sin el acuerdo de los inquilinos, cuando no hay nadie en casa. Sería posible, pero no lo creo», añadiría el prudente Ali, evasivo y receloso, como era corriente por entonces.

Pero todo esto pertenecía todavía al futuro. El futuro, ¿la conjugación de la incertidumbre?

El futuro pequeño e inmediato. Ya presente, ya pasado, ya pequeño, empequeñecido, enorme.

De pronto, el presente significa esta tarde lluviosa de domingo. Diluvio denso y negro. La ciudad hundida bajo la tierra, a decenas, a centenares de metros bajo tierra. Fantasmagórico asentamiento subterráneo, enterrado en la oscuridad, aplastado por el bombardeo líquido.

El coche de la familia Stoian avanza dificultosamente por las calles oscuras y húmedas hacia el acontecimiento todavía oculto en la noche y el destino.

—Finalmente, no podía evitarse. Siempre inventabais pretextos, pero no os habéis escapado —continúa provocándoles Ioana.

La pareja del asiento trasero está callada. Ioana no ceja.

–Yo me alegro, perdonad. ¿Me alegro de la desgracia ajena? Ahora al menos ya no estaremos solos, soportaremos juntos el aburrimiento de la conversación y los melindres de la señora Beldeanu.

–Sí, pero se compensa –interviene el marido al volante–. Comida, bebida, música. ¡No omitas la parte positiva! No olvides la parte positiva, camarada profesora, la parte positiva es la finalidad de la pedagogía, estimada camarada.

–Desde hace unos años la gente ya no se hace visitas, ¿os habéis dado cuenta? –Ahora Ioana adopta la táctica provocativa del marido–. ¡En un pueblo latino como el nuestro, siempre dispuesto a la juega y la charla! Cansancio, depresión... Ni siquiera hay con qué invitar a nadie. También están las distancias, los autobuses pasan muy de tarde en tarde... Pero las ganas, sobre todo las ganas, han desaparecido las ganas de reunirse. Cada uno en su cubil, la gente evita salir de casa. Conque les podemos estar agradecidos a nuestros distinguidos anfitriones. Una rara ocasión de salir por ahí. Una verdadera aventura.

–Yo..., yo habría aceptado hace mucho –se deja oír, por fin, en la parte de atrás, la suave voz de Felicia–. Llevan años insistiendo. En definitiva, una visita de cortesía y listo. Que no piensen que tenemos algo contra ellos. La cuestión era que...

–La cuestión era que el Niño no quería, ya lo sé. El Chico no soporta a lady Di, lo sé, lo ha repetido muchas veces. A ella no la soporta y al camarada marido lo evita. No es más que precaución, ya lo sé. Protección sanitaria, sí, conozco la explicación. Tampoco nosotros nos derretimos de amor por la familia Beldeanu. Pero Ali no puede decirle que no a Bazil. Son compañeros en la redacción, imposible negarse.

El motor embraga violentamente, los faros proyectan rápidos haces de luz sobre las calles inundadas y negras. Marcha prudente, camino largo y penoso, hasta la otra punta de la ciudad. Como si penetraran en el fondo del mar, los bloques surgen, durante una fracción de segundo, como extraños monstruos en el fondo de una gigantesca e imprevisible inmensidad fluida. Pero ahí, en la cápsula móvil, se está bien. Ioana lleva el pelo cortado a lo *garçon*, como se decía antes, que no le queda mal. Felicia lleva el nuevo jersey negro de

angora, de línea perfecta, italiana, resulta bonito, ¿verdad?, en esta embarcación perezosa y subacuática mientras alrededor la naturaleza impone su vitalidad y grandiosidad.

–Bazil es formidable, os lo digo yo –continúa animado el conductor, Ali–. Pasé con él dos semanas en una granja agrícola cerca de Bucarest. El director de la granja es un antiguo compañero suyo de los Cursos Políticos Superiores. Lo aprovisiona de gallinas, y no sólo de eso. Claro que de vez en cuando también él necesita a Bazil. Periodista y de la capital, nunca se sabe. Lo aprovisiona de gallinas, y también de chistes nuevos sobre, sobre..., ya sabéis vosotros sobre quién. Le telefoneó a Bazil diciéndole que le mandaba el coche de la granja para recogerle. Pero Bazil no, no, gordito, déjalo, ya nos las arreglaremos nosotros con nuestros propios medios.

–Pues periodista y de la capital, nunca se sabe –repite melindrosa la delicada Felicia para simular que participa.

–Me ofendes, querida señora. Yo también soy periodista y vivo en la capital.

–No se trataba de ti. Sabes muy bien que eso no iba contigo.

–Bien, Felicia, bien, se ha notado. Bazil me invitó, por supuesto, ¡a una cacería de gallinas! Es difícil negarse, por supuesto. Hoy por hoy, uno acepta hasta gorriones con tal de no pasarse las horas muertas día y noche haciendo colas. Así pues, salimos el martes por la mañana en el coche de Bazil. A mí me extrañaba, ¿qué habría en medio de todo esto? Hoy día, por una gota de gasolina algunos se dejarían matar. ¡Treinta litros al mes! Ni para ir al trabajo llega, por supuesto, por supuesto...

Silencio, embarazo. ¿Podría ser una alusión al consumo de gasolina de esta noche? Ioana rebusca nerviosa en el bolso, como si no hubiese oído las últimas palabras. Una metedura de pata, Ali se da cuenta inmediatamente, pero ya no hay nada que hacer, había que continuar el relato con el mismo compás.

–En la primera gasolinera nos paramos. El camarada Beldeanu saca, cómo no, la credencial de periodista. Se pone a explicar que se encuentra de servicio y necesita gasolina. Aquéllos ni lo oían. Ya están inmunes a toda clase de trucos. Sólo ceden ante la mordida, y no siempre. La prensa ya no los impresiona, ni el Partido, ¡nada! Hartos, por supuesto, hartos de todo, tiene uno que inventar algo que sea como un rayo para sacarlos de la apatía. Bazil

no se da por vencido, por supuesto, insiste y, finalmente, pide permiso para telefonar al camarada coronel Adam. Éste es el jefe de la milicia económica de la zona, todos lo conocen. Ni que decir tiene que no esperaron a oír la conversación y llenaron el depósito. Así es Bazil, ¡invencible! ¿Sabéis cómo se presenta? Ya no es el camarada Vasile Beldeanu, como antes. ¡Bazil! A secas, a la americana. Se ha afrancesado el nombre... pero el estilo se ha adaptado a la época, al modo americano. Simple y directo. Bazil, periodista. Y al volver, ¿qué creéis? Se paró en otra gasolinera, por supuesto. Y repitió la estratagema. Volvió a casa con el depósito lleno, por supuesto. ¡Invencible! Con una apariencia de manso, de hombre corriente. Pero tiene una energía tremenda, por si no lo sabéis. Incluso su casa. ¡En el barrio de las embajadas! Ya veréis... Y la comida y la bebida. Olvidaréis en qué año y en qué lugar vivimos, ya veréis.

–¡Déjate de chismes y presta atención al volante! A ver si con esta lluvia y esta oscuridad nos topamos contra un árbol –reconviene, didáctica, Ioana–. Parece que estuviésemos en la guerra, todo camuflado. ¡Oscuridad! En las casas, en la calle. Los ascensores se paran cuando uno menos se lo espera y el agua corre cuando nadie se lo espera ya. ¿Sabíais que los niños ya no quieren entrar en los ascensores? Sorin, nuestro hijo, recita el nuevo deber patriótico de los niños: «hacerse grande y fuerte sin comer nada»...

Risas, el chiste parece nuevo. La risa, el chiste, las siluetas del tiempo. Alrededor naturaleza, con sus fuerzas urgentes y festivas, y aquí, en el torpedo, ¿distensión brusca, el relámpago que ilumina el eco hasta lo más hondo? El nuevo traje sastre de Ioana, sus guantes largos y blancos, sus maliciosos agujonazos de avispa en contraste con el papel moderador del conductor, la sonrisa de Gioconda popular de Felicia, su voz clara de locutora de radio y el acontecimiento, el observador, el receptor..., ¿el tiempo que busca su personificación?

–Eso querrían éstos... –continúa la avispa.

Éstos, o sea *ésos*, o sea *Ése*, ya sabemos quién.

–Y hablando de niños, ¿qué tal el Niño? No ha dicho ni una palabra, nuestra charla lo aburre.

–No, ¡qué va!, en absoluto –balbucea la voz de bajo del asiento trasero.

–¡Qué va! ¡Qué va! Entonces di algo tú también. El pobre Bazil es, en realidad, un cerdito de tres al cuarto, no un gorila. Pero Dina Eisberg..., se llama así, ¿no? –La avispa se vuelve hacia el señor de detrás que continúa mirando, indiferente, por la ventanilla negra, fluida–. Eisberg, exacto. Hielo, como le llama Ali, y él sí que entiende de frigoríficos. Congela todo lo que le sale al paso. ¿O no será al revés? Nunca se sabe... A lo mejor es al contrario. ¿Qué dices, eh? Al fin y al cabo sois de la misma ciudad, hace mucho que conoces a la señorita Goldberg. ¿O Salzberg? ¿No será Süssberg? A lo mejor es Süssberg...

–¡Eh, eh! –Felicia intenta parar el ataque–. Dina lo aprecia, por si no lo sabes. Las raras veces que me la encuentro, lo primero que dice siempre es lo extraordinario que era en el instituto. La estrella de la ciudad, vamos.

Parecía hablar de alguien que no estuviese presente y se diría que, no obstante, sólo el ausente era el auténtico receptor, el único atento a las voces que narraban el suceso.

–Ya, ya –murmuró Ioana sin volver la cabeza, repentinamente atenta al parabrisas y al volante–. ¿Y por qué no quiere el Chico volver a ver a su antigua compañera, eh? ¡Por algo será! Ojo, Felicia, por algo será.

–No, esta vez no. Esta vez seguro que no –se oye la risa infantil de Felicia–. Simplemente, que rehuimos a la nueva clase, eso es todo.

Silencio, otro momento de embarazo... ¿Alcanzaría la insinuación también a la familia Stoian?... Quizá fuese un desliz, ¿quién sabe? Pero Ioana no tarda en volver a la carga.

–Alguna cuestión pendiente desde la pubertad. Nunca se sabe. Los amores más peligrosos son éstos. Si rebrotan a otras edades... ¡explosión nuclear, catástrofe, el fin del mundo! Nunca se sabe... ¿Qué dice el Chico, qué opina el Niño?

El Chico, el Niño, el Inocente, el Sabio prolonga el silencio.

–Peligro ninguno, peligro ninguno –admite, finalmente, la voz de bajo–. Peligro ninguno, a su debido tiempo hicimos todas las cochinaditas. Bueno, casi todas...

–Ea, dejaos de pullas –vuelve a intervenir, oportunamente, la protectora del taciturno–. No olvidéis que me habéis prometido no alargar la visita. Mañana tengo que levantarme al alba, ya os lo he dicho, tengo que coger el

primer tren. De lo contrario, no podré estar aquí el martes. El lunes, sólo el lunes, el director me ha dado permiso sólo para el lunes. Tú, Ioana, sabes lo que significa tener que vérselas con el camarada Chibrit. A ver si conseguimos no quedarnos hasta tarde.

Siguen preguntas sobre la madre de Felicia, enferma en un pueblo de la zona del Danubio, se comenta la situación de los ancianos, a los que los hospitales y los servicios de urgencias se niegan a admitir. Las voces entremezcladas del anochecer, el rumor confuso, evasivas, humor, indulgencia y artificio... Las ironías venenosas de Ioana, la estrategia de neutralización de Ali y la distancia contemplativa de Felicia... por ti, observador, Inocente... El milagro del momento que ya ha pasado, el jadeo profundo e inaudible del momento que viene, azar y eco y pregunta que conjuga su incertidumbre.

El coche de los Stoian avanza con mucha prudencia. A medida que se acercan al barrio de los lagos aparecen también las luces, de pronto una avenida cada vez más ancha, viales más elegantes, paisaje más apacible, amplio, ah, y surgen también las garitas custodiadas por milicianos tiritando a causa de la lluvia y el frío. Las calles, las callejuelas y los discretos viales se ramifican lentamente, uno tras otro, hacia los jardines y villas.

El coche apenas tiene tiempo de frenar ante el centinela armado que se planta repentinamente delante. Ali baja el cristal de la ventanilla, el centinela se inclina, comprueba el boletín de identidad y escucha las explicaciones: la familia Beldeanu, detrás de la embajada, en el patio, al fondo, amigos, invitación, fiesta. Sí, conoce a la familia Beldeanu, a la señora, al señor, es decir al camarada Beldeanu, claro que sí. Saludo reglamentario, sí, pueden pasar.

–No es la embajada norteamericana ni la francesa, sólo la de Ghana. Pero algo es, ya veréis –dice Ali para dar ánimos a su tripulación.

El coche tuerce a la izquierda, pasa junto a la garita, entra en el patio, al fondo, junto a los árboles frondosos, gira a la derecha, han llegado.

–Listo, ya estamos. Es aquí, esta villa.

Todavía un momento de vacilación. Los pasajeros no tienen valor para salir del vehículo. Miran indecisos la noche negra y fosforescente que brota del cielo profundo, del océano profundo y turbio, sin estrellas ni luna.

–Vamos, rápido, desembarco... –ordena Ioana—. La cabeza bajo los paraguas, tapaos con la gabardina, cada uno como pueda. Son sólo unos cuantos pasos, rápido, rápido, unos pasos y estaremos en tierra firme.

En efecto, sólo dos, tres, cuatro, cinco pasos y ya están delante de la puerta. Ali pulsa con fuerza el timbre varias veces, una, dos, tres, cuatro, cinco.

La pesada puerta de madera maciza se abre con prontitud. En el umbral está, con los brazos abiertos, don Bazil.

–¡Oh, cuánto me alegro de que hayáis venido! Qué lástima de tiempo... Pero aligeraos de ropa, colgad las cosas aquí, en el perchero. En casa se está caliente, tenemos de todo, olvidémonos de lo demás. ¡Fuera, tormenta, y en casa, paz y recreo! Eso es, eso es, pasad, pasad.

Agradable, efectivamente, ambiente templado, grandes radiadores eléctricos a cada paso. Y una casa amplia y luminosa, y los muebles, sí, sí, muebles blancos y color de rosa, ya ves, quién se lo habría imaginado hoy... Tanta elegancia, mal gusto, desahogo económico y ambiente cordial, ¿verdad?... Y en esto, Dina bajando por la escalera desde la alcoba, con un vestido largo de terciopelo amarillo y turbante haciendo juego.

Abrazos, qué tal, hay que ver... Sólo el Niño complica inútilmente el momento festivo. Dina se dirigió hacia él como si fuese un pariente al que llevaba mucho tiempo sin ver, sonriente, con los brazos abiertos, como si interpretara una escena, pero el invitado simplemente le tendió la mano. Nunca pudo soportarla, ¿verdad?, a esa flacucha remilgada cuyos gestos, incluso los más simples, tienen algo de convencional, de teatral, no, nunca pudo soportarla. Sin embargo, lady Di no pierde la compostura y, con un largo y ceremonioso gesto, le tiende la mano. El Chico se inclina profundamente, se la besa y retiene los finos dedos de su colega en la palma de su propia mano, como si observase con atención la manicura para, después, consentir un breve abrazo formal.

–Es la primera vez que venís –dice Di dirigiéndose a Felicia—. Vamos a enseñaros la casa.

Conque se hace una visita a la casa. El despacho de Vasile. El tocador de la esposa («una antigua habitación de servicio, simplemente», precisa, modesta, la anfitriona, abriendo la puerta del pequeño cuarto con una cama turca y espejos). La cocina, la amplísima despensa con numerosos anaqueles brillantes y el enorme frigorífico («hoy, si uno no tiene despensa y frigorífico, está perdido, porque no se puede ir a la tienda de la esquina a comprar lo que uno quiera, es menester hacer acopio de provisiones, como los bárbaros de las cavernas»). El recibidor, los dormitorios, el suntuoso baño de azulejos blancos y color de rosa, ¿verdad? Todo impecable, limpio, reluciente, una preciosidad.

–¿Güisqui o vodka, con qué empezamos? –vuelve a meterse Bazil en su papel–. ¡Las dos superpotencias! ¿Cuál preferís? A los imperialistas, tened la seguridad. Nosotros nos hemos hartado del hermano mayor y preferimos a los imperialistas. ¡Por ahora, por ahora! Son unos cerdos, tened la seguridad, pero así es el hombre, necesita ilusiones, novedades. ¿Así que güisqui?

Los caballeros asienten, las señoras dudan.

–Ah, para las señoras tenemos licor, si quieren. Un licor cubano, una maravilla, tened la seguridad. O, mejor, un Martini. Os apetece más un Martini, ¿verdad?

Felicia sonrío, sí, preferiría un Martini. Ioana frunce los labios y rehúsa. No, Ioana prefiere vodka.

–Entonces, me lo permito yo también, en calidad de antiguo militante –se asocia, galante, el camarada Bazil.

Lady Di reaparece. Viene de la cocina. Empuja una mesita de ruedas con una gran bandeja de plata. Canapés minúsculos, como un dedal. Canapés minúsculos de huevas, sardinas, queso y jamón. La pasa por delante de todos, de Ioana, de Felicia, de Ali, de Bazil y del Inocente. Todos cogen uno, no, mejor dos exquisiteces. Las prueban, sonrío, se asombran, se alegran y exclaman. El Inocente asiente con la cabeza, hum, sí, excelente, aprueba el Inocente mientras mira con atención las manos de la anfitriona. Un bocado, tal es la exquisitez, un bocado. Breve, aromático, vicioso, gusto intenso y breve. Otro más, ¿verdad?, otro canapé más, nadie puede abstenerse, hum, sí, las interjecciones son convincentes, en efecto, se mezclan con la saliva, están llenas de sabor y saliva. Todos repiten una y otra vez.

Dina vuelve de la cocina. Otra mesita de ruedas, otra bandeja de plata. Minúsculos pasteles de hojaldre recién salidos del horno. Buñuelos blandos, calientes, de queso, carne, espinacas, pimienta, comino, pepitas de girasol, hinojo y ají, hum, sí, blandos y calientes, se derriten en la boca que han acariciado, encendido y ensuciado con gusto, nadie puede abstenerse. Ioana y Felicia y Ali, todos cogen una y otra vez y engullen en un santiamén el estimulante. Ioana y Ali y Felicia y el Sabio y Bazil, incluso Dina coge uno de queso y otro más, una maravilla... De nuevo Felicia, de nuevo Ali y Bazil y Ioana y el Inocente, que no deja de hacer gestos aprobatorios con la cabeza, hum, sí, una maravilla, todos estos fiambres, maravillosos, ¿no es cierto?, querría decir el Niño, que no despega la mirada de las manos de la anfitriona.

Otra ronda de güisqui, por supuesto, y un Martini. Hasta Dina pide un Martini, sorpresa, el ambiente se ha distendido, ¿verdad?, se ha distendido, empiezan a conversar sobre las habituales cuestiones de actualidad, el repertorio de consumo. Las colas para el pan y la leche y el papel higiénico y los cepillos de dientes y... y... y. La aglomeración en los autobuses y la oscuridad en las calles y el frío en las casas y las patrullas armadas y las neurosis y los abortos y las demoliciones de los antiguos barrios señoriales y el nacionalismo, pero también el último escándalo de la prensa, ese poema soberbio, subversivo, cómo ha podido escapar a los ojos del censor, «somos un purgatorio vegetal», soberbio, súper, sorpresa, cómo es que lo escribió precisamente aquella hermosa privilegiada, delicada, cómo es que lo ha publicado, con permiso, tened la seguridad, permiso y complicidad, tened la seguridad, toda la jerarquía es cómplice, desde luego, así son las cosas en Rumania, nunca se sabe, quién, qué, cómo, por qué, todo bajo cuerda y dando un rodeo, tradición milenaria, tradición e innovación, ¿verdad? Y la dictadura y la miseria y la sospecha y el miedo y la complicidad generalizada y el cinismo de los niños, sí, sí, el cinismo de niños que no levantan un palmo del suelo. El alma escindida, la tienen ya escindida en el claustro materno, tened la seguridad, conocen el código, la mentira, la doblez, desde el claustro materno, por supuesto. Y el Oeste, el Occidente de consumo y espectáculo, el Occidente salvaje y civilizado, ingenuo, egoísta, ninguna esperanza, abandonad toda esperanza, *finita, fine*, les tiene sin cuidado, por supuesto, no

renuncian ellos a sus pequeñas costumbres e hipocresías, tened la seguridad, estamos solos, solos, por supuesto, en sus países el dinero y en el nuestro la mentira, ¿verdad?, solos con nuestra maldición, eso es, tened la seguridad.

Y otra ronda más de güisqui vodka Martini, podemos pasar a la mesa, frente a la fuente de pescado.

Un pescado largo y ventrudo y un pescado corto y ventrudo, así habrá para todos. Dorado, recién sacado del horno, de carne blanca, rosada, rociada con limón, sal y pimienta. Brindis alegre con un chasquido cristalino, auténtico Bohemia, y vino cristalino, auténtico, pajizo como el aceite. Y la carne asada de ternera, dorada, tierna, acompañada de abundante salsa espesa, sabrosa y aromatizada. Carne tierna y olorosa y vino tinto espeso y seco y ensalada majestuosa, fresca, color pastel, y cubiertos pesados y silencio aún más pesado. El estómago repleto, atiborrado y soñoliento y los pensamientos inconcretos, erráticos, aletargados y las loas cada vez más insistentes, más cansinas, ¿verdad?, las loas hipócritas dirigidas a la señora de la casa, aunque todo el mundo sabía que lady Di contaba con una vieja cocinera alemana para semejantes agasajos. Loas cansadas, cansadas, ¿verdad?, y el estómago cansado y la mente perezosa y soñolienta.

—¡Una pausa, una pausa! —grita Ali—. Mi reino por una pausa...

La gente pasa, en efecto, a otra estancia para el café, el coñac, los dulces, los quesos y la cháchara.

—¿Queréis que os ponga un disco? —pregunta el incansable Bazil, anfitrión curtido y obsequioso—. ¿Qué queréis? ¿Tina Turner o Michael Jackson? ¿O alguna francesa, esas cancioncillas pasadas de moda, delicadas e impúdicas? ¿O queréis a Yoko Ono, la musa japonesa, o a Homo Lennon, Lemon, el limón ese drogata? ¿O algo clásico, Anne Sophie Mutter, la nueva estrella lanzada por el viejo Kara? Karajan, Karaadolf, Karanazi, con *Fräulein* Mutter, sí, sí, tened la seguridad, una pareja especial, je, je, ja, ja, tened la seguridad. ¿O queréis israelíes de primera categoría, Zuckerman, Perlman, Barenboim...? ¿O estos otros del salvaje Este? ¿Sabéis qué contestó Ostrah? Cuando le preguntaron los yanquis quiénes eran mejores, si los violinistas soviéticos o los norteamericanos, ¿sabéis lo que contestó? —persevera, incansable, el

camarada Vasile Bazil Beldeanu observando a su aturdida audiencia—. Pues... los unos y los otros, todos son judíos nuestros de Odessa. Tenía razón, ja, ja, ésa era la respuesta, tened la seguridad.

El güisqui, el vodka, los entremeses, el pescado, el asado, las ensaladas, el vino blanco y el vino tinto y la tarta y los quesos y el coñac y el café, sí, sí, hay también café, café natural, de verdad, y cigarrillos buenos, de importación y música preclásica, sí, sí, a este cansancio sólo pueden hacerle frente los preclásicos. Todo excelente, ¿verdad?, sí, sí, y la fruta excelente y la escenografía y la gastronomía y la retórica, todo, todo excelente, ni que decir tiene. Anfitriones excelentes, tened la seguridad, incansables, perfectos, siempre tratando de minimizar el banquete para favorecer una cercanía más cordial, más familiar. Difícil, difícil de conseguir... La prosperidad ya no acerca sino que irrita. La casa confortable, la mesa rebosante, el ambiente distendido, hemos de sentirnos bien, olvidar los sinsabores, el miedo, los remordimientos, ¿verdad?, pero, ya ves, no obstante, el caso es que..., sí, bueno, no hay nada que hacer.

Conversación apagada, pese a que los anfitriones no ahorran esfuerzos, esos anfitriones infatigables, obsequiosos, avezados, competentes y resistentes.

—Tú, Felicia, ¿sigues yendo a las iglesias y a las sinagogas? —toma Dina la iniciativa—. ¿Sigues creyendo que sólo allí se ven caras interesantes? ¿Has abandonado el dibujo? Ioana me ha dicho que perseveras, que no te das por vencida. Imagino lo que significa ser profesora de dibujo en una escuela técnica de tres al cuarto, en la periferia de la ciudad. Pero no has dejado el dibujo, estoy convencida. Por la religión ya no pregunto, entiendo que se trata solamente de una contemplación estética.

La pobrecita Dina, la insoportable, en vano trata de mostrarse natural, cercana, no puede superar su incapacidad para la comunicación, ¿verdad?, no puede, todo lo que hace suena a convencional, seco, por eso cayó en la trampa llamada Vasile, la atracción por lo rudimentario, ¿verdad?, el alivio repentino, otro que se encargue de las relaciones sociales, del comercio cotidiano, favores y contrafavores, obsequios, comodidades, de todo el circo.

La lacónica respuesta de Felicia la ha desconcertado, las negativas a recibir de buen grado esta naturalidad artificial con la que se ha blindado la hacen perder los papeles. Pero no se nota, ¿verdad? Se vuelve hacia la otra invitada.

–Siempre me ha gustado tu naturalidad, Ioana. Eres de las que van siempre con el corazón en la mano, como dice el pueblo. Qué suerte tiene Ali. Las esposas de hoy no tienen tiempo de nada, mientras que tú lo sacas para la pedagogía, para bordar o hacer conservas. ¡Cuánta energía y cuánta paciencia hace falta para enseñarles a esos niños hijos de campesinos, a los futuros técnicos, la pronunciación inglesa! Me imagino lo que supone ocuparse de la escuela, de la casa y de tu hijo. ¡Una campeona, eso es lo que eres, una heroína, una plusmarquista contemporánea!

Frases brillantes que hubiese deseado sencillas y atrayentes pero que salen preciosistas, como recitadas, todo a causa de su incapacidad para la comunicación, ¿verdad?, por eso consiguió Vasile serle útil, indispensable, y ella se quedó contenta y resignada, ¿quién sabe?, se ha acomodado a la trampa que es Vasile, habrá comprendido que era una trampa, al final lo habrá comprendido, ¿verdad?, aunque se ha acomodado, sí, sí, cómodo, muy cómodo. Prueba a bromear, ya con Ali, ya con su marido, pero vuelve a fallar lastimosamente, la pobrecilla, la insoportable, la flaca, la remilgada. Al único que no le presta atención es al Sabio, lo deja con sus caprichos, no le pide participación ni confirmación, nada, nada, no lo molesta. No ha dicho el Chiquitín una sola palabra en toda la noche, aunque parece extremadamente atento, tolerante, comprensivo, asiente de continuo con la cabeza y mira el dedo gordo de Dina. Ese dedo romo de la mano izquierda. Como si quisiera convencerse de que el dedo es el mismo, el que conoce desde hace mucho tiempo. Manos delicadas, finas, muy finas, ligeramente violáceas, un tanto rojizas, la circulación de la sangre, ¿verdad?, una mala circulación de la sangre. Las manos delicadas, pero el dedo sorpresa de la izquierda: romo, inflamado, como amputado. Las manos delicadas y el contorno del rostro oblongo, delicado, con sombras azuladas, orientales, y la silueta delgada, elástica, delicada, y ese dedo tan feo de la mano izquierda. Cuántas cosas habían cambiado, ¿verdad?, pero ese desagradable dedo seguía tal como él lo había conocido, el paso del tiempo no había resuelto ese lastimoso detalle.

Es tarde, tardísimo, Felicia hace señas de impaciencia a Ioana. El tren al amanecer, el viaje, la madre, el hospital, el director Chibrit, después de todo ya habían acordado no quedarse hasta muy tarde.

Bazil nota la tensión. Sabe, tened la seguridad, sabe que, aunque los invitados lo critiquen cuando lleguen a sus casas, tendrán que reconocer, no obstante, el éxito de esa velada que tantas veces han aplazado. Noche rica, agradable, anfitriones perfectos. Sencillos, sin melindres, amables, atentos, los invitados lo reconocerán, tened la seguridad, son personas con sentido común, honestas, lo reconocerán, tened la seguridad.

Da el último sorbo a su copa de coñac. Degusta largamente el licor en la boca antes de tragarlo y de concluir melancólicamente la reunión con una confesión espectacular.

—¿Qué queréis? Soy un activista que se ha emancipado. No, no protestéis, ¡yo sé lo que me digo! No soy ningún burro, tened la seguridad. Burro no soy, quizá bobo algunas veces, pero burro no. Tened la seguridad, un activista, eso es lo que soy. No hay nada que hacer, el que más y el que menos tiene lo suyo. «*Jedem das Seine*», como decían éstos... Sí, sí, sé un poco de alemán, tened la seguridad, no es tan raro, he recorrido mucho mundo. Sólo digo que la historia no es tan sencilla como algunos creen. No, no lo es, tened la seguridad. Se equivocan los que se creen que la nueva categoría social es homogénea y simple. No, ni siquiera los securistas... No, éstos tampoco. No todos son del mismo paño. Muchos nos confunden, tened la seguridad. Especialmente en los últimos años la gente se cree que todos somos securistas, informadores. Eso expresa más bien la exasperación general, no la verdad, tened la seguridad. Una simplificación como tantas otras, tened la seguridad. Pero qué..., ¿qué quería decir? Ah, sí. Fijaos, leemos en la prensa que el activista del Partido es el auténtico héroe de los años de posguerra. O el auténtico héroe de la literatura de después de la guerra, hum, ¿qué decís?

Mira a su auditorio con satisfacción. El auditorio está atento, el auditorio sigue, tenso, al orador; sigue, tenso, a su fiel observador, o sea la inocencia y el asombro y la infantil exaltación participativa y la embriaguez del erudito caído bruscamente de la luna entre los terrícolas, pero también la alegría del investigador, ¿verdad?, la alegría del investigador.

—El auténtico héroe de la vida o de la literatura, ¿eh? Y, no o... ¡El héroe de la época y de la literatura de después de la guerra! Siempre encontramos frases. Demagogia, todo el mundo está harto de palabrería. ¡Sin embargo! Sin embargo..., si nos paramos a pensar un poco..., lo paradójico es que..., sí, sí, ¡es incluso cierto! Noches y días y años perdidos en reuniones y campañas con una finalidad..., imposible.

»¡Los estamentos oficiales no están dispuestos a reconocerlo, tened la seguridad! Si reconocieran la verdad de la que cada vez son más conscientes, entonces, entonces se vería que sí, los héroes de estos inútiles y gigantescos esfuerzos, en una absurda misión sin fin, sí, sí, ellos son los héroes. Poco a poco he ido dándome cuenta de ello... Se han dado cuenta todos, tened la seguridad, los soñadores y los oportunistas y los compañeros de viaje. No voy a deciros de qué categoría formo parte, tened la seguridad. Sólo digo que no soy más que eso, un pobre advenedizo. Un activista, el héroe de la etapa posbélica...

El héroe ha hecho su número, pero el Sabio sigue mirándolo fascinado. Querría decir algo pero los labios se le mueven demasiado rápido, sin producir ningún sonido. Pero querría decir algo, se esfuerza, no puede articular nada, se vuelve hacia Dina, no despega la mirada del dedo rojo de la señora Beldeanu. Sí, el mismo dedo gordo, inflamado y desmochado de la mano izquierda, como en la adolescencia. El tiempo no había ofrecido para esto ninguna solución excepcional, ¿verdad?, ¿ninguna solución, ya lo ves!, pero el buen vino y los excelentes manjares y Felicia más guapa que nunca, en su noble discreción y serenidad, y Ioana alerta, versátil y estimulante, y Ali distendido y generoso, la misma Dina perfectamente a tono, ¿verdad?, perfectamente modulada, sí, sí, incluso Vasile, con su panza imponente y augusta, ¿verdad?, su bigote maduro, entrecano y poblado y su pelo espeso, rebelde y canoso como el de un senador, ¿verdad?, patricio bonachón, afable y condescendiente, sí, sí, incluso Vasile, todo, todos, excelente, excelente, ¿verdad?, relajante, agradable, lejos de las amarguras y de la depresión y del miedo, sí, sí, lejos del miedo cotidiano, sí, sí, un momento de evasión, sí, de evasión del sistema, ¿verdad?, un instante que se le arranca, la evasión, ¿verdad?, la embriaguez rabiosa y tenaz que ignora la coyuntura.

La noche concluye con apretones de manos y besos, tened la seguridad. Un cansancio real y agradable. Hasta el matrimonio Stoian, al principio los dos reservados y atentos, hum, sí, nunca se sabe, no vaya a parecer que están de buen humor y que los tomen por íntimos de los anfitriones, rompen finalmente la coraza alegres, entusiastas, bulliciosos y contentos de que todos se hayan sentido bien, ¿ves?, no se pasa mal en casa de los Beldeanu, si uno acepta la relación puede disfrutar de un rato muy agradable, desde luego, desde luego. Los anfitriones, felices, acompañan a sus jaraneros invitados hasta la puerta, solícitos y afectuosos, aún se oye la voz ronca y paternal de don Bazil: «A ver si olvidáis algo; tened cuidado, no vayáis a resbalar que el suelo de la calle está mojado, mucho cuidado con el coche, tened la seguridad, tened cuidado, atención, tened cuidado».

En el patio, en el coche, el Inocente acierta, al fin, a articular lo que había estado tratando de decir, sin éxito, después del discurso del anfitrión.

–¡Ma-magistral! ¡Ma-magistral! –murmura, por fin, el Niño–. Mara-maravilloso, mara-maravilloso, ¿verdad? Magimagis... –balbucea borracho perdido el Sabio agarrándose fuerte al largo brazo del larguirucho Ali, borracho también, chafado, agotado y licuado.

–Perfecto, perfecto, naturalmente, na-tu-ral-men-te –asiente Ali mientras el Niño, a su vez, con más dificultad pero con claridad, añade:

–Mara-maravilloso, vaya que sí.

Y se retuercen, enlazados, se retuercen lenta, lentamente, tambaleándose alrededor de la embarcación cósmica, amarilla y aerodinámica que los aguarda.

Ioana se sienta al volante, irritada pero lúcida, en actitud despectiva ante la debilidad masculina: pero lúcida y dueña de la situación.

Hace mucho que ha parado de llover, el aire es fresco, la noche límpida y la ciudad está perdida en la oscuridad, en el sueño y en las galaxias. El océano de estrellas encima, y la luna, hela ahí, una luna glacial, sonámbula, cadavérica, luna vieja, lírica, demoniaca, luna vigilante, pérfida, policiaca y el océano de sosegadas estrellas alrededor, el océano encima y esa confusión en nosotros, sobre nosotros y ante nosotros, la ley y el azar, la luna y las

estrellas en lo alto del cielo, y los días del juego aquí, abajo, para nosotros. *Terra incognita*, confusa, la ley y el azar, el enigma de mañana, de pasado, efímero.

El lunes vendría la llamada de agradecimiento. La familia Stoian seguramente estaría vegetando en su casa, de mala gana. Cansados y malhumorados también por culpa de la lluvia.

–Deberíamos llamar a Bazil para darles las gracias –propondría Ioana.

Ali levanta la mirada de la máquina de escribir.

–¿Para darles las gracias? Bazil y yo sólo somos compañeros, eso es todo, no tenemos una relación estrecha. A lo mejor es él quien me da las gracias por haber ido a recoger su estúpido artículo y haberlo llevado a la redacción porque el caballero no tenía tiempo, se había levantado muy tarde y tenía que marcharse de viaje oficial.

–Sí, pero de lady Di y sus ínfulas, ¿qué? Ya viste anoche los esfuerzos que hacía la pobre por ser menos convencional. ¡Con toda aquella cubertería, el decorado, etcétera, se las daba de modesta! Y luego se extraña de que, después de un festín grandioso como ése, los invitados no vuelvan...

–Ellos también empiezan a notar la crisis, ¿sabes? Bazil tiene que batirse el cobre por cualquier fruslería. Antes todo le venía dado. Ahora ha de hacer encaje de bolillos para conseguir la menor tontería. Por menudencias, por supuesto, por cualquier menudencia.

–Mira, no tengo tiempo de compadecerlos. La prioridad de la compasión la tienen otros.

–¿Vas a llamar entonces?

–¿Yo? ¿Por qué yo? Llámala tú, le gustará mucho.

–Ella espera que la llames tú, por si no lo sabes. De lo contrario pensará que algo no ha estado bien. Ya sabes cómo son las mujeres.

–¿Cómo voy a saberlo? ¿Es que yo soy mujer? Bien, bien, llamaré más tarde, después de bañarme.

Pero Ioana Stoian debió de olvidarse de llamar el lunes por la tarde al matrimonio Beldeanu.

Tampoco la otra pareja estuvo, al parecer, a la altura de la prontitud requerida.

Al regresar el lunes a altas horas de la noche de su triste viaje a provincias, Felicia apenas si pudo referir los desagradables pormenores (el tren sucio y atestado, la indiferencia y arrogancia del médico, las lamentaciones de su madre que presentía el fin) antes de dormirse, rendida.

El martes, Felicia sólo tenía tres horas de clase, por lo que regresó temprano y descansó. Por la tarde, hay que suponer que tuvo lugar la aplazada controversia.

–Si llamamos hoy, todavía cumplimos con las normas de cortesía –se oyó desde la cocina la voz clara y perfecta de Felicia.

–Y si no, ¿qué? Se terminará lo que no ha empezado –respondió el bajo probablemente desde su sillón de lectura.

–Han pasado unos cinco años hasta que has aceptado la invitación. Siempre ha sido amable, me ha ayudado a conseguir cartones, marcos y colores. Mientras que yo siempre he sido demasiado reservada. Sin motivo. Sólo porque no querías ningún contacto con el matrimonio Beldeanu. Ahora ya está, ya hemos hecho la visita, al menos concluyamos de manera honrosa.

–Perfectamente, puedes llamarla si quieres –transige el marido entrando en la minúscula cocina.

–No tengo ningunas ganas de toparme con el camarada Vasile –se defiende Felicia echándose, con un movimiento nervioso, la negra melena sobre la espalda.

–El camarada Beldeanu se marchó el lunes por la mañana en misión oficial al interior del país, estará ausente tres semanas. Me lo dijo Ali. Estará muy cansado, ¿verdad?, por haber fregado la vajilla de la noche anterior. ¿Sabías que Vasile es el encargado de fregar en casa? Un marido modelo, por lo que me han dicho. Lo hace todo para ahorrarle trabajo a su pareja. Compra, friega, guisa y barre. Así sí, ¡toda mi admiración! Se ha marchado, eso es seguro. Ali fue ayer por la mañana a buscar un texto para la redacción, un texto que el camarada Beldeanu no tenía tiempo de llevar personalmente.

–Aparte de la biografía... Vasile es un hombre a carta cabal, ¿te enteras? O sea, no necesariamente su biografía, me refiero a su posición social. Tú entiendes lo que quiero decir.

–Lo entiendo pero no me interesa. De cualquier forma, no está en casa. Puedes llamar sin problemas.

–Sería más correcto que llamasés tú. Constituiría una sorpresa. Se aclararían todos los nubarrones que se han ido formando.

–Eso es demasiado, créeme. Soy ya un personaje demasiado exótico para la señora Beldeanu. Marcado ya desde la adolescencia: la pequeña celebridad provinciana, la gran promesa. Luego, el joven sabio con tantas perspectivas, con un brillante futuro. Después, el increíble salto desde el tren en marcha. Justo en la madurez, ¿verdad?, el chiflado renuncia a su carrera de golpe y porrazo, como todos los chiflados. ¿Y por qué crees que querían invitarme? ¡Para ver al bicho raro! Al animal exótico, ¿verdad?, al loco. Para condimentar el tedio, esa sopa insípida de los días insípidos.

–Insípida o sabrosa, no puedes saberlo. A Vasile no deben de irle muy bien las cosas en los tiempos que corren. Políticamente, hoy está más bien de capa caída. Una esposa de la minoría más..., tú ya me entiendes lo que quiero decir. La pureza étnica, ¡factor cardinal de selección! A ella no debe de haberle ido de maravilla ni en el pasado ni en el presente. El campo de concentración y luego, al volver, la adolescencia complicada, después el idilio, que el viejo y fanático Berg la maldijera y la echara de casa y todo lo que siguió. ¡Tampoco la vida con Vasile ha sido paradisiaca! Ella se ha blindado en ese ritual rígido de señora de alto copete, pero... Y en cuanto a ti, no será sólo exotismo. En definitiva, os conocéis desde la infancia. Es natural que haya cierta nostalgia.

–¿Te refieres a los juegos en el cobertizo del patio? No, yo no soy capaz de telefonar. Me pasaría cada palabra por un tamiz, como si vinieran de la luna. ¡Y, sin comerlo ni beberlo, me veo haciéndole la corte a la camarada! Así, por una especie de supertensión, de absurda excitación. ¿Sabes lo que decía el salido de Ali? Pues que primero una buena tunda y luego... Que de lo contrario no funciona. No, más vale renunciar a agradecimientos de cortesía, más vale dejarlo.

Sin embargo, tres días después del acontecimiento, Ioana Stoian telefoneó al parecer para darle las gracias al matrimonio Beldeanu, especialmente a Dina, por la bonita velada que habían pasado en su compañía. Y a las nueve, alrededor de las nueve, Dina reconoció, ¿verdad?, la voz agradable de

Felicia. Agradecimientos convencionales, claro está, pero pronunciados con una voz tan límpida y luminosa que uno no podía sustraerse a la alegría de escucharla, sobre todo porque, sí, Felicia hasta parecía emocionada, confusa, a veces se detenía, como si un vacío se tragase de golpe las palabras que habían de seguir, ya conocía ese tic de Felicia.

–Una noche especial para nosotros. Ambiente amistoso..., manjares exquisitos..., sinceramente... un auténtico placer.

–Oh, no agasajamos a todo el mundo así. Fue algo especial para vosotros. Llevaba treinta años sin hablar con tu marido, figúrate. A veces lo he visto casualmente por la calle, pero no nos parábamos. Me saludaba y basta.

–Ay, tú ya lo sabes, no es demasiado sociable..., contemplativo..., muy callado..., incluso en la cena del otro día. Pero se sintió bien, no te quepa duda... Se emborrachó, algo desacostumbrado... Distensión... Ha visto a mucha gente... Un anacoreta, por otra parte, un anacoreta.

Felicia se dejó llevar por la corriente de trivialidades y aceleró sin querer.

–Ahora que no está Vasile, si te aburres puedes pasar por nuestra casa.

Al oír la invitación, su marido dio un salto en el sillón, seguramente desesperado, y levantó las manos al cielo. Felicia perdió la voz, pero lady Di, al parecer, interceptó a tiempo la vacilación.

–No sé, no creo que pueda. Estoy muy atareada. Estos últimos años se me ha complicado el trabajo cada vez más. Todos los días voy al juzgado, siempre tengo juicios. Las leyes cambian constantemente, cada vez hay más restricciones y líos. Una auténtica guerra entre organismos, no sólo entre personas. La exasperación se nota también en el juzgado, ¿sabes?, no sólo en la cola de la leche. Los jueces están desbordados. Ah, sí, quería preguntarte... ¿por casualidad habéis olvidado una gabardina?

Felicia recobró a duras penas la serenidad, la palabra, parecía totalmente aturrida y contestó con dificultad, balbuceando.

–¿Cómo, qué? No creo, no, no, Ioana, quizás Ioana, no lo sé..., ¿qué? ¿Cómo?... ¡Ah! No, Ali, sí, quizás Ali, no lo sé.

–Desde aquella noche hay aquí una gabardina. O sea, no la vi hasta el día siguiente por la tarde, cuando volví a casa. Al marcharme por la mañana, estaba tan cansada e iba con tantas prisas que ni miré a mi alrededor. Tal vez

Ali, sí, o Ioana, no sé. Olvidé preguntárselo. Me ha llamado esta misma tarde, hace un rato, pero se me olvidó preguntárselo. No, no tiene importancia, una tontería, ahora la llamo y se lo pregunto.

Por lo visto, Dina Beldeanu sí llamó inmediatamente al matrimonio Stoian, pero nadie contestó.

Dos días después, Ali tuvo una larga y jocosa conversación con la esposa de su compañero, ausente en viaje oficial, al final de la cual contestó a la reiterada pregunta.

—¿Gabardina? ¿Qué gabardina? No, no es nuestra... Con toda seguridad no es nuestra. No, yo no llevo gabardina. Además, cuando pasé por vuestra casa el lunes, a la hora de comer, sí, más o menos a la hora de comer, no vi ninguna gabardina en el perchero. Vamos, no es que me fijara con atención, evidentemente, no miré con mucha atención, en fin, no sé, no sé.

Sin embargo, dos días más tarde Dina volvió a insistir.

—¿Ioana? Hace un par de días estuve hablando con Ali, ¿sabes? No sé si te lo habrá dicho. —Silencio. Larga pausa, larga espera, cada una espera a que la otra prosiga—. En fin, no tiene importancia. Le pregunté por una gabardina. No sé si te lo habrá dicho.

Otra pausa, infinita. Pero, finalmente, el diálogo se reanuda.

—¿Le preguntaste qué? ¿Por una gabardina? ¿Qué gabardina?

—No sé, una gabardina, simplemente. Una tontería, perdóname, debo de estar nerviosa. Cuando estuvisteis vosotros, a la mañana siguiente me di cuenta de que había una gabardina en el perchero del recibidor. Es decir, por la mañana no, por la tarde, cuando volví a casa. Le pregunté a Ali si no sería vuestra. Él...

—Él te dijo que no lleva gabardina. Dijo que no, es la verdad. Supongo que respondería eso, ¿no? Y mi gabardina está aquí, en nuestro perchero. No, seguro, no es nuestra.

—Perdóname, es un fastidio, no sé por qué me preocupa una idiotez como ésta. No es más que una bagatela, una tontería. Pero es, ¿cómo decirlo?, es desagradable, lisa y llanamente desagradable, perdóname.

–Lo comprendo, lo comprendo, nunca se sabe, una cosa rara en tu casa, lo comprendo, un fastidio, desde luego que sí. Se aclarará, no te preocupes, tal y como están las cosas hoy nadie deja olvidada una prenda suya. Ten la seguridad de que alguien la reclamará, sobre todo porque..., sobre todo porque vosotros no tenéis trato con bohemios que olvidan dónde han estado y qué llevaban puesto. ¿Le has preguntado a...?

–Sí, sí, he hablado también con Felicia y los he importunado con esta historia.

Pero Dina, ¡vaya sorpresa!, no podía abstenerse de volver a llamar apenas una hora más tarde a la otra pareja.

El teléfono sonó y sonó, una vez, otra más, en el vacío, en el vacío... Sin embargo, finalmente, cogieron el auricular aunque nadie respondía, no se oía ninguna voz, aunque, en definitiva, habían descolgado el auricular. Pues sí, no obstante, pues sí, parece que... sí... Alguien vacilaba en responder.

–¡Diga! Sí, quién...

–Ah, soy yo, Di... –y se quedó absolutamente azorada.

No se esperaba ese encuentro, no conseguía articular las palabras, se había perdido totalmente... Ahora... ¿De qué serviría? La estúpida historia esa de la gabardina... No, ya no tenía el menor sentido, ¿verdad?... No, ya no sabía cómo empezar, qué es lo que realmente había querido decir.

–Buscabas a Felicia, ¿no es así? Hum, sí, yo no suelo contestar al teléfono. ¿Qué puedo decirte?, no tienes más remedio, eso es, tendrás que hablar conmigo, eso es.

Dina quiso protestar, la sorpresa le resultaba grata, hace mucho que le habría gustado... Pero ya no hay tiempo, se ha desencadenado el monólogo de él. Todo intento por interrumpirlo, por poner objeciones o matices a las suposiciones y recuerdos que llegaban velozmente, mezclándose y rodando de manera frenética, todo intento resultaría inútil.

–No es fácil mantener conmigo una conversación, ¿verdad?, hace mucho que no hemos hablado, muchísimo, desde que éramos chicos... Ha pasado toda una vida... Y tampoco entonces hablábamos demasiado, sólo aquellos extraños juegos en el patio de la familia Berg, con tu primo y mi compañero de clase...,

¿cómo se llamaba?, ¿cómo se llamaba? Snuki, Muki, ya no me acuerdo, pero lo recuerdo perfectamente, aquellos dientes grandes, muy salidos hacia fuera, sobre los labios, un chico bueno y sensible, me dijeron que se había metido a militar, nunca me hubiese esperado una cosa así, quizá no lo eligiera él, todos se han vuelto más duros en ese país demasiado viejo y demasiado nuevo, sí, sí, el clima, los árabes, las oleadas de inmigrantes, las guerras, la neurosis, la neurosis milenaria, la neurosis moderna, sí, recuerdo perfectamente a Haimi, ah, sí, ése era su nombre, Haimi, sí, sí, tu primo, el patio grande, con muchos árboles, el cobertizo aquel alto, subíamos la escalera hasta el camaranchón, te acuerdas, ¿verdad?, los dos éramos muy precoces, sí, sí, toda una vida... Treinta años, toda una vida, no hemos vuelto a cambiar una sola palabra, así sucede, como si paulatinamente se congelase un trozo nuevo de nosotros, ya no existe el entusiasmo, ni la curiosidad, sí, sí, perdemos la curiosidad, el placer del juego, ¿verdad?, el experimento, sí, sí, el experimento, ya no hay entusiasmo, sólo tirantez, complicaciones, cada uno vestido con su propia leyenda, en su ataúd, sí, tieso y solo... Una mujer arrogante, ¿por qué no decirlo?, arrogante, elegante y privilegiada, sí, esta palabra estúpida, ¿verdad?, esta palabra estúpida es la más apropiada... Aprovecho esta inesperada llamada, quién sabe si volveremos a..., en fin, yo soy un tipo taciturno, retraído, otro experimento, sí, sí, no cultivo las conversaciones mundanas... Espero no herirte, mi ingenua sinceridad, ¿verdad?, otro experimento, sí, sí, cruel, quiero decir, y sin motivo, sin motivo, signo de simpatía, no obstante, la sinceridad como simpatía, en mi caso la sinceridad es signo de simpatía, sólo con los más allegados pongo en práctica este experimento, sí, siempre ex, ex..., una mujer arrogante, vanidosa y estúpida, eso quería decir, eso parecías... También estaba la leyenda, la huida o la expulsión de tu casa, entonces, en el último curso de bachillerato, el gran amor con tu compañero Vasile Beldeanu, precisamente con él, ¿por qué con él?, ¿verdad?, inexplicable, inex ex inex, las chicas en una edad confusa, así es... Quiero decir que no se preveía, quién se iba a imaginar que el piojoso aquel, ¿cómo decirlo?, no se podía prever el futuro, eso estaba excluido, ex, y aunque se hubiese podido, sí, sí, aunque se hubiese podido prever, el fondo de la cuestión no habría cambiado, la esencia, ¿verdad?, en fin, no es éste el problema, no, no... Ni tampoco tu padre, el viejo Berg, el pobre, perdóname,

aquel episodio terrible..., no, no habría podido preverlo, no, ni tu propio padre, pero de todas formas nada habría cambiado, ¿verdad?... Nuestras posibilidades de comunicación son exiguas, ya lo sé, una mujer convencional que en otros tiempos se enfrentó, no obstante, a las convenciones... Entonces, quiero decir, cuando, ya sabes cuándo..., tu padre maldecía a su hija, o sea, quiero decir, la maldición, la expulsión y el ritual de enterramiento como si su única hija hubiese muerto, ¿verdad?, como si el viejo, sin saberlo, ¿verdad?, sin sospecharlo, sin, excluido, no, no sabía que sólo una semana después, él mismo, quiero decir, justamente él, en fin, sólo una semana después, tendría lugar su verdadero entierro, el pobre señor Berg, el viejo fanático, el pobre... Sin embargo, mira por dónde, volvió la afición por las convenciones, sólo que ahora se trata de una absolutamente estúpida, social y mundana sin ninguna grandeza, ¿verdad?, sin sustancia, mientras que aquella dramática fe, por irracional que fuese, tenía sin embargo, sí, en fin, no es éste el problema, el viejo no soportaba las relaciones de su hija con..., en fin, con los que..., sí, sí, la psicosis milenaria del gueto, ¿verdad?... No se preveía el futuro y, en cualquier caso, no tenía importancia, lo sé, aquellos años de la universidad en medio de privaciones, el aislamiento de la familia y los amigos, y luego, de repente, la carrera, la extraordinaria carrera, ¿verdad?, aunque, aunque la biografía de la esposa no lo ha favorecido de ninguna de las maneras, lo sé, en absoluto, al contrario, en otras circunstancias ya estaría arriba, mucho más arriba, muy arriba, basta mirar a los peces gordos del momento, pobres funcionarios con sus pobres privilegios, sí, sí, Vasile podía llegar más arriba, una carrera destacada... Quería decir que cada uno con su leyenda, no podíamos comunicarnos... Y de mí, ¿verdad?, las historias que circulan, la protesta pacífica, la renuncia a la carrera científica, cualquiera creería que soy una especie de Gandhi, un héroe, en absoluto, en absoluto, un hombre cansado, sí, las lecturas, sí, una alegría, no lo niego, y el libro, ¿verdad?, no lo niego, un éxito, sí, sí, no hay que exagerar el éxito de un libro, un atolladero, eso sí, la expresión de un atolladero, eso sí, pero no es el único, todos lo hemos tenido, ésta es la biografía de la generación, los niños de la guerra, no sólo de la guerra, hubo también otra cosa, habría que inventar o reinventar el término... Estos trances me acometen pocas veces, muy pocas... La morfina del hastío, eso es, otro experimento, ¿verdad?, multilateralmente desarrollado, eso dicen

los periódicos mentirosos, no, la sociedad multilateralmente desarrollada no, sino el hastío y la miseria y el terror... Todos nos hemos acostumbrado, seguro que sí, nos hemos acostumbrado desde la infancia... Sí, sí, salvando las distancias, claro está, me refería al hastío, a la monotonía homicida y al hastío multilateral del lenguaje, del sometimiento y de las convenciones, no lo olvides, de las convenciones homicidas, incurables, homicidas, si no encontramos otra cosa, otro experimento, la explosión, ésa, la que nosotros sabemos, pero hasta entonces otras, extra, más bien, siempre otras, extra...

Y así sin parar durante casi una hora.

Por la noche, el culpable le contaría a su mujer la crisis verborreica que no pudo controlar.

—He estado grosero y agresivo. Es un placer decir cosas desagradables. Un acto espontáneo, sadismo y locura. ¡La neurosis del hastío! También le he hablado de eso, balbuceé algo sobre el hastío, quizá lo haya entendido, una excusa que acusa. De cualquier modo, ¿nos hemos librado para siempre de lady Di! Ya no nos invitará nunca más. Ni el saludo creo que me lo devuelva. Mala y digna, como es ella, no había peor ofensa. Sobre todo porque tampoco soy ningún borracho, no tengo esa excusa, no soy Vasile, no tengo esa excusa. Eso es... Nos hemos librado del matrimonio Beldeanu. Nosotros de ellos y ellos de nosotros, ¿verdad?, de todas formas, no tenía ningún sentido.

Sin embargo... Dos días después, al parecer Dina llamó por teléfono. Encontró a Felicia. Se refirió de forma seca a la invitación que, por cumplir, le había hecho en su última conversación.

—Quizá lo dijeras de forma gratuita. Pero yo sí que pasaría uno de estos días. Una tarde. Media hora, si es posible. Eso, sencillamente, pasar por vuestra casa...

—Pero claro, naturalmente —dijo Felicia con voz apagada—. Se lo digo a... Sí, sí... Te llamo mañana.

—No, no tiene sentido. Si lo aplazamos se nos pasan las ganas. Sobre todo porque no son muy grandes, seguramente. No hay necesidad de que preparéis nada especial para mí, ni hay necesidad de que estéis los dos en casa. Tampoco es obligatorio que os quedéis ninguno en casa porque yo vaya, si tenéis otros planes. Paso por allí, así, sencillamente. Que estéis en casa, pues muy bien. Que no, ningún problema, ya pasaré en otra ocasión. Con media hora

basta. Así, sencillamente. Mañana, cuando acabe en los juzgados. Tengo dos juicios mañana. De modo que sobre las seis. Entonces, mañana si es posible. Media hora. Sobre las seis o las seis y cuarto. No preparéis nada, por favor... Así, sencillamente.

Adiós y punto. Pac, ya está, se acabó la conversación.

Felicia paralizada, con el auricular en la mano. El marido: culpable y pálido. ¿Cómo prepararse para la confrontación? Dina con sus aires de señorona, ¿oyes?, Dina, de repente: que paso por vuestra casa. ¡Que paso por vuestra casa, sencillamente! ¿Qué te parece? ¡Dina, Dina, de repente en plan llano, afable y natural! Mañana, en otra ocasión, ningún problema, ya lo oyes. Un largo, larguísimo, hinchado e interminable silencio llena la habitación.

Dina aparece al día siguiente, exactamente a la hora anunciada. Elegante, como de costumbre, sobre todo porque venía de su trabajo en los juzgados. El peinado, sin embargo, sencillo, un moño, una peineta que hace juego con el negro del pelo. Desenvuelta, algo cansada y cordial. Espontánea y correcta, simplemente.

Participa sin entusiasmo en la banal conversación sobre asuntos corrientes. Los mismos, los mismos, desde luego. Sobre el hastío multilateral, el frío en las casas, las mentiras de los periódicos, el mercado negro, las colas, las reuniones. Sobre el dictador, la censura de la correspondencia y de las conferencias telefónicas, pero también sobre la infame calidad del papel de los libros, cada vez más escasos, pero también sobre la supresión de las subvenciones al teatro, que ahora los teatros se mantienen haciendo decorados y ataúdes, o sea, que los teatros se han convertido en talleres de decorados y venden ataúdes, una mercancía escasa y con mucha demanda... El intelectual de la casa, en cuanto llegó la jurista, dio rienda suelta a los temas calientes del día para que no hubiese tiempo de tocar otros.

Lady Di participa sin entusiasmo y sin su habitual afectación. Bebe tranquilamente el té y sonríe ante algunas observaciones sarcásticas de su antiguo compañero. Se comporta con absoluta normalidad, con exceso, incluso con exceso de moderación y de sentido común. La visita concluye de forma repentina, transcurrido algo más de la media hora prometida.

Por la noche, la familia Stoian, como es natural, fue puesta al corriente por teléfono del suceso.

Los dos maridos comentarían largo y tendido con bromas no precisamente elegantes los efectos de la ausencia de Bazil pero, sobre todo, el efecto de humanización, el esfuerzo por parecer llanos y populares que, en los periodos de crisis, se observa en los miembros de las clases privilegiadas. Uno se ajustaba las gafas, el otro se rascaba al otro lado del hilo el pelo negro y crespo, a lo afro.

La bomba explotaría al final de la conversación. ¡De modo que Dina había anunciado una visita también al matrimonio Stoian! Una breve visita al día siguiente. Simplemente, quería pasar a verlos. Media hora, nada más. ¡Sin ningún motivo concreto, así de sencillo! No era en rigor una visita, sólo eso, media hora, cuando saliese de los juzgados.

La visita al matrimonio Stoian se desarrolló, al parecer, de forma similar. Dina se quedó sólo media hora. Se comportó con toda naturalidad... Anormalmente normal, diría Ali. El jocoso comentario empezaba ya a ser un tanto artificial, porque ya no eran las bromas rutinarias de siempre sino que esos comentarios apuntaban a otro blanco.

A esas visitas no seguirían otras. Sólo largas cortas conversaciones telefónicas, ora con Ioana la cuatro ojos, ora con la locutora Felicia, ambas cada vez más hastiadas de esas insistentes llamadas. Tampoco las bromas de los maridos conseguirían mantener su frescura, como si se sintieran humilladas e intimidadas por la constancia de ese extraño comportamiento natural de que hacía alarde Dina Beldeanu. Llانة amistosa y agradable... ¡Extremadamente agradable, figúrate! ¡Extrema, extra, ésa es la verdad!, reconocen, poco a poco, los cuatro. ¡Es el colmo!, repite excitado el Inocente. ¡Esto desde luego jamás nos lo podríamos haber imaginado, ¿verdad?, ni remotamente, una experiencia, ¡vaya que sí!

Cuando vuelva Vasile, las premisas..., las premisas preparadas para..., para... para qué..., ya veremos cómo nos las arreglamos..., a lo mejor nos hacemos amigos del camarada Beldeanu..., no nos bastan las ambigüedades que hemos aceptado ya, no nos basta el matrimonio Stoian, del que, si lo pensamos bien, lo único que sabemos es que son gente simpática y que, a fin

de cuentas, ellos fueron los que nos presionaron para que visitásemos a los distinguidos compañeros de la adolescencia, no, no podemos olvidar este detalle, ¿verdad?, no podemos permitirnos olvidarlo.

Suerte que Felicia rechazaba la sospecha y propagaba el amor al prójimo: así no es posible, no se puede pensar así, nadie te obliga a las relaciones sociales, puedes estar seguro, todo lo que quieras, pero si aceptas, entonces..., con Ioana has trabajado muchos años, allí, en aquel instituto de investigaciones, la conoces, la conoces incluso muy bien, estoy segura, entre vosotros ha habido algo, seguro, seguro, lo noto, no me equivoco, estoy..., estoy segura, no sólo te tradujo los trabajos al inglés, no sólo eso, estoy segura, conque me pregunto... cómo puedes hablar así, sospechas de todos, te dan miedo todos, aunque, aunque..., aunque sabes muy bien que los que de verdad te dan miedo nos pueden vigilar en cualquier momento y de cualquier forma, no necesitan intermediarios ni incluso vigilarnos, les pertenecemos, en cierto modo, pueden hacer cuando quieran lo que quieran.

La pequeña Felicia concentraba, en los momentos críticos, una energía insospechada, eso lo sabían todos.

Eso iba a confirmarse una vez más ahora, con seguridad, con toda seguridad.

—¿Qué necesidad iban a tener de nosotros? Más bien nosotros de ellos, nosotros. Vasile te ha dicho un montón de veces que acudas a él ante cualquier problema. Problema, eso dicen ellos. Ante cualquier problema, eso dijo. ¡Y bien sabe Dios que tienes bastantes! ¿A santo de qué nos iba a buscar? De nosotros no pueden sacar ninguna ventaja, somos pobres y remilgados.

El Niño ya no se podía aguantar, tened la seguridad, toda la seguridad.

—¡Sí, pero están solos! Solos y aburridos entre ellos, entre las jerarquías superiores. Quieren otra cosa más exótica, ¿verdad? Doña Dina quiere cambiar de ambiente, y el camarada Vasile, el camarada Vasile... ¡Sus fines no están nunca claros, es inútil que intentes calmarme!

Sorpresa: una vez regresado el camarada Beldeanu al hogar conyugal, las llamadas telefónicas de su distinguida esposa cesaron.

Ni lady Di ni el camarada Vasile. Un día, dos, tres... ¿Alguien entiende algo? Felicia y el bebé esperaban, crispados. Habían preparado todo tipo de pretextos convincentes para eludir una nueva visita. El silencio de la familia Beldeanu les causaba estupor. Poco a poco parece que se abrió paso también la preocupación. Sin embargo, no está bien jugar con éstos, éstos son vengativos... ¡Arrogantes y acomplejados!, gritaba fuera de sí el Niño, asustado. Seguro, todos los hombres pueden ser vengativos, suspiraba, clemente, la esposa. Se habrán enfadado, al fin y al cabo son también seres humanos. Pero el Sabio estaba decidido a no dar ni un paso más.

Parece ser que, al cabo de una semana, Felicia le preguntó a Ioana por Dina. No, Dina tampoco había vuelto a llamar al matrimonio Stoian. ¿Habría pasado algo? No, no había pasado nada. Ali se habría enterado, Ali se veía diariamente con Bazil, no, nada en especial.

El asunto debió de volver a ser tema de conversación entre los maridos. El de Felicia le pidió al de Ioana más detalles sobre la esposa de Vasile Bazil Beldeanu. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? Había desaparecido tan de repente como había aparecido. ¡Un meteoro! Visto y no visto, bromeó el Niño. El señor Stoian pasó displicente sobre esa maliciosa jovialidad de adolescente. La pregunta se repetía. La respuesta fue un gruñido. Intrigado por el misterio, el Inocente insiste. Ali da una respuesta breve, como en la escuela: nada en especial. La frase suena decidida, clara y contundente. Clara y falsa. Justamente como si hubiese algo..., algo especial, tal vez.

Por consiguiente, los maridos se citaron en la ciudad para dar un paseo.

—¿Qué ha pasado, eh? Venga, suéltalo. Lo he comprendido, no podías decir nada por teléfono. Ahora suéltalo...

—No se siente muy bien..

—¿Qué quieres decir? ¿Que no le ha sentado bien el viaje? ¿No llenó el coche de gallinas y botellas de vino o no le dieron bastante gasolina?

—No, no se trata de él.

—¡Ah, lady Di! ¿Por fin lo ha pescado con alguna secretaria o alguna militante?

—No, no es eso. Te vas a reír, Bazil le tiene a Dina un miedo cerval. No se atreve a degustar placeres ilícitos a menos de trescientos kilómetros de su casa.

–¿Entonces? ¿Es que la distancia era demasiado pequeña? Decías que se iba por todo el país. Rumania es bastante grande, ¿verdad?, y lo que se dice una tierra santa no es.

–Ella, es ella la que no se encuentra bien. El pobre Bazil está muy afligido. Afligido, sí, no es ninguna broma. Estas cuestiones psíquicas no se solucionan fácilmente, por si no lo sabes.

–¡Inevitable! La reacción del organismo. No, del organismo no, la reacción del ser, alma, cuerpo y mente, ante la alienación. La paulatina alienación de sí mismo. El matrimonio, ¿verdad?, produce tamañas rupturas. O la tiranía del Estado, de los padres, la rutina de la profesión y tantas otras cosas. El vacío, el inevitable vacío...

–Déjate de filosofías, es un asunto serio.

–¿Y la filosofía no lo es? Más vale que digas de qué se trata. ¿No se habrá vuelto Dina disidente político? Ya que es tan secreto...

–No, no es ése el problema, claro. Líos. Ella está un poco... tocada del ala. No encuentra su equilibrio.

Ali tiró el cigarrillo y lo apagó aplastándolo con la suela de su zapato grande y grueso. Se quedó mirando fijamente las gafas de su interlocutor. Lo miró hastiado e irritado.

–Desde el asunto de la gabardina.

–¿Gabardina? ¿Cuál?

–¿Cómo que cuál? *Aquella*.

–¿Cuál?

–*Aquella*... Las llamadas. Después de haber ido a visitarlos. ¿Acaso no te acuerdas?

–¿De qué?

–¿No te acuerdas? Nos preguntó si habíamos olvidado aquella noche una gabardina en su casa.

–No, conmigo no habló de nada de eso. Tal vez con Felicia. No, no creo, me lo habría dicho. No, no creo...

–¡Ah, no crees! Por supuesto que os llamó también a vosotros. Llamó a todo el mundo, naturalmente. A nosotros nos llamó una mañana, cuando sabía que no estábamos en casa, para hablar con nuestro hijo Sorin, que no tenía la

menor idea de nada. Para comprobar, evidentemente, si habíamos dicho la verdad sobre nuestras gabardinas. Se volvió loca preguntando a diestro y siniestro. Hasta que dejó de preguntar.

–¿Qué quieres decir?

–Ah, ¿qué quieres decir, qué quieres decir? ¡Parece que no lo entiendas! Os llamó también a vosotros, desde luego. Y no una vez, dos veces. Lo he comprobado. A aquellos con los que tenía confianza los llamó hasta dos veces.

–No habrá tenido confianza. A nuestra casa no llamó. Felicia no me ha dicho nada.

–No te lo dijo porque era una nimiedad. Parecía una sandez.

–¿Y es que no lo era? ¿No era una nimiedad? ¿Qué gabardina, qué es todo este disparate de la gabardina, qué gabardina?

Ali encendió otro cigarrillo. Se apretó el cuello de la cazadora de cuero y levantó los ojos al cielo. Cielo sereno, muerto, ilegible. Estación fría y serena. La calle por la que caminaban estaba desierta. Callaban. Ali miró de nuevo fijamente, una mirada larga, a su cándido interlocutor.

–A la mañana siguiente de haber estado en su casa, el lunes, Dina encontró, o sea, vio en el perchero del recibidor, una gabardina desconocida. Eso dice... Nos preguntó a nosotros primero, por supuesto, si era nuestra. Luego a vosotros, si era vuestra. Luego a otros. Una y otra vez, sin ningún sentido. Entró en un estado especial, por supuesto. Hasta que dejó de preguntar.

–O sea, ¿que se encontró al perjudicado? ¿Al propietario?

–¡El perjudicado, el propietario! ¡No! ¡No, no y no! Ésa no es la cuestión... ¿Qué propietario, qué perjudicado? ¡La gabardina sigue en el mismo sitio, en el perchero! Eso dice..., en el recibidor de la familia Beldeanu. No se sabe si ella lo ha entendido o no. De repente, ha dejado de hablar de ello. No está claro por qué. Por miedo, por supuesto. Pero no está claro si lo ha entendido o no. ¿Miedo, porque ha entendido, o miedo porque no entendía nada? Bazil no da con el quid de la cuestión, con el meollo de la crisis. Ella no quiere ver a ningún médico. Como si los médicos... Sea como sea, no tiene ningún sentido.

–Ajá –asintió el Niño levantando una mirada inocente hacia su amigo Al. I. Stoian, alias Ali, con la esperanza de que éste aceptase, por fin, que su interlocutor no entendía nada, absolutamente nada. Si entendía, no entendía, entendía demasiado, era difícil sacar alguna conclusión de todas las preguntas que hacía.

–Y pasaste el lunes por la mañana por su casa.

–Sí, pasé antes del mediodía, antes de ir a la redacción.

–Ajá, conque pasaste. Sí, recuerdo que me dijiste que pasaste el lunes por su casa.

–Bazil me telefoneó, decía que tenía prisa, casi no le dio tiempo a escribir el artículo, estaba muy cansado después de la noche anterior. Tenía que irse y me pidió que pasase para recoger el texto y llevarlo a la redacción.

–Ajá, te lo pidió y pasaste por su casa.

–¿Qué quieres decir? No haces más que preguntar. ¿Qué es lo que no entiendes?

–Nada. Todo. Estoy repitiendo lo que dices tú. Fuiste, cogiste el artículo y lo llevaste a la redacción.

–Sí, pasé unos momentos. ¡Ése no es el problema, hombre!

–¿Y cuál es?

–No es éste el problema. No tiene relación, no se trata de eso, ése no es el problema.

–¿Y la gabardina?

–¿Qué gabardina?

–¡*Aquélla!* La del recibidor. La gabardina del recibidor, ¿dónde estaba?

–¿Y yo qué sé? ¡Yo no la vi! –grita exasperado Ali–. ¡No la vi y ése no es el problema, ya te lo he dicho!

El Sabio desvió su mirada cándida, incrédula y suspicaz, de la mirada furiosa del larguirucho.

–Cuando pasé por allí –Ali siguió invocando la misma coartada–, no vi ninguna gabardina. No existía, por supuesto. Yo, yo cogí..., cogí el artículo y me fui. ¡No había ninguna razón para que me pusiera a mirar! Ni tampoco me acuerdo bien..., estaba, no estaba, ¡no tengo ni idea! Pero ése no es el problema, hombre de Dios.

–Y, entonces, ¿cuál, cuál es el problema? El problema, no haces más que repetirlo, el problema. Habrá uno, habrá un problema, ¿verdad?

Ali lo miró atontado. El Sabio lo miró fijamente, receloso, irritado, culpable, y luego desvió la mirada. Ali lo miró fijamente, furioso, receloso, y luego desvió la mirada. Se callaron durante un rato.

El Niño alzó la vista hacia el cielo confuso y luego la bajó a la *Terra Confusa, Incognita*, y aminoró la marcha.

–Así pues, el capote... –suspiró el Inocente.

Ali iba unos pasos adelantado, tenía una zancada larga y rápida y sus pasos eran firmes, furiosos, pesados e irritados.

–Así pues, el capote... –suspiró el Inocente.

–¿Qué capote? –Ali se volvió levantando las manos al cielo, como alargándose más aún, con sus manos largas para agarrarse al cielo, a algo, a cualquier cosa.

–La gabardina, vaya, el capote. El capote... –suspiró condescendiente el Inocente—. ¡El capote! ¿Has leído al loco? Al narizotas...

–¿Qué loco? ¿Qué narizotas?

–Pues... el inspector narizotas. El loco. El diario de un loco... El diablo. El demonio narizotas. El demonio demente. ¡El demonio de Nicolai Vasilievich nos ha envuelto a todos con su capote! –rezongaba de vez en cuando al ritmo de sus pasos escasos y cansinos—. El capote, ¿verdad?, el capote...

Ali sonrió con una mueca de indulgencia, había aminorado la marcha y ya no daba esos pasos tan grandes y apresurados que el pequeñajo que iba a su lado no podía seguir, diríase que quería caminar solo, a su ritmo contenido, reposado y lento. Ali se pasó la mano por el pelo ensortijado y negro. Se frotó nervioso la frente y las sienes.

–Mira, Dina habrá sospechado bastantes cosas a lo largo de los años. Tal vez supiese mucho o tal vez no quisiese saber. Un matrimonio es un matrimonio, por supuesto. Bazil no es ningún gorila, pero tampoco es ningún ángel. Para subir las escaleras hay que empujar y tirar a unos y a otros y servirse de la oscuridad. Ahora, ¡la gota! Puede que para ella haya llegado

ahora. La gota que colma el vaso. Inofensiva, como tantas otras, pero que se vuelve, de repente, roja, sangre, y cambia, ¿cómo se dice?, ¿cómo se dice?, ah, sí, el papel de tornasol. Cambia el color del papel de tornasol.

Se detuvo, las explicaciones no le parecían suficientes ni bastante claras para la mente compleja e infantil del Sabio, que no renunciaba a la máscara de la inocencia y a las preguntas insistentes e ingenuas, de una insistencia e ingenuidad sospechosas, como si, en realidad, supiese desde hacía mucho todo cuanto se había dicho, incluso más todavía, y preguntase simplemente para ajustarse al guión, porque no se fiaba de su amigo Ali ni de nadie, era amigo sólo de la verdad, ¿no es cierto?, sólo de la verdad, ¿cuál será esa verdad?, o para evitar que Ali desconfiase de él, para desviar las sospechas de su amigo Ali, perseverando en el mismo papel aéreo, inocente, *incognito*, lejos de todas las menudencias terrenales con las que, fascinado, jugaba.

—¡La gota es una tontería, hombre! —prosiguió enfervorizado el pedagogo Ali—. Agua corriente, del grifo, de la de todos los días. No es sangre, hombre, ya no es sangre. Porque también éstos, los que nos vigilan, a nosotros y a todo el mundo, están aburridos. ¡Aburridos, sí señor! Trabajan sin ganas, esperando que llegue el fin de mes para cobrar el sueldo. Redactan informes para aparentar que tienen algo que hacer, porque si no habría reducción de personal y perderían privilegios. Trabajo en vano, sin ningún rendimiento. No sólo en las fábricas y en el campo se trabaja sin rendimiento. Hasta en esta misma institución... LA INSTITUCIÓN, o sea, ya sabes a lo que me refiero, por supuesto. ¡La Institución Básica! Ineficaz, como las que dependen de ella. ¡Dispone de los mejores medios, por supuesto, pero trabaja en vano, Sabio! En vano, te lo digo yo. Piénsalo... No hacen más que llenar expedientes y armarios. Informes, notas confidenciales, legajos y más legajos. ¿Y qué? ¡Nada! Nada, muchacho... No pueden poner en práctica todo lo que preparan, no pueden hacer que funcione, y añaden, reanudan y aumentan. Ya no estamos en los tiempos del georgiano bigotudo... En balde repiten los del otro lado, los del paraíso del consumo, los eslóganes sobre la Utopía y el Terror. ¿Qué utopía? Ya no se trata de nada de eso... ¡Como si ellos, con su pragmatismo, hubiesen encontrado la solución! Fíjate en ellos y verás lo que significa la falta de utopía, fíjate en nosotros y verás lo que significa la falta de todo, incluso de utopía. Pero ya no detienen en plena noche a miles de personas... Aunque el

material y la motivación los preparan continuamente, por supuesto, la máquina tiene que trabajar, ya que existe tiene que trabajar. ¡En vano! Armarios, habitaciones enteras. Expedientes, expedientes, expedientes que no se concretan. Rendimiento mínimo también en éstos, entérate. Rendimiento mínimo, Chico.

Ali se había cansado, parecía no tener más paciencia para repetir por enésima vez cosas que se caían de su peso, que él había entendido a tiempo, hacía mucho, por supuesto, por supuesto.

–Conque... esa gota que llena el vaso, lleno desde hace mucho, no es sangre. Una más, como tantas otras. La pobre Dina se ha asustado en balde. No se trata de miedo ni de problemas de conciencia. No es ninguna atrocidad ni es motivo de histeria, créeme, no lo es. Rutina, hastío, como tú decías. Con ese mismo hastío acaba uno hasta con el diablo. Porque acaba con uno mismo, por supuesto. ¡Una sociedad sin épica, Sabio! Un gran tedio, como solías decir. Éste es nuestro pequeño diablo, lo absorbe todo, lo distorsiona, lo descompone y él mismo acaba por ser absorbido. No, no hay que golpearlo, ni enfrentarse a él ni desafiarlo, porque entonces moviliza sus fuerzas y te destruye. Pero si lo aceptas, lo aniquilas poco a poco. Sin hechos destacados, porque así es la regla: sin épica. Una épica sublimada, ahí es donde nos aprieta el zapato. El hastío, tenías razón, por supuesto.

Se había puesto bastante nervioso el amigo Ali, obligado a repetir trivialidades que, hoy por hoy, incluso un niño, ¿verdad?, las siente, las entiende y las olvida, como debe ser.

El parque estaba cerca. Había atardecido. Un atardecer sereno y frío. El parque desierto y mudo.

Ali reanudó, con fuerza renovada, el curso de iniciación. Había recuperado la calma y se había vuelto más explícito y más didáctico.

Al. I. Stoian volvió al mismísimo punto confuso, pero esta vez con un extraño distanciamiento. Como si hablase de otro asunto y se tratase de otros personajes. Como se relatan los acontecimientos de la sección de sucesos. Extrañezas que, al parecer, no lo inquietaban, no, en absoluto. Parecía muy acostumbrado a ellas. Como uno le refiere a un niño el funcionamiento de los acontecimientos más naturales que lo rodean y que éste no ha captado.

El tono oficial y el orden pedagógico, paso a paso, adecuado a la lógica de los ignorantes: las entrevistas a las que periódicamente eran convocados unos y otros, y los lugares donde se desarrollaban esas entrevistas.

El oyente parecía prestar una atención extrema, exagerada. Escuchaba, no escuchaba, parecía captar otra cosa, otra voz, otras voces, ondas imperceptibles, el rumor del aire, el jadeo subterráneo, órdenes entrecortadas o el gemido asustado, en alguna parte, lejos, cerca, alrededor, o sólo el ensueño en el que echaba a volar, para reencontrar sus juegos, su guarida y su estímulo.

No eran lugares oficiales, por supuesto..., proseguía la voz de alguien, en algún lugar, en algún momento. Los informes ya no se presentan en ningún despacho oficial, han renunciado a ese procedimiento, aunque las personas que imponían y dirigían esos encuentros eran, por supuesto, oficiales, ¡vaya si lo eran!... La voz imponía gradualmente su timbre, se personalizaba... Habitaciones no oficiales pero personas oficiales, aunque la misión oficial no era legal, ¿eh?, en absoluto legal, ni hablar... La voz simulaba cada vez mejor el tono aburrido, sí, sí, se particularizaba, una voz conocida, ¿verdad?, sí, sí.

¿Los pisos? ¿La llave duplicada? Con el consentimiento del inquilino, por supuesto, aunque, aunque, en fin, nunca se sabe, cuestiones demasiado complicadas, por supuesto. Por supuesto.

—¿Cómo es que tienen las llaves? —preguntó estupefacta Felicia, antes de acostarse, a la hora en que su dulce marido les contaba cuentos para dormir a los niños—. O sea que Vasile les ha dado permiso para... O sea, que tenían las llaves y sabían que no había nadie en casa o..., o... Y, entonces, ¿por qué, cómo es que el capote, o sea el capote?, la gabardina, quiero decir..., me has aturrido del todo. O sea, ¿sin relación con nuestra visita? Olvidada desde hace tiempo y..., y..., ¿y ella no se había dado cuenta? ¿O apareció al día siguiente de nuestra visita? O sea, ella lo entendió o..., o... ¿precisamente porque no lo entiende? Y *ésos*, *ésos*, ¿qué tipo de citas?, conversaciones, quiero decir, ¿y por qué, por qué no utilizan la sede oficial para los interrogatorios, o sea para las citas con *ésos*, con los informadores o como les llamen? Sus hombres, ¿verdad?, pueden ir allí oficialmente. ¿Cómo que no?

¿Cómo que no son sus hombres? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no son exactamente sus hombres?... ¿Obligados?, ¿cómo que obligados?... ¿Cómo que desgraciados? ¿Qué es eso de hombres desgraciados?... O sea que tú, tú aceptarías... No, no estoy hablando de Ali y de sus teorías, no, tampoco de Vasile, no, ni tampoco de sus mujeres, no, no... ¿Tú, tú aceptarías..., aceptarías...? ¿Por qué pisos ajenos, qué quieres decir? Atmósfera familiar, ambiente doméstico... ¿Cómo?, no, eso no, no lo entiendo, ambiente doméstico, ¿qué clase de predisposición, qué palabrería, qué es eso de la palabrería, de la sensación de un ambiente íntimo? ¿Cómo que íntimo, cómo..., qué es eso de la eficacia acrecentada, cómo mantienes tamaña..., qué es eso de la intimidad, qué intimidad?

Ese tipo de historias no son adecuadas para la noche, antes de irse a la cama. La turbación es demasiado grande, el frenesí de las preguntas infinito. Finalmente, ni el narrador ni el oyente pueden sustraerse durante mucho tiempo a la tensión del asunto. Sea como fuere, ya hay bastantes zozobras y miedos en la vida cotidiana, de modo que no hace falta incrementarlos, hay que evitar las historias de terror y misterio.

Así pues, la pareja decidió no volver a sacar nunca, nunca jamás, esas cosas como tema de conversación. Olvidar el suceso, como si no hubiese ocurrido.

La otra pareja, el matrimonio Stoian, al parecer ni siquiera discutieron el desenlace del enigma. Más listos, sin duda. Y quizá más hartos de ese tipo de misterios nada misteriosos o, sencillamente, más prudentes, evitando cargar sus días y sus noches, sobre todo las noches, con preguntas sin respuesta.

Sin embargo, unos meses después lo inevitable se produjo. La esposa llegó toda azorada a casa. La cola en la charcutería, donde se había pasado horas enteras con frío y oscuridad, no debía de ser un motivo convincente, al fin y al cabo ya estaba acostumbrada.

El azoramiento sin palabras y la forma de limpiarse, una y otra vez, las gafas indicaban algo fuera de lo habitual.

El marido estaba corrigiendo el manuscrito del artículo que había de aparecer al día siguiente en el periódico. Muy preocupado, ya que se lo habían dictado por teléfono desde arriba, desde el piso de los jefes.

Alzó su cabeza a lo afro y miró irritado a su mujer. La miró y se quedó esperando. La mujer se alisó la corta melena y le clavó con crueldad, a través de las gafas, su mirada verde y afilada.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿El qué?

—Ya lo sabes... Sentía que algo estaba pasando. Hace mucho tiempo que lo sentía. Lo sentía, pero me abstuve de hacer preguntas. Nunca se sabe, pensé, tal vez me equivoque... Sentía que había pasado, que estaba pasando algo con aquella historia. Esperaba que me lo dijese. Quería entender yo también de qué se trataba.

—¿El qué? ¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te parece? Conque qué ha pasado, ¿eh?... Cualquiera diría que no vives en este mundo, pobrecito. Tú, precisamente tú, que todo lo sabes, todo, antes que otros y mucho más de lo que es menester.

—¿Qué es lo que yo sé? ¿De qué se trata?

—La joven romántica, ¿no? ¿La que mató a su padre, el viejo muerto de pena porque su querida hija había huido con un perdulario, un piojoso, un andrajoso que luego se convirtió en el gran chiquitín o en el chiquitín grande? La señora distinguida, ¿no? Casa cara, ropas caras y palabras caras. Una estatua, ¿no? ¡La he visto! ¡Me la he tropezado! Esta tarde, por la calle. De modo que lo he entendido. Pero necesito que me lo expliques. Ha sido una conmoción demasiado grande, no puedo recuperarme. Quiero explicaciones claras. Claras, ¿lo entiendes? ¡Claros, claros, claros!

Gritaba, el marido seguramente sabía que iba a seguir la crisis, el llanto y Dios sabe qué más. Puso a un lado el montón de papeles.

—Primero, tú eres la que tienes que ser clara. Decirme claramente de qué se trata. Hasta ahora, no he entendido nada. Cálmate, aclara lo que quieres decir y cuenta lo que ha pasado.

—¿Te figuras que soy tonta? ¿O que estoy loca? ¡La he visto!, ¿me oyes?, ¡la he visto hace dos horas, por la calle! Me paré, por si quieres saberlo. Incluso tuvimos una conversación. Una conversación normal, absolutamente

normal. ¿Sabes lo que me ha contado?

El marido ya no conservaba la máscara de la indiferencia. ¿Aburrido? ¿Tranquilo? No, ni mucho menos, estaba impaciente, asustado, azorado, seguramente no habría sido posible precisar con exactitud en qué estado se encontraba.

—¿Sabes lo que contaba la distinguida señora? La historia que está recorriendo Bucarest a lo largo y lo ancho, de los niños a los viejos, y de los milicianos a los taxistas. La historia del muerto desaparecido. O sea, de la muerta. Seguro que la has oído tú también más de veinte veces.

—No he oído ninguna historia ni nada que tenga que ver con ninguna muerta. Ya ves que no estoy tan bien informado... —gruñó a media voz el resignado.

—Pobrecito... ¿Y piensas que alguien te va a creer? ¿Piensas que alguien se va a creer tus palabritas? De ti ya no se puede creer uno ni las comas. ¿Y de la última disposición en relación con el entierro de los fallecidos sólo en la localidad donde te has reunido con la Benefactora, de eso has oído algo?

El marido callaba, ¿cómo podría uno saber lo que sabía o lo que no sabía?

—¡A los muertos hay que enterrarlos donde se han muerto! Bien, bien... El pobrecito no sabe nada, nada, yo soy la que tiene que ponerlo al corriente de los acontecimientos, bien, bien... ¿Conque no sabes nada de la historia de la muerta? No paran de hablar de eso en todas las casas, en todos los despachos, en todas las escuelas, en todas partes, pero él, el pobrecito, ¡no sabe nada! Una campesina vieja... encontró a la muerte, a la Benefactora, aquí, en Bucarest, no en su aldea, como habría deseado, junto a su marido y en su casa de toda la vida. Estaba en casa de uno de sus hijos, aquí, en Bucarest, de visita. ¿El hijo? El hijo quiso llevársela a la aldea, donde estaba toda la familia. A su aldea, para enterrarla allí. ¡Prohibido! ¡Está prohibido! Ni el cadáver, ni el cadáver en el ataúd. Prohibido, así lo decretó quien nosotros sabemos. Ni eso: ya no tiene uno permiso para morir como quiera ni donde quiera, para pudrirse donde quiera él y no donde le ha impuesto quien tú sabes muy bien.

—Convendría..., Ioana, convendría que te tranquilizases, que te dominases, estás soltando las palabras a tontas y a locas...

–¿A tontas y a locas? O sea, quieres que me muera de miedo aquí, en mi casa, ¿verdad? ¿Y qué? ¿Qué pasa si se enteran de todo lo que estoy diciendo, si las paredes tienen oídos? ¡Pues me tiene sin cuidado, ya ves, me tiene sin cuidado! ¡El hijo envolvió el cadáver de su madre con una alfombra! Con una de esas grandes, lo enrolló con una alfombra de esas grandes y gruesas y la metió en el coche. Para llevar la alfombra a la casa paterna y enterrar a la vieja donde había vivido. Le pidió a un compañero de trabajo que lo acompañara y se marcharon. Un camino largo hasta la otra punta del país. Se pararon por el camino para comer o para dormir, no lo sé. ¡Y robaron la alfombra! ¡Alguien robó la alfombra del coche! Una alfombra gigantesca, muy bonita. Robaron la alfombra donde estaba el cadáver. Ésta es... Nunca se sabe... Ésta es la historia del día que todo el mundo anda repitiendo. Incluso..., incluso... ¡la distinguida señora! Una conversación normal..., absolutamente normal. Todo era muy normal, normalísimo. Las mismas frases cortas, calculadas y rebuscadas. Recitadas, como en el escenario. La misma distancia... Esa frialdad supercortés y convencional que humilla y lo saca a uno de quicio. La misma, la misma, la que ya conocía. Pero traduciendo la historia esta en un texto académico rígido. ¡Esta historia en su boca! Una conferencia de alto nivel... en su boca pequeña y remilgada.

El marido miraba al suelo. Su mirada negra y pesada se había posado en la flor roja que había en mitad de la alfombra.

Ioana se paseaba de una punta a otra de la habitación, se detenía, miraba a su marido, esperaba y volvía al ataque.

–Todo parecía perfecto. Maquillada, como siempre. Arregladísima, distinguida y convencional como ya la conocemos. No se apreciaba ningún cambio. Sólo la gabardina aquella..., nada más. Los zapatos caros, el peinado impecable y la manicura recién hecha. La manicura recién hecha incluso en ese dedo horrible. El corte de pelo, la manicura, el fular de seda china. Maquillada..., los labios, las pestañas, las cejas..., el rímel, las pinzas de depilar. La máscara perfecta, la reina Nefertiti. El porte, la máscara, las frases perfectas, todo como en otro tiempo. Sólo la gabardina..., la gabardina larga y de hombre. ¡La gabardina! Le caía como un saco.

Ali miraba la alfombra, Ioana se paseaba agitada, se paraba, miraba a su marido furiosa y suspicaz, unas veces suspicaz y otras a punto de explotar, a punto de soltar la furia acumulada.

–¡La gabardina! ¿Sabes qué tipo de gabardina llevaban? Quizá no lo sepas... Llevaban el mismo modelo. ¡Los dos el mismo modelo! El modelo ese, el más barato, que se encuentra en todas las tiendas y casi nadie lo compra. Esas gabardinas largas y anchas de un color desvaído. Una especie de dril que alguna vez ha sido dril y que alguna vez fue de algún color. Del color del viento, del color de la niebla, del color de nuestro aburrimiento incoloro. Larga, ancha, de hombre. Sin talla, sin línea y sin color. ¡Igual, oye! Los dos la misma gabardina. Daba la impresión de que ambos se habían escapado del manicomio, del campo de concentración de otros tiempos, del desierto o del circo. ¡La misma gabardina, oye, la misma! ¿Me equivoco? ¿Nunca se sabe? ¿Tengo visiones, estoy loca? Pesadillas, visiones, por supuesto, estoy cansada, histérica, ¿verdad? ¿Verdad? ¿Verdad? Dilo de una vez, ¿de dónde viene la locura, así de repente? ¿De la apatía, de la cobardía, del cansancio, de los compromisos y la normalidad, esta normalidad anormal, vegetativa, patológica y sofocante en la que nos estamos asfixiando? Así, de repente, ¿de este ceno calentito al que nos estamos adaptando? Así, de repente, ¿entre chistes, chismes y lloriqueos?

Diríase que el silbido de la sombra de una larga serpiente invisible había traspasado el aire, pero no se oyó nada. La mujer respiró hondo y se calló. El volumen de su voz fue bajando poco a poco hasta acabar en una especie de impotencia y sofoco.

–Ahora ya lo has entendido. Y ahora espero entenderlo yo también.

El hombre callaba. Su rostro sombrío debió de ensombrecerse más todavía. La mujer lo miraba expectante. Esos ojos pequeños y verdes tras los gruesos cristales... y la cara blanca, cada vez más blanca, y el pelo corto, cada vez más corto, vibrando cada vez que volvía la cabeza.

–Tú sabes, con toda seguridad, quién la acompañaba... Podrías explicármelo.

El hombre contemplaba, naturalmente, una vez más, la mancha rojiza de la alfombra.

–Ajá, conque lo sabías también. Entonces todo tiene una explicación... Esto también lo sabías, evidentemente. Y a mí no me habías dicho nada. Como para quedarse de piedra, caída del cielo. De piedra, así me quedé, para que lo sepas. Primero, cuando la vi. Nunca se sabe... ¿Es ella? ¿No es ella? Ya no veía. Luego, la naturalidad de la conversación. Los tics de siempre, sus frases heladas. Actitud distante, ademanes regios. Hablábamos de esto y de lo otro..., de las pequeñas cosas del día..., de la historia del día, el robo del cadáver oculto en la alfombra..., como si todo fuese normal, como si hubiese escogido las palabras que mejor se adecuaban a la historia, como si le hubiesen interesado siempre sucesos de ese tipo, como si hubiese sido siempre capaz de relatarlos. Yo trataba de no ver la gabardina aquella larga y ancha en la que ella se perdía, tan delgada y poquita cosa, ya la conocemos. Entonces, del estanco de la esquina sale... el investigador. ¡El Sabio! En un primer momento no entendí nada. Me disponía a hacerle señas y a llamarlo. Nunca se sabe, quizá no me haya visto... Pero el Sabio se dirigía, en realidad, muy tranquilo, precisamente hacia nosotras. Se acercó y me preguntó, eh, ¿qué crees que me preguntó? «¿Qué tal?» Eso me preguntó, ¿qué tal?... Eso es lo que me preguntó el Inocente. A ella no le dirigió la palabra. Yo estaba asombrada, boquiabierta, no sabía qué... No sabía nada, no entendía nada.

Ioana Stoian ya no se pudo contener. Salió corriendo hacia la cocina, se oyeron ruidos confusos, una silla volcada, quizá revolver de cubiertos, luego corrió al baño y permaneció largo tiempo en él. Finalmente, reapareció. Con la mano derecha se secaba la frente y en la izquierda sostenía un vaso de agua. Se lo bebió de un trago y se quedó con el vaso vacío en la mano.

–De repente, caí en la cuenta de que, en realidad, estaban... juntos. Él había entrado en el estanco a comprar tabaco. Ella estaba sola y apática en el momento en que la vi por la acera. Esa extraña aparición..., así de sopetón, delante de mí.

Alexandru I. Stoian guardaba silencio. Ya no miraba la alfombra. No miraba a ninguna parte.

–Entonces me preguntó, en plan formal, qué tal estaba. Seguidamente, la cogió suavemente del brazo. Me dijeron adiós y... se fueron. ¡Demasiado para un solo día! Después de tantas horas en el hormiguero aquel, en medio de la batahola, el frío y la miseria, había salido, al fin, mareada y victoriosa con

aquel asqueroso paquete de fiambres malolientes en la mano. El encuentro con ella y, momentos después, aterrizó también el marciano. Allí, entre nosotras. Parecían parientes, o marido y mujer, o amantes o misioneros o compañeros de celda, escapados de la misma celda, o del hospital, o de una compañía de teatro macabro. Él, allí, entre nosotras... ¡El Niño! ¡El Sabio! ¡El Investigador! Una especie de complicidad, no sé..., algo raro. Estaba totalmente desconcertada, extenuada. ¡Y aquellas gabardinas! Iguales, iguales... Estaba volviéndome loca. Parecían venir de otra galaxia o se iban hacia... No sé, no se sabe, ya no lo sé.

Alexandru I. Stoian callaba. No miraba, no veía nada, pero oía, debía de oírlo todo, oía cada palabra aunque se había quedado mudo, hacía un buen rato que se había quedado mudo.

—¡Una pesadilla! Luego estuve esperando una hora en la parada del autobús. Cientos de personas con bolsas, cansados, impacientes y embrutecidos, dispuestos a despedazarse. Me arrojaron dentro del autobús, así de simple, la ola me levantó del suelo. En aquel revoltillo ya no veía nada. Volví en mí en el autobús, aplastada por todos aquellos cuerpos sudados. Una pesadilla. Estaba inmóvil, paralizada y me tambaleaba junto a aquella masa compacta de cuerpos pesados y cansados, me tambaleaba a cada viraje. Pero no sentía nada, no captaba nada de nada. Ya no sentía nada. En realidad, me había quedado allí, en la acera, delante de la tienda, entre los dos marcianos. Sólo los veía a ellos. No podía recobrarme... Una pesadilla...

—Hum, sí —parece que gruñó Alexandru I. Stoian tras una larga pausa.

—¿Y..., y la gabardina? ¿Qué pasa con la gabardina aquella? —estalló con fuerza renovada Ioana Stoian.

—Pues... alguien se la olvidó. Ya me entiendes... Habría..., habría desaparecido. Habría desaparecido, por supuesto, a fin de cuentas, igual que había aparecido. Lo mismo, inopinadamente, como... había aparecido. Ya entiendes, la misma persona u otra o..., en fin, habría desaparecido, la habrían recuperado.

—¿Cómo, cómo que la misma persona u otra, cómo? ¡No, no, es demasiado! Demasiado. Te lo juro. ¡Demasiado! Por qué, si de todas formas habría desaparecido... ¿Por qué no?, ¿quién tenía que recuperarla y no la recuperó? Y, entonces, ¿cómo aceptar...? ¡No, es demasiado!

–Hum, sí, habría desaparecido, sólo que comenzó la crisis. La enfermedad, quiero decir, la ruptura. La gabardina..., como ya has visto, no se ha podido recuperar. Se ha transformado en otra cosa. Se ha antropomorfizado, como quien dice.

–¿Como quien dice? ¿Quién, qué antro, antropo, qué morfo? Mira, me estás haciendo balbucear, entonces ¿es que estamos haciendo teorías, vamos a hacer teorías ahora? Antro, formo, morfo, ¿es ése el problema? O sea, loco tú y loca yo, todos, todos, ¿estamos todos locos? ¿O sea, y... y... y... y el hombre..., el marido, quiero decir? ¿Qué hace el Doctor en Gramática Parda? O no sabe nada... Por supuesto, los maridos son los últimos en saber lo que ya sabe todo quisque.

–No, no es lo que tú crees. Lo sabe el pobre, lo sabe, me lo ha contado todo. El otro..., el investigador, como tú dices, se mostró muy sensible ante el acontecimiento.

–¿Sensible? –le gritó la loca al loco–. ¿Sensible? ¿Es ésa la palabra? Sensible a la desgracia del camarada Vasile, ¿es eso lo que quieres decir? ¿Quién es el que está delirando, quién, quién?, ¿yo, tú, todos, quién? O sea, cualquiera, cualquier cosa, ¿es eso lo que quieres decir?

La loca giró rápidamente sobre sus talones incapaz de seguir soportando su nerviosismo y se detuvo de repente, en un punto fijo, para apuntar con su mirada verde, fosforescente, suspicaz y envenenada al loco que se había quedado petrificado, con la boca abierta, sin que tuviera tiempo de contestar.

–¿Cualquiera, cualquier cosa? ¿Es ésta la explicación? Cualquiera puede hacer cualquier cosa, puede sentir cualquier cosa, en cualquier momento, ante cualquiera, ¿es éste el código? ¿Quién? ¿El Niño, como siempre estás llamándole? ¿Quién? ¿El colegial aplicado, el universitario aplicado, que en el instituto trataba a su compañero Vasile como a un pazguato? ¿El Bebé que leía a los trece años a Rimbaud y a Marx mientras el otro jugaba a la pelota en la calle con un puñado de descamisados? ¿Y..., y las matemáticas, la física y los títulos? ¿La crisis, el declive? ¿Y el libro, y su éxito extraño, breve y marginal? Un marginado, eso es, marginado por sí mismo, por los otros, que se mantiene alejado de la mierda, de la mascarada que nos rodea, aislado por esa razón en la periferia, y aquél, el otro, subiendo sin parar en la jerarquía y cada vez con más privilegios, hasta que todo se ha ralentizado, y la carrera..., o sea,

de repente, sensible al sufrimiento, o sea a los pecados y misterios y al cieno del muy cerdo, ¿es eso lo que sostienes? Sensible al esnobismo de los advenedizos que se mueren de ambición por tener en su mesa a éstos, a los excluidos, a los fracasados y marginados, por protegerlos y mostrarles que ellos, los pobrecillos, también son, si a mano viene, hombres corteses, hospitalarios, instruidos, los muy cerdos, de buenos modales, bromistas e incluso liberales, ni se nota que pueden servir también al diablo, en cualquier momento, que están dispuestos a todas las vilezas, mentiras, traiciones y crueldades y..., y..., y... ¿sensible ante eso? O sea, cualquier cosa, cualquiera, todos son iguales, no se salva nadie, ¿es ésta la teoría en la que te escondes? Quizá, quizá te salves, ¿acaso ya no se distingue nada ni nadie?

–He dicho sensible ante el acontecimiento, no sensible ante Bazil, eso es lo que he dicho. Pero no oyes lo que te estoy diciendo, estás demasiado nerviosa.

–¡Pues ante el acontecimiento, justamente! Eso es lo que yo también decía, el marido es el último en saber lo que ya sabe todo quisque.

–No es lo que tú crees –repitió apacible Al. I. Stoian–. Está enferma, eso parece. Con esas crisis nunca se sabe..., con esas enfermedades. Los problemas se agrandan. Unas veces parece enferma, otras normal... Es una cuestión compleja. Nunca se sabe, éstas son enfermedades especiales. Él ha preguntado por ella todos los días, luego han hablado. Primero por teléfono, después se han visto. Se ven con regularidad. Le sienta bien, a ella le sientan bien esas citas. ¿Qué vas a hacer? No se sabe... Vuelve a casa tranquila, eso me ha contado Bazil. Vuelve tranquila, como si nada hubiese pasado.

–¿Y a él..., al papanatas..., al Niño..., quién le ha dado vela en ese entierro? ¿Qué mosca le ha picado? Pero si no la podía aguantar... La colmaba con los más horribles epítetos, no soportaba verla. De golpe y porrazo, ¿qué mosca le ha picado?

–¿Por qué te excitas tanto? ¡Un gesto de suma delicadeza, eso es! Y de paciencia, por supuesto. No debe de ser muy agradable, ya te lo puedes imaginar. Pierde bastante tiempo con esos paseos. Es un hombre muy comprensivo y atento, para que lo sepas... Un gesto admirable.

–¡Ah, me estoy volviendo loca! ¡Atento, paciencia, gesto admirable! Me estás tomando por tonta o por loca. Ya te lo he dicho, me crees una cretina o una histérica..., por eso no me has contado todo lo que ha habido y todo lo que hay. Gesto admirable, ¿qué te parece? Por debajo hay otra cosa..., otra cosa, otra cosa muy distinta. Como si no estuviera yo viendo al ratoncito abandonando así, por caridad, la jaula y los libros para ir a pasearse... en el papel de dama de compañía. ¿Y la gabardina, es decir, las gabardinas? ¿Qué farsa es ésta, una comedia de fantasmas? ¡No, no, otra cosa, otra cosa! Otra cosa, otra cosa –gritaba pálida y soliviantada Ioana Stoian–. ¡Otra cosa, por debajo! Siempre hay algo escondido debajo, desde luego. ¡Desde luego, desde luego! Nada es como parece, nada, nada. Ni el propio marido, ¡nadie! ¡Cualquiera puede convertirse en cualquier cosa! ¿Cualquiera, en cualquier momento, cualquier cosa? Di, ¿eh?, contesta. Caridad..., ¡habrase visto! ¡Investigación, en el mejor de los casos! ¡Tema de investigación! Eso sí, desde luego. Experimento, ¿verdad? Investigación, estudio, si quieres, si te conviene el término. Estudio, ¿verdad?, investigación. ¡Como mucho, en el mejor de los casos! ¡Si no la puede aguantar!, estoy segura –gritó Ioana Stoian con las manos levantadas para defenderse de cualquier posible réplica por parte de su marido, Alexandru I. Stoian.

Ya no tenía necesidad de pausas para recobrar el aliento, no, toda interrupción habría resultado insoportable, no se podía contrarrestar la explosión.

–¡No la puede aguantar, no la ha aguantado jamás! Y ahora tampoco la puede aguantar, estoy segura, segurísima. ¡De nada le sirve ponerse una gabardina como ésa! ¿O acaso él también se ha puesto otra igual? ¡Simulación!, ¿verdad?, ¡las premisas de un experimento! ¡Condiciones de estudio e investigación, eso es lo que busca el Inocente, el hipócrita! Burlarse, ¿de quién?, ¿de qué? ¿De mí? ¿De ti..., acaso de todos nosotros? ¿De él mismo? ¿Para demostrar qué? ¿En cualquier momento, cualquiera, todos, esto? ¿Es esto lo que busca o qué, qué? Quién sabe si no habrá sido él quien haya urdido todo eso, nunca se sabe. No me extrañaría, no, no, no me extrañaría, por supuesto. Para observar, para investigar, ¿verdad?, más allá de las apariencias. Apariencias, mira tú..., ¡las gabardinas esas, apariencias! ¡El

cinismo del investigador, eso es todo! ¡Como mucho! Como mucho, ya lo he dicho. Podría ser también otra cosa, quién sabe, podría ser también otra cosa, otra cosa muy distinta...

Las hipótesis eran muchas, ciertamente. Las debatían ambos, antiguos compañeros de la infancia, de la generación de la guerra. No sólo de la guerra, había que encontrar otro término más adecuado para lo que fue y siguió.

Sí, debatían también ellos en sus largos paseos semanales las mismas alternativas. Discutían con ardor y pasión bajo el cielo petrificado e ilegible. Abordaban el asunto siempre desde otros puntos de partida. Al parecer, eso animaba a la enferma, la tranquilizaba. Participaba con frenesí en la discusión. Sobre su vida, la de sus amigos, sus conocidos y todos los marcianos a los que se encontraban o que recordaban.

Parecía, a fin de cuentas, libre, liberada. La certeza intangible, cósmica y absoluta. La voz afilada y tranquila y la risa encubierta, feliz y desconocida.

El tiempo afilado, como vidrioso y enfermo, en una carcajada sarcástica. Risa sarcástica, feliz, rota, pedacitos cortantes y negros. El tiempo, bruscamente sonorizado, de la ausencia. Afilado, roto. La risa inocente, vidriosa y vieja.

Notas

* Aguardiente de ciruelas de alta graduación, muy popular en Rumania. (*N. del T.*)

1. El día 26 de enero, cumpleaños de Nicolae Ceaușescu, se convirtió, como es sabido, durante los años ochenta en una especie de grotesca fiesta nacional de Rumania. (*N. del A.*)

* «Esposa», en ruso en el original. (*N. del T.*)

* «Guapa», en ruso en el original. (*N. del T.*)

* Abreviatura de Transporturile Aeriene Romane, la compañía más importante de la aviación rumana. (*N. del T.*)

* Administrația Asiguraților de Stat, Compañía de Seguros del Estado. (*N. del T.*)

* Véase nota «* Aguardiente de ciruelas...» en «El interrogatorio» (*N. del T.*)

* El salario de un profesor universitario en la época, a principios de los años ochenta, rondaba los tres mil leus mensuales. (*N. del T.*)

Felicidad obligatoria

Norman Manea

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Fericirea obligatorie*

Ilustración de la portada: Ilustración de John MacDonald. © 2005, John MacDonald

© Norman Manea, 1993. Reservados todos los derechos

De la traducción: © Joaquín Garrigós Bueno, 2007

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

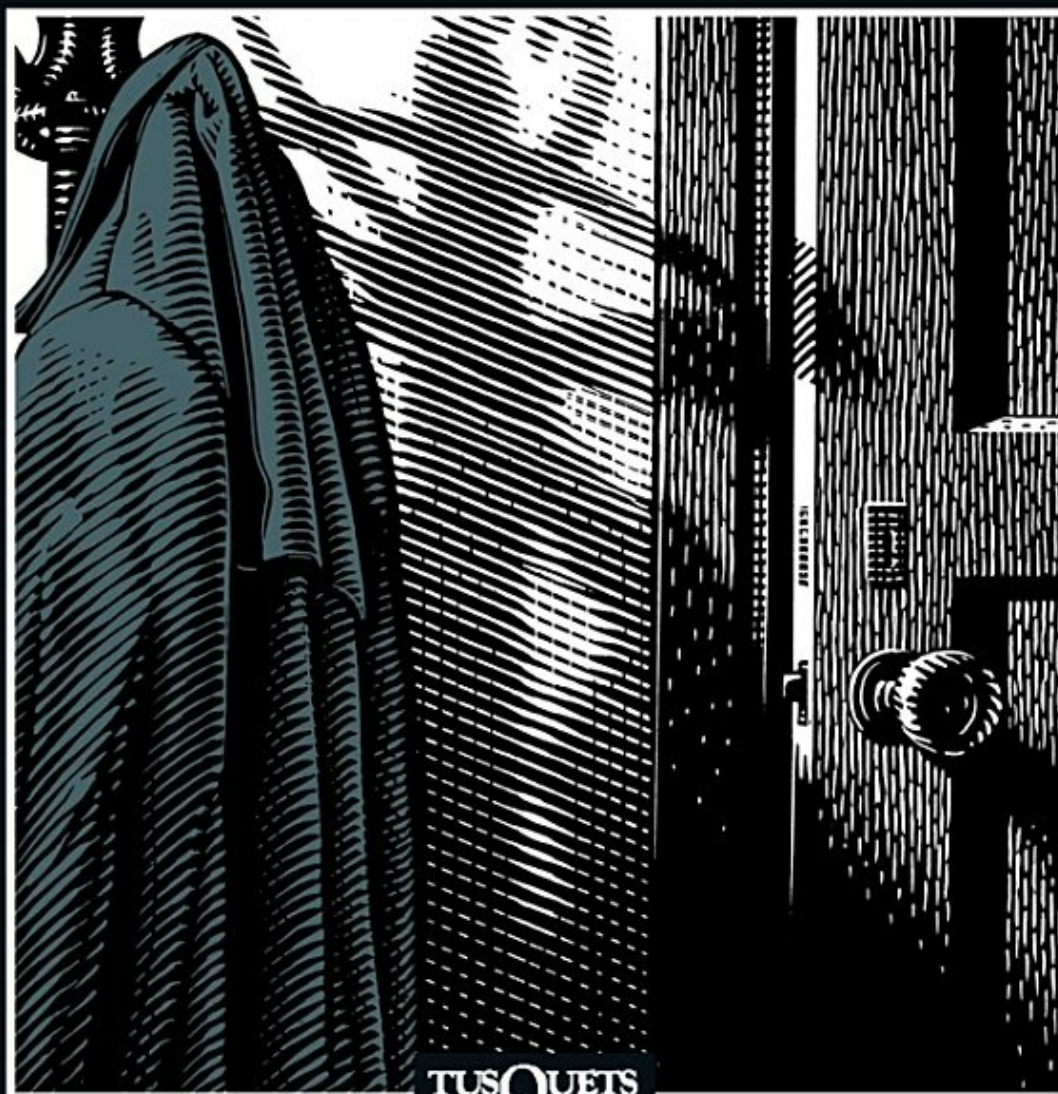
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-9066-426-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Norman Manea
FELICIDAD
OBLIGATORIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES